

Amantes en el tiempo de la infamia

DIEGO DONCEL



Lectulandia

«Era bello pensar que, cuando el mundo se encaminaba al desastre, dos seres, de dos países enemigos, se reunían para empezar de nuevo una historia de amor...».

Durante el verano de 1938, mientras Europa y el mundo están a las puertas de la Segunda Guerra Mundial, Marie, la primera bailarina del Ballet de la Ópera de París, de vacaciones en un glamuroso rincón de la costa italiana, conoce a Robert, un importante científico alemán con conexiones con los experimentos químicos del Tercer Reich. A partir de ese momento, se desarrolla una historia que combina amor y espionaje, crueldad, férreos ideales y heroísmos admirables, en un recorrido que llevará al lector por los más inquietantes escenarios del momento: el Berlín nazi, el París anterior a la ocupación y, finalmente, el norte de África. Con el telón de fondo de la ciencia moderna y un diálogo permanente entre ficción y realidad histórica, la novela está escrita como una confesión, como un puzle donde la intriga está asegurada hasta la última página.

Lectulandia

Diego Doncel

Amantes en el tiempo de la infamia

ePub r1.0

Titivillus 02.02.2018

Diego Doncel, 2013

Diseño de cubierta: Erich Auerbach / Hulton Archive / Getty Images

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2012

Reunido el miércoles 19 de septiembre de 2012, desde las 20:00 horas, en el Café Gijón de Madrid, el Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón correspondiente al año 2012, compuesto por D.^a Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. José María Guelbenzu, D. Marcos Giralt Torrente y D.^a Rosa Regas, en calidad de presidenta, y actuando como secretaria D.^a Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, el Jurado acuerda:

Otorgar, por mayoría, el Premio de Novela Café Gijón 2012 a la novela *Amantes en el tiempo de la infamia*, presentada a concurso bajo el seudónimo F. D. Abierta la correspondiente plica, su autor resulta ser Diego Doncel.

El Jurado quiere destacar que esta obra, ambientada en la Segunda Guerra Mundial, posee una trama de espionaje y aventuras muy bien construida, que el autor resuelve de forma eficaz y con un apasionante desarrollo. La novela se sustenta en una historia de amor sacudida por las turbulencias de un periodo crucial del siglo XX.

Rosa Regás

Mercedes Monmany

José María Guelbenzu

Antonio Colinas

Marcos Giralt Torrente

A Antonia, Fernando y Andrea

¿La historia? No, la historia es el relato
del alma de los hombres.

W. Shakespeare

La palabra sola basta para ver.

Tristan Tzara

Pantalla I

**Ciudades de algunos
hombres sin alma**

1
París

La primera línea de sombra alcanzó los colores rojo, blanco y azul de la bandera de la República Francesa. Después, moteó la camisa del hombre que estaba detrás de la mesa de despacho y avanzó hasta el rectángulo de los documentos que Marie Delmont estaba firmando. Cuando Marie se dirigió a la ventanilla había oscurecido en el centro de la ciudad. Retiró los objetos que la policía había incautado en su casa la noche en que se había cometido el crimen, y bajó las escaleras dejando atrás las oficinas, el ruido de las máquinas de escribir y el olor a tabaco.

Salió a la calle. La bolsa de tela caía de su mano y se tambaleaba en el aire; tenía el peso de un escalofrío, de una conmoción, el peso de las dos vidas que más había querido nunca.

Avanzó por la acera, a favor del viento y de las cosas que el viento arrastraba. Caminó en dirección a la tormenta que se iba formando justo encima de Nôtre-Dame. Sabía lo que iba a hacer, hasta qué punto necesitaba llevarlo a cabo.

Cuando llegó al Sena, el plomo de las nubes tintaba la corriente. Buscó el lugar, miró hacia abajo, donde las aguas adquirirían una rapidez extraordinaria. Sin vacilar, arrojó la bolsa que contenía todo cuanto sus padres llevaban encima la noche en que los mataron, todo lo que la policía había recogido en la casa para incluirlo en la investigación. Vio alejarse la bolsa de tela en dirección al mar. Sin hundirse, sin enterrarse para siempre en esos fondos de algas, de barro y de basura donde iba a parar todo aquello que la gente de París quería ocultar u olvidar. Se preguntó qué podía hacer. Miró de nuevo al Sena, pero la bolsa ya se había perdido de vista. Se alarmó. Pensó que tal vez el río la condujera hasta un muelle y que allí alguien podría rescatarla. Temió que acabara en las redes de algún pescador.

La bolsa fue recogida corriente abajo por los agentes del servicio de inteligencia alemán que vigilaban a Marie y llevada hasta un apartamento secreto en el Boulevard Arago. El apartamento estaba deshabitado y en la puerta figuraba un nombre falso. A la mañana siguiente los agentes quemaron todos los objetos en el horno de un activista de la extrema derecha francesa. Sucedió poco antes del amanecer, mientras fuera caía una intensa helada. Entre bromas, fueron arrojando aquellos objetos al fuego uno a uno, y percibieron, tal vez ilusoriamente, el olor de la sangre.

A las doce en punto tomaron un tren que los llevaría a Alemania. Ya en los asientos, uno de ellos miró su reloj: las manecillas se ajustaban, una encima de la otra, señalando las doce en lo alto de la esfera.

Lejos de la estación, en casa de Marie, el reloj del salón empezó a dar las campanadas de mediodía. Una, dos, tres... Marie cogió su paraguas y se aseguró de nuevo de que llevaba la carta metida en el bolso. Recordó que no había dormido nada, que temía esas noches de insomnio. Cuatro, cinco, seis... Cogió las llaves de encima de la mesa, se echó otra mirada en el espejo. Siete, ocho, nueve... El cabello, los ojos, el carmín de los labios. Diez, once, doce... Al cerrar la puerta fue invadida por los ruidos urbanos, los motores y el habla de la gente.

Se dirigió a la oficina de correos a hacer el envío. El trámite fue demasiado lento. Rellenar hojas, verificar los datos, identificarse, firmar. En Francia, el Estado exige siempre a los ciudadanos un esfuerzo burocrático desmedido, de ese modo manifiesta su poder. Al salir inclinó su paraguas hacia delante, contra el viento. Intentó bajar las escaleras frontales del edificio y refugiarse en un café. Pero retrocedió. Se quedó mirando la lluvia y pensando. Estaba triste.

Poco después empezó a escampar y se dirigió al Sena con la intención de subirse a un barco turístico. Quería inspeccionar las aguas, ver con sus propios ojos que no había rastro de nada de lo que había arrojado el día anterior. Cuando finalizó el trayecto un tipo empezó a hablar con ella de temas insustanciales. La primavera, la lluvia, las tormentas diarias y su deseo de que permaneciera el sol. Se sintió molesta y optó por mostrarse distraída. Llegó incluso a parecer descortés. Y entonces el hombre le dijo que tenía que viajar a Italia para encontrarse con Angelo Motta. Ella lo miró desconcertada, como si lo que había oído no fuera posible.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Porque sé que usted lo busca —le respondió el hombre—. Y porque él quiere verla por última vez, la necesita.

—¿Qué necesita de mí? —le dijo.

El hombre le explicó todos los detalles.

Ella no le creía. No podía creerle. En realidad solo era un hombre que la había abordado en un barco que atravesaba el Sena y cuya identidad desconocía. No quería pensar más en él ni continuar haciéndose preguntas. Dejó pasar algún tiempo, pero el tiempo solo obró en su contra.

Abandonó Francia y viajó hasta un desolado escenario de Estocolmo. Atravesó muchas veces el centro de la ciudad como hipnotizada por su belleza fría y el color blanco del cielo. Acudió a un baile de gala, donde se divirtió bastante con algunos jóvenes rubios semiebrios, y fue invitada a una excursión campestre. La noche antes de marcharse, se sentó a solas en un salón cercano a su dormitorio, hasta que la venció allí mismo el sueño. Soñó con el futuro. Después viajó a Moscú. Caminó junto a los muros de la Plaza Roja iluminados por neones cuya forma era la de la hoz y el martillo. Visitó todos los lugares donde había nacido la forma más elevada de entender la danza. Tuvo éxito, y cada noche se despidió de su público con el

escenario lleno de rosas.

Al regresar a París ya había tomado una decisión: tenía que olvidarlo todo y abrir una nueva página en su vida. Sin embargo, a menudo se acercaba al Sena en busca de respuestas. Desde que sus padres fueron asesinados, vivía en un estado permanente de miedo. No dormía. En su casa se sentía insegura. Y cuando montaba en el tranvía o caminaba por la calle o se sentaba en un café intuía que estaba siendo vigilada. No encontraba el equilibrio, no encontraba un momento de serenidad, los días parecían un túnel de niebla que había que recorrer a ciegas. Ella no se reconocía en medio de esa niebla. Recordaba una y otra vez la escena del crimen, volvía a sentir aquel día sucio, en sombras, los vecinos que hacían preguntas, ella sentada, aturdida, el *shock*, las manos en el cabello, los amigos que llegaban, la policía queriendo saber, haciendo fotos. ¿Qué habían hecho sus padres, por qué habían muerto así? Se acercaba al Sena y trataba de pensar. Líneas difusas, puntos de fuga, enormes incertidumbres. El olor a limos, los paseos solitarios, a veces la bruma. En realidad se estaba haciendo visible para que aquel hombre la llevara delante de Angelo Motta. Quería saber hasta qué punto quienes entraron aquella noche en su casa y cometieron aquellos atroces asesinatos podían buscar documentación sobre las investigaciones que estaba llevando a cabo su padre. No pensaba nada más. Intuía que Motta podía explicarle el porqué de esas muertes, cuál era el destino que debía darle a todos aquellos documentos que su padre secretamente guardaba. Los tenía depositados en la universidad porque, al lado de ellos, se sentía en peligro. Para ella, aquellos papeles llenos de fórmulas, de gráficos, de expresiones incomprensibles, aquel montón de cartas cruzadas con otros científicos eran como un abismo al que temer, oscuro y profundo.

Fue abordada otra vez por aquel hombre en el muelle de Voltaire una tarde demasiado primaveral. Ella le dijo que lo esperaba, que lo había estado buscando desde su primer encuentro; que Angelo Motta era alguien muy importante en su vida. Recordó su niñez y su juventud junto a él, cuando venía de Berlín. Recordó a su hija, que había sido su mejor amiga, los domingos en que los tres iban al cinematógrafo y aquellas vacaciones de verano con toda la familia Motta en un pueblecito recóndito de los Alpes. Él la había apoyado y protegido siempre desde que manifestó su deseo de dedicarse a la danza. Evocó también su exilio, la muerte de su hija y el atentado que había sufrido. El desconocido estaba frente a ella y no decía una sola palabra. La miraba atento, casi de forma cómplice, iluminado por el reflejo de las aguas. Ella empezó a llorar. El hombre le dijo que Motta estaba en algún lugar de la Riviera italiana, esperándola, que no debía defraudarlo.

—¿Qué debo hacer? —le preguntó Marie.

—Debe ir a Génova y ponerse en contacto con Richard Stoner.

El hombre le ofreció su pañuelo y se perdió entre la gente que caminaba por el

muelle. Solo era una sombra mientras se alejaba entre el rumor de los puestos de libros, el humo de los barcos y las voces de los vendedores de flores.

Isla de Borkum

En otra parte de Europa, Hermann Brandt alzó el revólver y apuntó. Una hoja se movía en lo alto del árbol por efecto del viento. Tenía una mancha de sol del tamaño de una moneda. Dirigió el disparo hacia ella. Le dio de lleno. Del cañón salió una leve voluta de humo como la que se desprende de un cigarrillo.

Habían decidido pasar unos días en el Mar del Norte, en la isla de Borkum. Acababan de desayunar, y al pasar junto a un colegio oyeron a los niños cantar el *Borkum Lied*: «No dejéis a ningún judío entre nosotros, Borkum debe quedar libre de judíos». Hermann lo había llevado a aquella isla, donde muchos alemanes pasaban sus vacaciones, para proponerle una misión en Italia.

—La ciencia, por sí misma, no es nada —le había dicho—, debe formar parte de nuestra idea de las cosas. Una sociedad tecnológicamente avanzada, con un riguroso orden político, con una casta de políticos capaz de llevarlo a cabo, es el ideal de nuestra nación. La ciencia debe formar parte de nuestra estrategia militar, sustentar nuestra fortaleza económica. Tiene que servir a nuestros fines ideológicos. El científico es un soldado del Reich. Esa es nuestra misión.

Después le volvió a hablar de su cometido en Italia. Le entregó fotografías de Marie Delmont y de Angelo Motta. Le explicó cómo debía actuar.

Una vez se separaron, Robert comenzó a beber. «¿Qué iba a hacer con su vida?», se preguntaba. «¿Así era como iba a encaminar en el futuro su tarea profesional?». Despreció la voz que, desde su interior, le interrogaba de aquel modo. Dio un trago y decidió tranquilizarse. Debía ser feliz allí, en Borkum, y pensar que todo aquello por lo que había luchado se encontraba ahora indudablemente más cerca. «La ciencia sin la política no es nada», se decía, «el arte sin la política no es nada. Uno necesita la política para investigar, para crear, si no quiere convertirse en pasto de la indiferencia, de la inexistencia. Cada régimen precisa de su grupo de intelectuales».

Salió a la terraza y vio los antiguos carteles que prohibían a los judíos su presencia en la playa. «¿Cuántos hombres hay debajo de mi nombre?», se preguntó. «¿Cuántas Alemanias posibles hay debajo del nombre de Alemania?». Él ya no era el que había sido, como Alemania ya no era el mismo país. Todo había mutado, tenía un nuevo rostro que había estado agazapado, oculto, y ahora se manifestaba. En Borkum, una isla en otro tiempo cosmopolita, la población se había enfrentado violentamente a los turistas judíos, impidiendo que circularan con libertad y logrando que se extendiera la opinión de que, allí, a un judío podía pasarle cualquier cosa. Ahora era un lugar totalmente puro destinado a los jefes del poder. Aquella idea no

solo había florecido en Borkum, sino que era compartida por la mayor parte de las almas, por la mayoría de las mentes de Alemania. Ya era incuestionable, se había producido una profunda unidad de toda la nación en torno a la élite que la gobernaba. La mutación había sido completa, el rostro oculto de Alemania se había hecho visible.

Se desprendió de la chaqueta y se aflojó el nudo de la corbata. El suave calor primaveral traía olores, sensaciones, recuerdos. Tomó asiento en la escalera que descendía hacia el bosque. Se sintió complacido de estar en el sitio justo en aquel momento de la historia. Pero el alcohol seguía agitando sus pensamientos, y se preguntó de nuevo cuántos hombres habría debajo del nombre de su amigo Hermann, que tanto había cambiado y le resultaba, a veces, irreconocible.

Bastante bebido se dirigió al hotel. Presentía que estaba equivocado, que Alemania entera estaba equivocada, que la misión que iba a realizar en Italia iba a manchar su nombre para siempre. Desconfiaba de la política, desconfiaba de los políticos, el furor de sus ideas era el furor de su codicia. Dudaba de todo, se preguntaba si no estaba en medio de un gran engaño urdido a espaldas de la gente común. Estaba asustado con ese viaje y borracho. Hubiera querido detenerlo todo, pero cuando llegó a su habitación Hermann ya había telefonado a Berlín. Alguien estaba esperando su llamada. Solo sabía su nombre en clave: F-45. Le comunicó la conformidad de Robert. F-45 le dijo que era el momento, entonces, de regresar, que todo estaba en marcha.

3
París

Al principio no había nada. Estaba el mundo normal pero distorsionado por el alcohol. Las cosas eran invadidas por una especie de euforia y acababan tornándose poco a poco en depresivas. Después llegaba él. Siempre llegaba. Siempre se le aparecía... Viejo, con su gordura deforme, orgulloso del dinero que exhibía en su regazo, mientras, a sus pies, la belleza de dos jóvenes estaba a punto de ser aniquilada. Era la figura de Mammón del cuadro de George Watts, y esas apariciones lo perseguían desde que lo había descubierto en la Tate Gallery de Londres.



En realidad, Richard no veía a Mammón, se veía a sí mismo. Sin embargo, aquella noche en París no lo contempló inmóvil, como en el cuadro de Watts. Estaba ahí, en el aparcamiento, y se movía, y su gesto tenía un carácter marcadamente obsceno.

Había ido a París para vigilar a Marie Delmont, para saber cómo era y qué clase de vida llevaba. Ella no sabía aún lo que iba a sucederle en Italia, hasta qué punto

todo escapaba a su control. Richard, sin embargo, lo sabía todo. Cumplía la tarea que le habían encomendado. Por eso la llevaba vigilando durante días. La había seguido hasta el Teatro, la había visto bailar, se había sentado a su lado en algunos cafés. Conocía, desde la distancia, a la gente con la que se relacionaba. Debía tener una idea cabal de ella antes de que llegara a Italia. Era necesario conocerla bien antes de llevarla ante Angelo Motta. Esa era su misión, que debía realizar en secreto, sin que nadie sospechara nada. Tampoco Marie Delmont podía enterarse de que estaba siendo utilizada para un propósito que el Reich consideraba fundamental. Richard ignoraba qué había detrás del viaje de Marie y quién era Angelo Motta, así como lo que sucedería con ellos después de su encuentro. Tenía sus propias hipótesis y esperaba verificarlas una vez que todo se pusiera en marcha en la ciudad de Génova. Y esperaba, sobre todo, que sus compatriotas alemanes lo consideraran un hombre de negocios digno de confianza.

En el coche en el que la había seguido aquella noche, se dispuso a abandonar el aparcamiento. Las sombras de las hojas de los plátanos se proyectaban sobre la carrocería y el parabrisas. Se detuvo de pronto. Estaba borracho. Vio que el joven que había salido aquella noche con Marie forcejeaba con ella. Estaban discutiendo y ella le gritaba. Richard se bajó del coche y esperó. Cuando Marie hubo desaparecido en el portal, fue a por él. El chico lo vio venir y se quedó quieto. Después Richard lo atacó, como si de una presa se tratara, lleno de rabia. El chico cayó al suelo y Richard lo dejó allí, con la boca rota y sangrando. Se montó en el coche y se largó. Sabía que a Alemania había que defenderla así y que solo así podría asegurar la marcha de su negocio en los tiempos futuros. El partido nazi no era solo una ideología.

Aparcó cerca del Moulin Rouge. No sentía nada. Tan solo, en medio de las luces de colores, de la música de los músicos callejeros, de la gente que iba y venía, feliz, lo vio a él. Viejo, de una gordura deforme, protegía en su regazo las bolsas llenas de dinero. Sus ojos no tenían luz, solo un brillo semejante al brillo de las monedas.

En el Moulin se dejó seducir por las plumas, los pechos y las sonrisas de las sesenta chicas Dorris que bailaban cancan en el escenario. Allí se había citado con una prostituta llamada Eva Staar, una tierna exiliada alemana que hacía trabajos para sus compatriotas refugiados en París y a la que había conocido gracias a su amigo Laurent Grévin, un agente libre del servicio inglés de inteligencia para el que Richard había llevado a cabo varios encargos. Creía que su dinero estaba seguro así y que no entendía de fronteras. Los mercados eran mercados. Medía a sus clientes por el volumen de sus bolsillos. Hacer trabajos para Alemania y hacer trabajos para Inglaterra le daba la sensación de controlar el mundo. Medía el mundo por la cuenta de resultados. Medía a las mujeres por todo aquello que se dejaban hacer. En eso Eva Staar era una experta.

Berlín

Se hicieron fotos de su rostro. De su no rostro, por decirlo mejor. Un rostro borrado, quemado, que únicamente lucía una piel brillante. Se enviaron a los campos de concentración, a los psiquiátricos, a las cárceles. Tenían que encontrar a alguien que se pareciera a Angelo Motta y pudiera hacerse pasar por él.

Seleccionaron a unos cuantos hombres y los trasladaron de incógnito a Berlín, al Servicio de Cirugía Estética creado por las SS. Un equipo médico los estaba esperando a las puertas de aquella clínica flanqueada por jardines con flores y árboles demasiado altos y un olor a glicinas y a plantas subacuáticas. Los instalaron en habitaciones separadas y les prohibieron que tuvieran entre ellos algún tipo de comunicación. Allí, mediante la utilización de ácidos, intentaron reproducir el rostro borrado de Angelo Motta en cada uno de ellos. Como sobre todos pesaba una condena a muerte, aceptaron ser intervenidos a cambio de la libertad. Perder el rostro a cambio de poder vivir en Alemania.

La mayoría, después de varias sesiones, no pudo pasar la primera prueba. Fueron llevados a mar abierto y arrojados al agua con un tiro en la sien, en una zona donde nunca serían recuperados sus cadáveres. Con el grupo restante se siguió trabajando, y se les sometió a una operación quirúrgica exhaustiva. Los resultados se pudieron observar al cabo de cuatro meses, y fueron calificados de muy satisfactorios. Ante la visión de aquellos hombres, algunos comentarios apuntaban a la creación de un ejército de monstruos.

De entre todos ellos se eligió a Thomas Strauch, un judío concentrado en Dachau, falsificador profesional de joyas. Era de la misma edad que Angelo Motta, de la misma estatura, tenía su mismo color de pelo y hablaba perfectamente francés.

Thomas fue preparado para la misión y enviado a Milán. Sin rostro o con un rostro que no era el suyo, liberaba el odio que lo invadía a través de los sueños. Soñaba que lo montaban en un tren y le hacían representar su papel ante Marie, pero que era Marie quien los engañaba a todos, quien se vengaba de todos, sin ser descubierta. Que después él se dirigía a la estación de Zúrich y desde allí partía hacia Berlín. En la capital alemana veía pasar a sus amigos con una estrella amarilla cosida en la ropa, los veía montados en camiones o llevados en fila por las calles, nadie lo reconocía, pero él estaba allí, y era libre. Entonces soñaba que ya no lo devolvían a Dachau, ni siquiera a una zona segura del campo, y nunca volvía a ser sometido a interrogatorios y torturas.

Fráncfort del Meno

Vio desde lejos el edificio de la compañía farmacéutica IG Farben. Iba conduciendo mientras la tarde oscilaba entre la negrura y la penumbra. La noticia de que Hermann Brandt había elegido a su amigo Robert para la misión en Italia había corrido de boca en boca en los últimos días y él se sentía traicionado. Era él, Franz Liebermann, quien debía llevar a cabo aquella misión. Conducía despacio, mirando atentamente las ventanas iluminadas, casi detenido delante de aquella mole de oficinas. Había cogido el coche para desaparecer ese día de Berlín, para no ver el rostro de nadie ni enfrentarse a ninguna mirada. No quería ser herido por ningún comentario. Tenía que pensar.

Desvió el coche para alejarse del edificio. Atravesó calles con los rótulos comerciales ya encendidos, dejó atrás los polígonos de nuevas viviendas. Desde la carretera contempló amplias zonas industriales en las que no había ningún movimiento. Salió de aquella maldita ciudad. Iba lleno de odio, no soportaba que muchos de sus sueños se hubieran visto aplazados.

Formaba parte del régimen desde su regreso de América. Había dejado allí una prometedora carrera periodística para unirse al Reich. Al principio se encargó de algunas campañas de agitación en el Ministerio de Propaganda. Manejaba los resortes de la publicidad y de la concienciación, era hábil en convencer a las masas y dirigirlas. Poco a poco fue requerido para asuntos relacionados con la seguridad nacional, trabajos sociológicos que después se convirtieron en trabajos policiales. En un régimen policial y militar, era la única manera de convertirse en una pieza indispensable. Se unió a Hermann Brandt cuando la Liga de Médicos necesitó un departamento de información y control. Ayudó a limpiar la ciencia alemana de elementos corruptos, de sangre semita y de ideas próximas al bolchevismo. Fue eficaz y discreto. Apenas lo conocía nadie. Trabajaba en secreto mientras llevaba una vida en apariencia gris y anónima. Pero ahora...

Detuvo el coche y se bajó en medio del campo. Contempló las luces de Fráncfort del Meno. No estaba acostumbrado a perdonar la traición. Sabía bien su cometido. Debía acabar con un hombre al que nunca había visto: Robert Hesse. Debía acabar con la amistad que ese hombre mantenía con otro hombre, con Hermann Brandt. A la traición se respondía con traición. Iba a convertir en un infierno la vida de Robert en Italia, la complicaría hasta que toda una red de mentiras lo destruyera. Conocía la estrategia de los servicios secretos que operaban en Milán. Siempre actuaban sin despertar sospechas. Se limitarían a esperar el momento en que Robert se mostrara

más débil y entonces lo mostrarían ante Hermann como un traidor, desleal a la causa alemana.

Ya había hablado con Kurt Essen y con Richard Stoner.

Al día siguiente regresó a Berlín, llegó al atardecer. Se acercó a Westend, el barrio elegante donde los grandes chalets alternaban con jardines ingleses, desde allí se dirigió a la Friedrichstrasse, la calle en la que los burgueses se dejaban desplumar por las *cocottes*. Necesitaba compañía.

Berlín

El dossier sobre Marie que hicieron llegar a Robert ocupaba cinco folios mecanografiados por las dos caras. El retrato que se dibujaba de ella era el de una mujer que había hecho de su proyección personal la única empresa de su vida. Había ascendido rápidamente en todo. Y había aprendido de prisa a mantenerse en esa posición de privilegio. Cuidaba su arte, pero cuidaba aún más sus relaciones, sobre todo con los medios de comunicación, las cuales parecían una cosa enfermiza en ella.

El dossier hacía creer, por tanto, que el triunfo de Marie tenía un origen oscuro, fruto de amistades y favores.

La mano o las manos nazis que lo habían escrito la presentaban como una mujer peligrosa, como una *sucia intelectual*. Había, además, un cierto regusto a la hora de tratar su falta de moralidad. Se detallaba con sarcasmo el relajamiento en sus aventuras sexuales, se daban nombres y direcciones y las fechas de los encuentros. Sin embargo, el informe admitía que su actitud no era distinta a la de los otros *artistas degenerados* con los que se relacionaba, que igualmente mostraban una *conducta decadente y enferma*.

En política era cínica, escurridiza y desconfiada, se decía. Sabía esconder todas las actividades que llevaba a cabo al margen de su figura pública: había aprovechado sus viajes a Estados Unidos, la URSS o Inglaterra para crear una sólida red de amistades y admiradores, pero con una peculiaridad, la mayor parte de ellos eran judíos. Empresarios del mundo del espectáculo, banqueros, políticos y científicos se sentaban a su mesa y le hacían valiosas confidencias sobre la marcha del mundo en un momento en el que se luchaba por que la guerra no se hiciera realidad. El dossier daba por seguro que en alguna de esas conversaciones se había hablado de la figura de Angelo Motta. En un acto celebrado en la Mutualité, el científico judío Alexander Wilson había subrayado que a la ciencia alemana solo se la podía combatir con una ciencia basada en los derechos democráticos e individuales. Y había sido Alexander Wilson quien le había dicho a Marie en Londres: «¿Por qué tenemos que hablar siempre en abstracto, por qué no implicarnos, por qué no pasar a la acción?».

El dossier original fue presentado a Hermann Brandt, y Franz Liebermann le hizo numerosas correcciones antes de ser entregado a Robert. Alguien, al leerlo, manifestó:

—¿Por qué se la mantiene con vida? ¿Podemos estar tranquilos con enemigos así?

A lo que Hermann Brandt contestó:

—Es mejor divertirse con ella. De eso se ocupará Robert.

Berlín

Ya no conocía el rastro de muchos de ellos. Profesores o investigadores amigos habían ido desapareciendo a lo largo de los años. Hermann guardaba toda la documentación en un archivo de su despacho y sentía una punzada de tristeza cada vez que se acercaba, abría el cajón y leía. Años de nacimiento, estudios, principales reconocimientos profesionales, matrimonios, raza... Todos los informes se detenían en el mismo punto: en la palabra HUIDO o en la palabra DEPORTADO. Después el abismo, la sombra de la incertidumbre, la pregunta: ¿dónde se encontraban?, y el silencio.

La luz de la única lámpara encendida en el despacho que ahora ocupaba en Berlín llegaba tenuemente hasta aquellos folios donde estaba diseñada toda la operación que se iba a realizar en Italia, y la tristeza primera se tornaba en un sentimiento a medio camino entre la venganza y la estupefacción. Estaba solo en el edificio. Su secretaria y los últimos empleados se habían marchado hacía un par de horas. Era de noche. El frío azotaba la ciudad. Las noticias de la Hadermann-Strasse le confirmaron que Joseph Fischer había perdido el conocimiento tras una nueva serie de descargas. Llevaba más de una semana sin dormir. Lo habían torturado a fondo y había revelado sus planes de huir a Francia. El plan de huida y los contactos franceses se los había proporcionado Michel Delmont, el padre de Marie, antes de morir. Sabían que Delmont tenía una obsesión: destruir la ciencia alemana, no solo por vagas razones políticas, sino también por razones empresariales y un deseo desmedido de triunfo personal. Pero Delmont ya no era más que un guiñapo que se pudría bajo tierra, porque todas las ambiciones se curan bajo la tapa de un ataúd. Y Fischer, su amigo Fischer, también estaba condenado a descansar en paz, en su propio infierno de traiciones y debilidades, que le había llevado a dejar al descubierto a todos sus amigos, así como las pistas que tenía sobre Angelo Motta.

Vio la sombra de una soga proyectándose sobre la pared del fondo. Pensó en Fischer y en sí mismo. Volvió la vista a su archivo. Pronto también Fischer ocuparía un lugar en el silencio. ¿Por qué estaba haciendo esto con él, por qué lo había convertido en un traidor? Fischer solo era un pobre hombre demasiado débil para soportar aquella violencia, un hombre demasiado bueno para comprender lo que estaba sucediendo ante sus ojos. Lo recordó en su despacho de la Sociedad Kaiser Wilhelm, encerrado en su propio mundo de fórmulas y laboratorios. ¿Lo odió entonces, fue incapaz de soportar la pureza que desprendía su falta de compromiso con otra cosa que no fuera la ciencia a la que estaba entregado? Sí, lo odiaba.

Pantalla II

**Amantes en el tiempo
de la infamia**

Marie era la primera bailarina del Ballet de la Ópera de París. La noche en que fue elegida, había estado bailando unos fragmentos de *L'Après-midi d'un Faune* de Debussy. Al terminar, el público se puso en pie y la aplaudió. Los músicos se sumaron a ese aplauso palmeando levemente sus instrumentos. Ella, en mitad del escenario, recibió el reconocimiento con lágrimas en los ojos.

«Comenzó a hablar, se calló; intentaba mantenerse digna, pero estaba muy emocionada».

El director de orquesta se acercó a ella y la abrazó, después le entregó un ramo de flores. Marie desató el lazo y las fue arrojando una a una al patio de butacas, luego al resto del público y después a la zona donde se situaba la orquesta.

Volvió a decir algo y enmudeció de nuevo, incapaz de articular las palabras.

Inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, levantó el brazo derecho y se mantuvo en esa posición hasta que el enorme y pesado telón rojo la ocultó por completo.

Unos días después sus enemigos desataron la polémica en la prensa. Mostraban dudas de que los méritos de Marie Delmont fueran suficientes para ser nombrada primera bailarina y se preguntaban si no había sido una decisión demasiado arbitraria de Sergei Malko.

A Sergei Malko, el director del *ballet*, no le bastó con otorgarle a Marie el puesto más relevante de la compañía, sino que la convirtió, casi desde sus primeras interpretaciones, en alguien a quien el público amaba.

Marguerite Genève dijo de ella en *Le Figaro* que venía a sustituir a los grandes maestros debido al carácter innovador de su arte.

Cristine Lacroix, yendo más lejos, escribió en su columna semanal de *Paris-Soir* que quien bailaba era alguien que intentaba cuestionar y criticar los paradigmas de la representación clásica.

No se equivocaba. Natacha Ulova, su maestra, siempre le había repetido que la danza era una transformación, una transformación incesante.

—Bailar no sirve de nada —le decía— si no se cambia la mirada del espectador, si no se produce una revolución en el mundo. Cuando inicies cualquier movimiento, observa si el mundo cambia.

En una entrevista publicada en *Paris-Soir Dimanche* en octubre de 1937, Marie declaró que la danza era una mutación interior; no una técnica sino una actitud ante la evolución de los acontecimientos, una revolución de la realidad. Su ideal consistía en evitar la ilusión del clasicismo, del racionalismo cartesiano, en fundar un nuevo concepto de belleza.

Pero aquella tarde de julio de 1938 la tierra estaba inmóvil, fija en un punto del verano. La temperatura era muy elevada, y ella, en medio del calor, veía cómo todos sus movimientos iban cayendo uno a uno en una delicuescencia intrascendente. Se sentía torpe y, sobre todo, era incapaz de pensar, de sentir, sumergida en un furioso e interminable crepúsculo que parecía el desvarío de algo.

Apuntaba todo en una libreta con las tapas de piel verde que había comprado en un sótano donde unos exiliados rusos habían montado una tienda que carecía de permisos legales. En la libreta había notas y dibujos puramente técnicos, pero también divagaciones, citas, aforismos, fragmentos de poemas, entradas de su diario personal. «La danza», había escrito, «es el arte de crear huidas, de crear puntos de fuga, de convertirse en otro ser. La danza es el arte de buscar, porque el que busca cambia de estado, adopta un nuevo lenguaje, inventa la realidad».

Sus lecturas eran algo más que lecturas.

Amaba al poeta Jules Laforgue porque le ayudaba a huir del lastre retórico, de la lógica realista, y aportaba al arte un contenido satírico y sentido del humor.

Amaba a Luigi Pirandello porque sus obras estaban pobladas de fantasmas, de máscaras, de realidades apócrifas.

Amaba a André Breton y Tristan Tzara porque señalaban nuevos ámbitos imaginarios y trataban de cambiar a través de la imaginación la vida común.

«¿El amor?», le preguntaban a veces en las entrevistas. Ella se sentía arrastrada por la urgencia de aquellos años convulsos. Se dejaba llevar, feliz al presenciar cómo a su alrededor nacían nuevas formas de vida, nuevas formas de liberación, transformaciones, cambios.

Había tenido una vida sentimental breve, pero agitada. Sus continuos viajes y las características propias de su profesión la habían abocado a intensas relaciones esporádicas. Pero Marie defendía ese tipo de relaciones. Brevidad e intensidad. Era el signo de los tiempos, todo nacía rápido, se desarrollaba rápido y desaparecía de forma veloz. La juventud era apresuramiento; el sexo, una forma de hacer del amor una experiencia capaz de ser asumida en su fragilidad.

Tenía un cuerpo frágil y una inteligencia arrebatada, como casi todas las mujeres que han construido su psicología encima de un escenario. En ella la inteligencia era, además, una forma de audacia. Lo leía frecuentemente en algunos libros de poemas. Palabras. Versos que recordaba. Imágenes poderosas, formas nuevas de conciencia, formas nuevas de imaginación, sentidos desplazados, palabras en crisis, un lenguaje

hecho crítica, un habla extrema de libertad.

Los periódicos, para ella, solo eran las estrategias con las que el mundo se preparaba para la guerra.

Ella se preparó rápido, se puso un vestido de color negro, ligero, con los hombros desnudos. Muy ajustado por la curva de las caderas, justo donde tenía su fin la abertura que le subía desde los tobillos.

La recibieron con una copa de *grappa* helada.

Bailaron con ella.

Bebieron con ella.

Sergei Malko, antes de marcharse de Francia, le había dicho que tenía que conocer a un joven alemán, amigo de unos amigos suyos.

Lo estuvo buscando con la mirada hasta que lo encontró. Nunca supo explicarse qué fue lo que sintió por él al contemplarlo, en cuanto lo vio charlar, reírse y beber.

La gente lo rodeaba y se divertía.

Siempre recordaría aquella noche como una perturbación, como una urgencia. Llevaba meses con su vida a la intemperie, sin saber quién era, en quién se había convertido. Demasiados miedos, demasiados temores, demasiadas pesadillas. Había experimentado la soledad que hay detrás de la palabra muerte, de la palabra víctima, de las preguntas sin respuesta. Había experimentado qué significados precisos tenía la palabra orfandad. Se había vuelto experta en echar de menos a alguien, en vivir echando de menos a aquellos que quería. Temía cualquier silencio, cualquier pausa, verse varada en medio de la noche.

Por eso lo buscó. Buscó aquel hechizo, aquella fascinación. Sentirse un poco protegida. Lo buscó sin que él lo sospechara, haciendo que, en realidad, fuera él a su encuentro. Se sentía tan extraña que no hubiera podido hacerlo de otra forma.

Lo que pasó después solo pudo entenderlo de una forma: el deseo. No pensó siquiera en el alcance que podía tener ese deseo. Se dejó llevar.

«La noche de verano era tan grande», pensó, «que podía dar cabida a una cosa así». Todo fue fácil: el *whisky* que bebieron, las canciones de moda que escucharon en una moderna gramola Phillips, el paseo hasta el embarcadero, la arena caliente, la brisa tibia, el agua del mar del color del cinc y en calma.

No pensó nada más.

—Creía —le dijo él, muy cerca de ella— que de alguna forma ibas a intimidarme. No sé, tu belleza, la fama de mujer liberal propia de las jóvenes francesas, o la imagen que de las mujeres francesas tenemos los extranjeros...

La fiesta se estaba celebrando en el Palazzo San Giorgio, en Génova, y era, sin duda, la que daba comienzo a las innumerables fiestas del verano.

La conversación fue animada desde el principio. Hablaron, como era habitual para los jóvenes de aquellos años, de la utopía, de un lugar perfecto más allá del

tiempo, o de un lugar ideal que se haría realidad en el futuro. Sus formas de ver el futuro, sin embargo, no eran parecidas. Se rieron mucho, aunque a veces a Robert se le helaba la risa en la cara. Sin embargo ella se imaginó que eran dos planetas distintos cuyas órbitas se iban aproximando poco a poco, que se buscaban más allá de las encrucijadas de aquella época, de las historias y las ideas personales.

El mar siguió en calma mientras se besaron, las luces de las barcas de pesca permanecían inmóviles en medio de la gran inmensidad.

Después, Marie dejó caer su cabeza sobre el hombro de él y cerró los ojos. Entonces él observó que ella llevaba tatuado el símbolo *B* bajo la nuca, en el inicio de su espalda, y se preguntó, confuso, por qué haría ostentación de una cosa así. Por qué se delataba de ese modo.

Marie advirtió su confusión. Le miró a los ojos, se acercó a su cara. Llevaba el símbolo *B* por un acto de solidaridad. Le parecía necesario llevarlo, al igual que a sus compañeros de profesión y a gran parte de la intelectualidad francesa. Pero Robert lo juzgó como uno más de los muchos gestos inútiles de las élites artísticas e intelectuales, todavía contaminadas por la idea de que ellos (los creadores, los pensadores) eran la conciencia de la sociedad.

Desde 1935, la consigna que recorría los grupos de resistencia antifascista en Alemania era: «No basta con ocultarse, hay que desaparecer». El terror para ellos lo simbolizaba el sótano del cuartel de las SA en la Hadermann-Strasse de Berlín. Las detenciones, los juicios sumarísimos y los asesinatos se irían sucediendo en los años siguientes como una enorme maquinaria de purga ideológica y racial. Políticos, intelectuales, empresarios, trabajadores, miembros de los sindicatos, cualquiera podía ser sospechoso de conspirar contra el régimen.

El éxodo de ciudadanos alemanes a los países vecinos aumentaba. En 1938, París se había convertido en el centro del exilio alemán. Miles de personas sin derecho a trabajar, sin dinero y sin permiso de residencia intentaban hacerse un hueco en la ciudad. A ellas se sumaban los muchos desplazados de la guerra de España que habían buscado refugio a orillas del Sena.

La situación se iba haciendo insostenible, sobre todo porque los parisinos mostraban hacia ellos una creciente hostilidad. La letra *B* que Marie llevaba tatuada en la base de su cuello significaba *Bienvenue*, y defendía el hecho de que Francia, como país de las libertades y la democracia, se había erigido en la historia moderna como lugar de refugio político y de defensa de la dignidad del refugiado.

Robert Hesse había llegado a esa playa un mes antes, en un tren procedente de Berlín. Era un día de nubes y humedad extrema, de un calor demasiado denso e irrespirable.

Ocupó un apartamento al final del pueblo, al borde de unos pequeños campos de cultivo, y se dedicó a bañarse, a hacer amigos y a beber.

Había ido allí a descansar.

Acababa de concluir una importante investigación médica y quería pasar sus vacaciones lejos de Alemania. Era profesor universitario, pero había abandonado la docencia. Ese era el rumor que había dejado correr por el pueblo, aunque no era cierto del todo.

En realidad, alentado por su amigo Hermann, Robert había ingresado en las juventudes hitlerianas y había hecho carrera en el partido, poniendo la medicina al servicio del régimen. Aún faltaba algún tiempo para la época más macabra de Himmler, pero en aquellos momentos la medicina alemana se sentía complacida con el nacionalsocialismo: el nuevo régimen había hecho de esta ciencia un arma para vigilar la salud del pueblo germano, y, por eso, ahora gozaba de ese lugar de privilegio que había perdido hacía décadas.

Marie se secó el sudor del rostro y los brazos con la toalla. Pensó que todos, a esa hora, estarían en el mar.

Abrió las puertas que daban al porche y oyó cómo los pescadores que vivían en la casa vecina se preparaban para bajar a la cala.

Se preguntó si aún se vería en el horizonte la silueta del acorazado alemán que llevaba varias jornadas haciendo maniobras.

Salió al jardín.

Llenó un cubo de agua y se refrescó un poco. Se quitó las zapatillas y metió los pies.

Se dijo que no era agradable que aquellos militares perturbaran así un lugar de descanso. Ella amaba Alemania, pero parecía que, en los últimos tiempos, Alemania ya no era el país de la música, de la filosofía o de la poesía, sino un enorme y

gigantesco ejército, un siniestro emporio económico.

«¿Qué es un hombre?», se preguntaba él a menudo. «Un hombre es el que ama el orden, la belleza, la disciplina y la patria».

«¿Qué es un médico? El que ayuda al hombre a conseguir esos fines».

Tenía un aspecto saludable, su bronceado no era excesivo. El cuerpo musculoso y joven, el cabello moreno, en su cara brillaban unos hermosos ojos verdes.

Había declarado que sentía admiración por las prácticas médicas del doctor Hoben, quien unos años más tarde se haría famoso por haber inyectado a sus pacientes fenol y evipán sódico en los campos de concentración, fríamente, con un cigarrillo en los labios, tarareando una canción.

La primera noche que pasaron juntos supuso para ella una experiencia que la cambió por completo, atravesó algo, cruzó algo. Una línea. Un estado. Una manera de vida alejada de la tristeza de los últimos meses, desde la muerte de sus padres. Se sintió viva, llevada por un deseo que creía perdido.

Al amanecer salieron al porche buscando un poco de brisa. Más tarde fueron a nadar.

Después volvieron a casa y continuaron en el mismo éxtasis.

Se despertaron muy tarde. Fue ella quien primero abrió los ojos. Vio un grabado colgado de la pared, se preguntó hasta qué punto Robert participaba de su mensaje, hasta qué punto estaba implicado en esas ideas.

El servicio de inteligencia alemán había colgado en el apartamento de Robert una reproducción del grabado que Alberto Durero realizó para el *Liber Chronicarum*. En él se mostraba un brasero inquisitorial de judíos. Los judíos aparecían con sus ropas habituales y los ojos desorbitados en el momento de ser quemados. Pero era un grabado festivo, puesto que se trataba de un acto festivo para el pueblo. Era una risa negra. Así lo había sido siempre: en el año 1298 en Wurtzburg, en 1348 por todos los territorios germanos, en 1492 en Bratislava, Passau o Ratisbona. Contenía la idea de la exterminación en masa, no de un individuo que transige la ley, sino de la exterminación genética, el deseo de hacer desaparecer un error de la historia humana, conferir al crimen un diseño industrial.

Marie lo esperaba esa tarde con los dedos de los pies doloridos, tras largas horas de ensayo. El Mercedes apareció delante de la puerta con una nube de polvo detrás. En la higuera, el sonido a chatarra de las cigarras era demasiado violento.

Ella sabía que no era solo deseo lo que sentía por él, sino una especie de hechizo, una especie de fascinación.

En cualquier caso, nunca hablaban de lo que sería de ellos, de un posible futuro juntos.

Ella le contaba que *Giselle* se representaría en otoño y que sería recibida con expectación. Se imaginaba la crítica en los periódicos y las colas en la calle frente a la taquilla. Decía que tenía que estar preparada para ello.

Él hablaba de continuar sus investigaciones en el sórdido ambiente universitario o de dejarlo todo, solicitar una excedencia y pasar desapercibido. Pero ella no le creyó capaz de hacer algo así, bullían demasiadas cosas dentro de él para quedarse al margen.

Fueron a la ciudad. Génova no había sido nunca una ciudad culta al modo de Venecia. El arte, en ella, no era solo arte sino una consecuencia del dinero. La meditación del genovés, austero, brusco y silencioso, había sido siempre más propicia a los movimientos del comercio que a la indagación en los secretos de la realidad.

Llegaron al mercado. Y en medio de aquel ajetreo, ella se vio asaltada por un

montón de sentimientos contrapuestos, de miedos, de preguntas. Oía la voz de los vendedores y veía el flujo de gente entre los puestos. Lo veía a él. ¿Quién era? ¿Lo conocía en alguna medida? ¿Por qué buscaba en él refugio de esa forma tan insensata, tan falta de control? Las aventuras parisinas de los últimos tiempos le habían acrecentado un enorme sentimiento de soledad. La muerte de sus padres la habían dejado vacía. La soledad y la orfandad eran, para ella, una manera de sentirse perdida. Cada camino se cerraba, cada decisión nacía muerta. Vivía en un duelo interminable, cada día seguía estando habitado por el dolor. Había algo incomprensible en aquellas muertes y había algo incomprensible y no resuelto en su propia vida. Estaba sola en el mundo. Se le hacía insoportable seguir viviendo en aquella casa de la Rue du Quatre-Septembre donde siempre había vivido con ellos. No soportaba un silencio que, hasta hacía poco, estaba tan lleno de presencias, de voces, de calor. Por las noches se acostaba con miedo y lloraba, y veía pasar las horas sin atreverse a dormir. El corazón le golpeaba con fuerza, la mente iba sin rumbo, estaba esperando algo terrible que nunca se revelaba. Temía llegar a aquella casa y temía observarse a sí misma en aquella dimensión insomne. Creía que, al día siguiente, no iba a tener fuerzas para bailar, que aquel miedo iba a pesar tanto en su cuerpo que iba a quedarse inmóvil en medio del escenario.

Lo habló en el Teatro, lo habló con Sergei Malko. Largas conversaciones que se iban interrumpiendo por el correr de las lágrimas. «¿Me estoy volviendo loca?», le preguntaba. «¿Puedo soportar una cosa así?». Un día y otro, durante meses, estuvo viviendo una vida sin vida, aquella extraña conmoción. Malko lo habló con algún miembro de la inteligencia alemana y una tarde le aconsejó tomarse unas vacaciones fuera de París, en la Riviera italiana. Poner distancia, intentar recuperar el sosiego.

Durante aquellos meses terribles, solo dormía cuando en su cama se sentía acompañada: amantes, amores, cuerpos furtivos. ¿Era Robert uno de ellos? No podía saberlo aún. Ni siquiera sabía de él si toda aquella parafernalia nazi que decoraba las paredes de su apartamento era cierta del todo. «Somos arrastrados por la historia», le había dicho él, «creamos ideas, creemos en ellas, intentamos avanzar, no podemos saber si estamos equivocados».

Los dos se habían detenido ante un puesto de frutas. Melocotones olorosos, peras en cuya superficie aparecía una gota de miel, albaricoques iluminados por el sol... La vendedora le ofrecía algunas piezas y ellos se las llevaban a la boca. Sentían el zumo caliente derramarse en sus lenguas, sentían toda aquella confusión de fragancias y de sabor.

No sabía por qué, junto a él, se sentía amparada. Por qué el tiempo pasaba casi invisible y los recuerdos se iban volviendo lejanos y casi no le hacían daño. Por qué en esos días había logrado hacer un pacto con el dolor. Ni siquiera se preguntaba hasta qué punto estaba enamorada de él o él de ella. Se dejaba llevar por aquel cúmulo de vivencias que la sorprendían y la curaban. Era todo tan intenso que, para

ella, no existía nada excepto ellos dos allí. Ni París, ni Alemania, ni ninguna idea política, ni ningún credo, nada. Sol, verano, dos cuerpos, una idea de equilibrio, una salvación. De todas las demás heridas se encargaba de curarlas su *Giselle*.

Días más tarde viajaron desde Génova a La Spezia. Las palmeras, los olivos al pie de las áridas montañas. Un calor suavizado por la brisa del mar. Iban buscando ruinas, lugares deshabitados, algo así como huellas que no pertenecieran a aquel tiempo, sino a un tiempo anterior. En los restos de un fresco de la Villa de Porto Venere, desde cuyas ruinas se divisaba la isla de Palmaria, un hombre sostenía entre sus manos la cabeza de una mujer. La mujer estaba llorando, un reguero de lágrimas bajaba por la superficie de su cara hasta manchar el suelo. El hombre deslizaba sus labios por los cabellos de ella. La consolaba. Le susurraba algo. Pero el llanto no se detenía. Eran los dos jóvenes, parecían enamorados, atrapados, sin embargo, por un hondo dolor. Al fondo, detrás de ellos, una llanura se extendía hasta el horizonte, estaba surcada por columnas de humo, consecuencia tal vez de una catástrofe o de una guerra. Todo era bello y, a la vez, triste, con esa belleza y esa tristeza que poseen las cosas que se pierden.

Marie contempló largo tiempo aquellas figuras y se identificó con ellas, con la voz que hablaba dentro de esa mujer abatida por el llanto y del hombre que la consolaba.

Habían pasado juntos la última semana. Habían recorrido las callejas, las *carugi*, del barrio antiguo de Génova y visitado sus palacios. Habían contemplado las obras de los pintores renacentistas. Habían llegado hasta el puerto de pescadores de Portofino y habían buscado en Rapallo la presencia de Ezra Pound, el loco poeta norteamericano del que Marie había oído hablar en la librería Shakespeare & Co. de París. Habían sido felices y habían logrado mantenerse en esa felicidad tan frágil. Sin embargo nada les había interrogado tanto como ese fresco perdido en una villa en ruinas del campo de Liguria. A Robert le pareció que le hablaba del futuro, del destino que poco a poco se iba construyendo. A Marie le hacía sentirse reflejada en el dolor y en la búsqueda de consuelo para ese dolor.

Se marcharon en silencio. Él reconoció una profunda marca de tristeza en la cara de ella y se acercó a besarla. Veía a Marie tan frágil, tan perdida que, en aquel momento, se sintió ejerciendo hacia ella una traición ruin: la de que ella ignoraba realmente quién era él, qué hacía en Italia y cómo estaba llenando todo de mentiras.

—A veces te siento demasiado lejano —le dijo ella—. Soy yo quien se acerca a ti, quien te busca, soy yo quien te necesita.

Marie despreciaba de Robert esa forma suya de distancia, esa forma de hacer invisible todo cuanto estaba a su alrededor. Conocía su cuerpo, sus labios, el sabor de su saliva, el sabor de su sudor. Sabía que toda aquella extensión de piel, de poros, era un territorio que conquistaba con facilidad. Pero que el territorio de su mente permanecía lejos, oculto.

—¿Qué es lo que te gustaría cambiar de mí? —le preguntó él—, sentados ya en una plazoleta de La Spezia y viendo cómo niños descalzos jugaban.

—La soberbia —le contestó—, riéndose. Esa soberbia inconsciente que hace que tengas de ti mismo una idea equivocada.

Robert también se rio. Venía del mar un olor a salmuera, el olor a ropa tendida de las callejas y el aroma del aceite de las cocinas de las casas.

—Y a ti ¿qué te gustaría cambiar de mí? —le preguntó ella.

—Tu tristeza —le dijo—. Esa tristeza que guardas como un secreto y que intento que puedas superar.

Más tarde, en la habitación, desnudos, solo eran dos seres que parecían no ocultarse cosa alguna. Demasiado transparentes el uno para el otro, como si se pudiera mirar a través de su piel lo que había dentro de ellos.

—¿A quién ves en mí? —le preguntó Robert—, ¿a quién ves en mí detrás de esa soberbia que tanto te desagrada?

Estaba dentro de ella, acababa de lanzar un gemido y había dejado caer su cabeza encima de la almohada. Marie oía discurrir el torrente lleno de agua que venía de los Apeninos y percibía en el aire del cuarto el olor de las ciruelas y de las viñas.

—Veo aquel a quien tratas de ocultar —le respondió—. A ese ser que también duda, que también tiene heridas que necesitan curarse. A alguien que se está haciendo continuamente preguntas porque se ve arrastrado por las ideas de un país sin sentido, y que se encuentra perdido en ellas, sobrepasado por ellas. Alguien que todavía ignora hasta qué punto se siente insatisfecho con el puñado de hombres que rigen el destino de Alemania. Y a los que teme.

Él no se apartó. Se rio, y continuó hundiendo su cabeza en las arrugas de la almohada, el cabello empapado en sudor. Pensó que la construcción de una vida está dominada por los hechos, no por las convicciones. Que las convicciones solo son pasto de los hechos, un puñado de ceniza. No quería admitir hasta qué punto ella tenía razón.

El matrimonio Stoner, Richard y su esposa Elsa, los habían invitado a cenar esa noche. Él era alemán, tenía negocios relacionados con el comercio de mercancías en algunos puertos italianos y se rumoreaba que, hacía una década, había querido participar como promotor en la autopista Milán-Turín, la mayor de las proyectadas en Italia.

Richard se había presentado a Robert en la terraza del bar Siena, un mediodía, a la hora del aperitivo. Había llegado desde Nápoles en coche atravesando toda la península, y se sentía feliz por la buena marcha de sus negocios, en aquellos tiempos en que la guerra de España demandaba un montón de productos y las perspectivas comerciales con aquella España que se destruía a sí misma eran esperanzadoras. Sobre todo si las operaciones se llevaban a cabo con el apoyo del gobierno de Mussolini.

Franz Liebermann le había dicho cómo tenía que actuar para no levantar sospechas. De modo que Robert nunca supo hasta qué punto Richard lo conocía, la cantidad de información que Liebermann le había proporcionado sobre él.

Aquel día hablaron del Grosser Mercedes, un coche capaz de alcanzar una velocidad de 160 km/h. De la rivalidad entre Auto Union y la marca Mercedes, sobre todo en el Gran Premio Automovilístico de Berlín. De que Alemania era la vanguardia europea del automóvil. De que Hitler había creado la mayor red de autopistas de Europa, 3000 kilómetros que ofrecían confort en la conducción y un sistema de señalización optimizado.

Desde su encuentro en la terraza del bar Siena, el comerciante lo había introducido en la sociedad local, donde existía un buen número de hombres de negocios, compañías importantes como las de los Agnelli, Gualino, Puricelli, Lancia, Pirelli, Crespi, Feltrinelli... Pese a haber pasado su vida metido entre libros, Robert poseía una indudable habilidad para las relaciones sociales, por lo que muy pronto se hizo con la amistad de algunos de ellos. Además fue invitado a sus fiestas, e incluso a acompañarlos en alguna excursión en yate hasta mar abierto. Todos apreciaban su inteligencia, su sentido del humor, su capacidad para seducir.

Pero Richard esperaba algo más de él: negocio.

Desde hacía tiempo buscaba una puerta por la que entrar en el negocio químico y farmacéutico de Alemania, y pensó que Robert podría ayudarlo, sobre todo gracias a su íntima amistad con un hombre demasiado poderoso y demasiado misterioso: Hermann Brandt.

La situación que entonces estaba viviendo Europa y el férreo control que se imponía en Alemania e Italia habían hecho proliferar las identidades falsas y, sobre todo, el espionaje. En realidad el viejo continente era un enorme nido de espías. Richard había tratado de averiguar quién era Hermann Brandt a través de sus contactos en Alemania, pero, aparte de la dirección del Colegio de Médicos nacionalsocialista y de su influencia en el partido, no había conseguido gran cosa. La biografía de Brandt se difuminaba hasta perderse, se convertía en nada, era una fina línea que se adentraba en un mundo de sombras.

Richard alargó la velada cuanto quiso, lo suficiente para estudiar a ambos al detalle. Le sirvió para hacerse una idea más cabal de Robert y dejarse deslumbrar un poco más por Marie. Cenaron pescado y caviar, tomaron distintas clases de vino, compartieron risas y confidencias. Marie estuvo esplendorosa. Su belleza invitaba a vivir, despertaba la alegría, era como un lugar en el que descansar la mirada. Uno no se cansaba nunca de observarla, de apreciar sus gestos, de escuchar el elegante tono de su voz.

Habló de su vida en París, del ambiente artístico en la orilla izquierda del Sena, de sus cafés y teatros y de cómo la política lo había llenado todo. Breton ya no era el mismo Breton, al igual que Picasso o Genet. El tiempo de la vida como juego, como ruptura y liberación, había dado paso al tiempo de la ideología porque el arte debía perturbar las cosas, no podía ser inocente. Formas nuevas para un orden nuevo y pensamientos que son capaces de conseguir un nuevo modo de civilización.

—Pronto todo se llenará de muertos —dijo—, porque la guerra está a punto de estallar, y yo necesito crear imágenes para ayudar a mi público a enfrentarse a un suceso tan atroz.

Por su parte, Robert les contó que su biografía se perdía en los laboratorios, las investigaciones, las aulas, los departamentos, pero que su sueño permanecía intacto: cambiar el mundo. Estaba persuadido, además, de que ese cambio solo lo podía provocar la ciencia. Se había producido una mutación, el hombre religioso había muerto y lo había sustituido el hombre científico, el hombre de la ciencia y la tecnología. Solo ese ser podía mostrar la visión exacta de las cosas, lograr que el ser humano fuera dueño de su destino.

Richard conocía bien esa ideología. Sabía que el mundo había cambiado desde que el nuevo pensamiento había sustituido las viejas formas inoperantes de hacer política. Sabía que el nuevo modo de hacer política había otorgado a Alemania un potencial económico extraordinario. Ese inmenso potencial se había aliado a una nueva cosmovisión. Comenzaba un nuevo capítulo en la historia humana.

A la mañana siguiente, Marie y Robert se despertaron juntos.

Después de desayunar cogieron el coche sin saber el sitio concreto al que iban.

Él conducía y ella, a su lado, parecía disfrutar de ese pequeño tiempo de tregua en su trabajo diario.

Fueron bordeando poco a poco la costa y al cabo de unas horas, en medio de un calor sofocante, estaban atravesando un bosque. Llegaron a la ciudad de Imperia. Al final del bosque estaba el puerto, Porto Maurizio, y más allá había un puente; bajo el puente discurría un pequeño arroyo con las aguas contaminadas.

Eran aguas de vertido industrial.

Olía a óxido y a ácidos. Un olor penetrante.

Robert no detuvo el coche, suponía que estaba junto a alguna de las empresas químicas de las que le había hablado Richard y de las que Richard pretendía conseguir que fueran contratadas por el gobierno de Hitler. En realidad quería asociarlas a la IG Farben.

Robert había sabido también que algunos miembros destacados del capitalismo italiano podían participar en esa operación. Ellos mantenían depósitos de oro y de capital en bancos suizos, mediante cuentas opacas, pese a que el gobierno de Mussolini hacía obligatoria la declaración de los bienes en el extranjero y pese a que hacía poco tiempo que alguno de ellos había sufrido la denuncia del régimen por continuar manteniendo depósitos en el Bankverein de Zúrich.

Robert pensó en Richard y pensó, por un momento, que hay gente para la cual un cambio político o la implantación de un nuevo régimen es solo una posibilidad para ganar dinero, que, en realidad, el dinero es su única ideología. Y que Alemania, ahora, era un buen negocio para ellos.

Marie le miró, le preguntó por qué estaba tan callado, si le parecía bien que buscaran un sitio cerca del mar. «Nunca», dijo ella, «había sentido tanto calor».

Él asintió de inmediato. Aceleró el coche. Llegaron a la playa y se bañaron. Era la playa de Alassio. La fina arena, los jardines casi lujuriosos junto al paseo.

Parecían felices.

Después comieron un poco de fruta y se durmieron.

Los despertó el motor de un barco que navegaba demasiado cercano a ellos. Lo vieron pasar, muy lento, en dirección al puerto.

Habían comprado unos pasteles de hojaldre llamados *foccia* y una botella de vino. Estuvieron bebiendo. Hablando y bebiendo. De Alemania, de París. Del nazismo y sus consecuencias. El alcohol les daba lucidez. Pero Marie intuyó que había cosas dentro de Robert que le torturaban.

—¿Por qué no eres aquel que quieres ser? —le preguntó.

Tenía las manos apoyadas en la arena, el color de su pelo bañado por el sol.

—¿Por qué te mientes?

Él la miró, miró sus ojos que daban cabida al reflejo del mar, miró la expresión de sueño que todavía flotaba en sus párpados.

—Estoy esperando que te decidas a dar ese paso —le dijo ella.

Robert no deseaba empezar una conversación en la que Marie insistía una y otra vez. Ya había discutido con ella. A menudo habían abordado el tema de las nuevas ideas políticas surgidas en Alemania desde un punto de vista teórico, pero trataba de evitar que ella se deslizara hacia cuestiones más personales, más íntimas, hacia las dudas que él tenía. Hacia todos aquellos territorios en que la ideología nazi a él le perturbaba.

—La Alemania de hoy —le contestó— es consecuencia de un escarnio, de un castigo de guerra y de una humillación. Tú no puedes comprenderlo.

—No sé —le dijo ella—, hay demasiada gente sufriendo, demasiada gente que desea escapar de allí.

Robert no supo qué decir. Ella le miraba, aquellos ojos, aquel rostro, sus labios, la penumbra de su boca. Cuando la veía así, odiaba todo lo que estaba haciendo, las mentiras. Había descubierto hasta qué punto se sentía defraudado. Sin embargo, sabía que podía traicionar la política de su país, pero no podía traicionar a su pueblo, no quería ser un proscrito, no quería que nadie le señalara como a un enemigo.

—No te sientas igual a ellos, Robert, no eres uno de ellos. Eres demasiado libre para ser de alguien. Eres médico, debes defender la vida. La muerte nunca lleva a la vida, la muerte lleva a la muerte.

Las olas llegaban mansas, sin sonido, apenas perceptibles.

—Robert —le dijo—, mi padre comentaba que Hitler estaba pervirtiendo la nueva ciencia. Estaba haciendo de Darwin un muñeco inservible. Darwin era una estrategia para asesinar judíos. Hay que preguntarse quiénes son los fuertes, quiénes son los débiles, por qué ha nacido esa idea de la exterminación.

Oscurecía. Al fondo la ciudad se iba tornando de un dorado sucio. Génova era en realidad una isla, los Apeninos eran una frontera.

—No sé —dijo Robert—, Alemania son mis padres, mis amigos, las cosas que quiero. ¿Cómo defraudar a todos ellos? No estoy preparado para hacerlo, nunca estaré preparado para hacer una cosa así.

—El tiempo corre en tu contra —le contestó ella—. Faltan muchos muertos por llegar. Entonces te darás cuenta de que quien ha traicionado a tus padres, a tus amigos y a todo lo que quieres ha sido Hitler.

Robert miró cómo las manos de ella se sacudían la arena, después se detuvo en la forma ovalada de sus gafas de sol, como las gafas de las actrices de América.

—Yo también soy libre —le dijo ella, mientras apuraba la botella de vino—. Necesito ser libre para hacer mi trabajo. Y necesito que tú lo seas. Quiero estar contigo sabiendo que esas ideas ya no significan nada para ti.

Robert se acercó a ella, la besó, se llevó a su boca el sabor del vino, la ebriedad. En realidad, esperaba un gesto de cariño, algo con lo que curar todos los pensamientos que se le venían encima. Marie también lo besó, también saboreó su saliva. Sabía que era inevitable. Sabía que podía creer en él. Que en él no había nada oscuro, solo cosas confusas. Sabía de él más de lo que él suponía. Aceptaba que un amor también podía tener sus secretos, sus zonas invisibles. Pero estaba dispuesta a cambiar todo.

Condujeron bastante ebrios.

De regreso, Robert le pidió a ella que se quedara en su casa aquella noche. Sin embargo, Marie le dijo que no.

Esa noche, Marie se había citado con Richard. Habían quedado en la cafetería del Gran Hotel Savoia, la única que permanecía abierta hasta tarde.

Estaba asustada, y lo único que la mantenía serena era lo bien que disimulaba toda aquella tempestuosa cantidad de sentimientos que pugnaban por sepultarla. Era un encuentro secreto, y tenía miedo.

Richard, por su parte, había informado a la inteligencia alemana de que el encuentro se iba a producir.

Se sentaron al fondo del local, ocultos por una luz roja que se proyectaba desde algún punto. Marie fue directa, le dijo que quería encontrarse con un hombre llamado Angelo Motta. Sabía que vivía en Milán vigilado por la policía, retirado de cualquier actividad pública o de investigación, del avance de la biomedicina. Sabía que, en París, había formado parte del grupo de científicos que analizaba las posibilidades del Golem XIV, y que poco después se había lanzado a investigar nuevos medicamentos para la industria farmacéutica, tanto en Alemania como en Francia, especialmente la penicilina.

—¿Le interesa a usted la ciencia? —le preguntó Richard.

Ella sonrió, dio un sorbo a su bebida y dijo que tan solo era amiga de ese hombre, que lo admiraba y que el régimen de Mussolini lo había recluido en su casa.

—Después de que su hija muriera en un accidente —dijo—, Angelo se volvió loco, inició un camino de autodestrucción, trágico, voraz, sin retorno posible, sin futuro. Se dedicó a beber, a fantasear con la política y a temer conspiraciones. Escribió panfletos que envió fuera de Francia, a periódicos extranjeros, y que nunca fueron publicados.

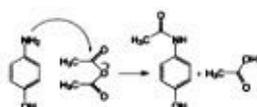
Richard encendió un cigarrillo, vio cómo el humo permanecía inmóvil, formando una nube.

—Me gustaría decirle a Angelo que mis padres murieron —añadió Marie—. Angelo era compañero de mi padre en la universidad, venía con frecuencia a nuestra casa, yo lo he tratado mucho estos últimos años. Su hija era mi amiga, acabábamos de despedirnos cuando ocurrió todo —se quedó pensando, como suspendida en un intervalo de la realidad, y era terrible.

—¿Por qué piensa que yo puedo llegar a Angelo Motta? —le preguntó Richard.

Por la mente de Marie pasaron un montón de respuestas posibles, pero se impuso el recuerdo del rostro del hombre que le había dado en París la información sobre el paradero de Motta, aquella tarde, en aquel barco turístico que atravesaba el Sena. Recordaba la tormenta que sobrevino después, y luego el sol, la primavera que se expandía.

—Porque quien me dio tu nombre me dijo que eres alguien que conoce todos los secretos de Italia —le contestó, tuteándole.



Desde de que llegó a su casa, una vez se hubo despedido de Marie, Robert estuvo repasando la fórmula del nuevo medicamento que había creado la IG Farben, el paracetamol. Le parecía un gran avance, sobre todo de cara a la cirugía y las patologías relacionadas con el dolor. Después de cenar leyó a Darwin, *La evolución de las especies*, un libro que consideraba un tratado de supervivencia. Los seres vivos solo tenían una misión en el mundo: convertirse en máquinas de sobrevivir. Y la historia humana no era otra cosa que la hazaña de los más fuertes por vencer los obstáculos que los llevaban a su desaparición. El cuerpo y el cerebro humanos se habían ido perfeccionando a lo largo de los siglos hasta convertirse en una compleja tecnología, una tecnología que los salvaba del exterminio en una realidad llena de peligros y amenazas.

Era ya de madrugada. Pensó en Marie y en Richard.

De fondo escuchaba una emisora austriaca que se oía entre prolongadas interferencias. Ondas y movimientos en un espacio vacío.

«Las especies se tornan fuertes cuando están por encima del medio en el que habitan, el homo se sintió amenazado y al bajar de los árboles empezó a desarrollar su cerebro», leía.

Admitió para sí mismo que se preguntaba por Marie. Lo que le podía estar sucediendo. Sí, la ideología nacionalsocialista estaba convirtiendo a Darwin en la fuente de una moral aterradora. Los principios de la selección natural no podían aplicarse así a una práctica política sin caer en una profunda tergiversación. Darwin solo era una coartada para perpetrar una selección de individuos, una selección racial.

Vio amanecer. Pensó que, bajo aquella apariencia de placidez, la lucha de los seres y de las cosas seguía su rumbo. Reflexionó sobre lo que haría ese día, si bien no imaginaba que nada iba a ocurrir según lo previsto, y desde luego no podía suponer en ese momento hasta qué punto todo ello le iba a desconcertar.

A media tarde, Marie cogió un tren que la dejó en la estación de Milano Centrale. Allí debía esperarla un coche que la trasladaría al domicilio de Angelo Motta, pero

cuando llegó no había nadie.

Esperó en el andén, estaba anocheciendo y hacía un calor aplastante bajo la cúpula de acero diseñada por Alberto Fava.

El tráfico de viajeros era muy intenso. El fascismo había programado la diversión en masa para la clase trabajadora, y los fines de semana salían trenes populares a precios muy reducidos que encaminaban a las familias obreras italianas a las playas o a los centros turísticos.

Marie siguió esperando.

Al cabo de un rato se le acercó un hombre. Era bajo y más bien grueso, con lentes redondas. Le dijo que debía tomar el tren a Zúrich y bajarse en la frontera, y luego desapareció.

La estación quedó vacía. No se oía nada. Ni el ruido de los convoyes ni las voces de la gente. De pronto, el humo de la chimenea de una locomotora se extendió por todo el andén. Ella dio unos pasos y se alejó de allí. Se dirigió a la taquilla y sacó un billete. Solo encontró plaza en el tren que salía de madrugada. Y se preparó, con todas sus fuerzas, para pasar una noche de insomnio.

A través del cristal, Marie solo veía una lámina oscura y, de vez en cuando, luces dispersas, fragmentos lejanos y perdidos en la inmensidad de las sombras.

El compartimiento llevaba las luces apagadas y no había nadie más, solo ruidos metálicos, la fricción de cosas que no identificaba. Tenía la impresión de ser la única persona que viajaba en el tren, la única viajera que recorría ese trozo de Italia de camino a Suiza.

Cerró los ojos y trató de dormir, el aire que penetraba por una pequeña ventanilla superior apenas mitigaba el calor que hacía allí dentro. Intentó concentrarse en algunos aspectos de su trabajo, pero no le valió de nada. El sudor la empapaba por completo, los pensamientos iban y venían violentos y sin tregua.

Poco después vio avanzar al revisor iluminando el pasillo con la luz de su linterna. Llegó hasta ella y le dijo que lo acompañara. Lo siguió por los vagones desiertos hasta el furgón de cola. Allí había un grupo de hombres, y entre ellos estaba Angelo Motta.

Fue hacia él. Sabía lo que tenía que hacer, lo que tenía que decir, sabía que tenía que aclararse muchas cosas. Lo saludó, lo abrazó. El hombre le devolvió el saludo con naturalidad, hizo que el juego pareciese real, como si en verdad fuera un viejo amigo de la familia. Marie le contó que estaba pasando unos días de vacaciones en la costa, cerca de Génova. Le habló de sus triunfos en el mundo de la danza, de la muerte de sus padres.

—Una muerte brutal —le dijo—, y extraña. Un acto de crueldad tan extremo, Angelo, que no resiste ser imaginado. No puedo pensarlo, no puedo asumirlo. Está fuera de los límites, fuera de toda razón. No puedo imaginarme aquella ejecución fría, calculada, profesional. Y quiero borrar de mi memoria el hecho de verlos con aquel

corte en la garganta. No quiero que esa imagen me siga dañando.

Empezó a llorar. El hombre se acercó a ella y trató de consolarla. De todas las preguntas que Marie se hacía desde el día del crimen, había una que le obsesionaba por completo, y por la cual había hecho aquel viaje para verlo.

—¿Es posible que los mataran —le preguntó— para robar toda la documentación sobre las investigaciones que mi padre estaba realizando? ¿Puede ser esto cierto? ¿Tiene algún sentido?

El falso Angelo Motta le dijo que no, que su padre hacía trabajos secundarios para científicos de fuera de Francia. Que toda la documentación que poseía era demasiado insustancial. Que el núcleo de los trabajos se estaba desarrollando en otros sitios, en Inglaterra y en Estados Unidos.

—Tu padre —añadió— era solo un soporte estratégico.

Le habló de los papeles de su padre, de que los había donado a la universidad. De que con ellos en casa no se sentía tranquila.

—No puedo dormir —le dijo—. No puedo vivir. Me siento insegura. Demasiado vulnerable. Creo que, en cualquier momento, van a venir a por mí. He pensado durante este tiempo que podía haber una relación entre el atentado que tú sufriste y el de ellos dos.

—No —le dijo—, solo fue obra del azar, de un terrible azar. Tu padre era un buen hombre, estaba alejado de la política, de los grupos de científicos que trabajaban para alguna institución política. Nunca quiso vincularse a nada de eso. Yo, sin embargo, actué en sentido opuesto. Tenía enemigos. Me enfrentaba a ellos constantemente. No existe, por tanto, ninguna relación.

Ella se calmó. Después hablaron de Milán, de los años de París.

Él se confesó satisfecho de continuar en Italia, contento de que la ciencia hubiera acabado para él; se sentía viejo y quería vivir sus últimos años en paz.

—Aquí soy libre —le dijo—, estoy rodeado de mis amigos de siempre, me siento feliz. En París me estaba destruyendo. Me había vuelto loco. Estaba lleno de odio y de dolor. Iba por las calles y solo veía fantasmas. París, para mí, era una ciudad habitada por los muertos, vacía sin la presencia de mi hija. El alcohol hacía que permaneciera en un estado de delirio constante. Era un hombre sin rumbo. Y me encontraba solo. No quiero dejar ningún rastro en aquella ciudad, deseo que los papeles de mis investigaciones me sean enviados. Que tú me los envíes. Por eso te he hecho venir hasta aquí. Yo los dejé en manos de tu padre.

Le dijo cómo debía encontrarlos y después se calló. Parecía llorar. Thomas Strauch, el viejo falsificador de joyas concentrado en Dachau, se tapó los ojos, interpretó su papel tan perfectamente que todo parecía verdadero.

Hablaron todavía un rato. Marie recordó anécdotas, le dijo que a veces evocaba la excursión que habían emprendido desde los Alpes al pueblo de Pont-Saint-Martin. Después se despidieron.

Al llegar a la estación de Locarno, todos ellos se bajaron del tren. Ella se quedó

temblando en el vagón desierto, feliz. Poco después, los agentes de inteligencia alemanes felicitaban al falso Angelo Motta, uno de ellos telefoneó a la capital del Reich, debían rastrear un lugar fronterizo llamado Pont-Saint-Martin.

El interés de Alemania por Angelo Motta se limitaba al interés por la penicilina. Himmler pensaba que la penicilina, más que un arma para curar, era un arma para vencer. El ejército se salvaría con ella, una vez declarada la guerra.

Durante dos días, Robert había ido a casa de Marie a distintas horas. Se colaba hasta el porche y le dejaba notas encima de la mesa, escritas en hojas de su cuaderno, en cuyo ángulo superior derecho se leía «Frei Universität Berlin».

«He estado aquí», le escribía, «vuelvo a media tarde». O: «No comprendo nada, dime algo, por favor».

No podía dejar ningún cabo suelto que alentara en ella la sospecha. Todo lo hacía siguiendo un plan. Y Marie era una pieza muy importante de ese plan. A esas alturas ellos querían que Marie tuviera la certeza de que la persona a la que tenían bajo vigilancia era Angelo Motta, necesitaban que la joven bailarina francesa creyera que Angelo Motta estaba en poder de la policía italiana, querían crear en el exilio alemán y en las fuerzas inglesas y francesas de inteligencia la idea de que uno de los más afamados científicos europeos había buscado refugio en el régimen de Mussolini y que podía poner los conocimientos de sus investigaciones al servicio de ese régimen.

Era fundamental que esa noticia corriera por toda Europa.

Angelo Motta había trabajado en Alemania en el proyecto sobre la penicilina, pero había huido a París. Allí investigaba para su compañero, el joven y brillante bioquímico Ernst Chain, un judío alemán que se había exiliado a Inglaterra.

Desde que, en 1928, Alexander Fleming descubriera la penicilina, tanto en los laboratorios ingleses como en los alemanes se investigaba su aplicación sobre seres humanos. En la misma línea trabajaban, en la Universidad de Sheffield, el patólogo Cecil Paine, su colega Howard Florey y Ernst Chain. Y en París, Angelo Motta.

Pero Motta sufrió la pérdida de su hija y acusó a la extrema derecha francesa de asesinato. Realmente siempre había estado en el punto de mira de los jóvenes fascistas franceses, porque, desde Alemania, alentado por la IG Farben, el gobierno lo acusaba de corrupción económica y del robo de documentos secretos que ponían en riesgo importantes investigaciones para la salud del pueblo alemán. Una noche, cuando estaba tirado en medio de la acera, totalmente borracho, alguien le roció con

ácido y le borró el rostro. Y era ese hecho atroz lo que hacía que Marie Delmont no pudiera dejar de interrogarse: ¿quién había sido capaz de llevar a cabo una acción de esas características? ¿Eran los mismos que habían matado a sus padres?

Ahora, el falso Angelo Motta le había hecho creer que no, y ella regresaba a Génova con la decisión de quemar todos los documentos de su padre. De sentirse tranquila.

Robert entró en el domicilio de Marie para registrarlo minuciosamente. Buscaba aclarar algunas cosas: si existía algún punto de conexión entre ella y las organizaciones contrarias al fascismo, como sostenía Hermann. Si había, en algún lugar de aquella casa, alguna pista fiable de su relación con Angelo Motta. Si, en verdad, era la misma mujer que se dibujaba en el informe. Desconfiaba de todo, y quería demostrar que se trataba de un inmenso error, que Marie no conspiraba en contra de Alemania, que su intención no era informar a la resistencia alemana en París sobre su encuentro con el viejo científico.

Entró por la puerta del jardín aprovechando que todavía era de noche y nadie podía verlo. Fue inspeccionando las distintas habitaciones hasta llegar al dormitorio de ella. Examinó la casa en profundidad.

No encontró nada. Temió que ese no encontrar nada se volviera en contra de ellos dos.

Se dirigió a la galería donde ella solía ensayar y encontró sobre su mesa de trabajo unos cuantos pliegos que mostraban los dibujos de diversas escenas de *Giselle*. Junto a ellos vio la libreta verde, la abrió y empezó a leer. Devoró una línea tras otra, un párrafo tras otro, las páginas enteras, atropelladamente. El corazón le latía deprisa, sus ojos se quemaban frente a aquellas palabras. Ella y él. Sus días juntos. La fascinación y el deseo. Días de playa, madrugadas interminables, la piel desnuda, los olores de la piel, los olores del amor, limpios, sin nada. Leyó:

No digas nada, Robert, yo comprendo también lo que te ocurre. Vivimos tiempos convulsos, la historia de hoy quiere convertirnos en lo que no somos. Se escriben los tratados de una nueva moral. Se imponen ideas con una audacia provinciana. Ellos se creen elegidos para hacernos entrar en un tiempo nuevo. Haz tu camino y les verás su verdadero rostro. Yo te espero.

Salió de allí a la noche de verano sin brisa. Temió estar traicionando algo grande, algo que iba más allá no sabía de qué, de su vida quizá, de lo que había nacido entre ellos a pesar de ese tiempo de mentiras.

Robert estaba convencido de que para el régimen nazi la grandeza de Alemania no podía ser solo de carácter militar. Las investigaciones científicas debían convertirse en uno de los pilares de la fortaleza del Estado y de su influencia en el mundo. Pero se daba cuenta que la ciencia no era solo un arma política y una estrategia ideológica, sino que tenía que ver con ambiciones personales y con los planes económicos de ciertas empresas.

Aquel día recibió la llamada de Carl Bosch, presidente de la IG Farben. La conversación entre ellos apenas duró unos minutos. En su cabeza se quedó grabada la idea de que aquel enorme emporio farmacéutico se había convertido, como tantas cosas en Alemania, en un arma a favor del nacionalsocialismo.

La IG Farben era uno de los emporios químicos y farmacéuticos más importantes del mundo. Había financiado al partido nazi para ayudarlo a llegar al poder, y era, naturalmente, uno de los motores de la economía alemana, pero además fundamentaba su éxito en una línea muy audaz de investigación. Sin embargo, Carl Bosch había cometido un error: la inversión de millones de marcos en la producción de petróleo sintético, que, a causa de la caída de los precios del petróleo fósil, llevaron a la empresa a una enorme fractura económica. Fue el gobierno de Hitler el que logró salvar a la compañía de la quiebra, y a partir de ese momento el nazismo e IG Farben emprendieron el mismo camino, la industria químico-farmacéutica y la ideología hitleriana compartieron los mismos objetivos.

Sin embargo, la situación de Carl Bosch como presidente de la compañía era inestable, y Robert pensaba que la búsqueda de Angelo Motta tenía que ver con ello. Sin duda, Bosch intentaba que los científicos ingleses no se adelantaran en investigaciones cruciales como la de la penicilina porque quería ser él quien presentara ante Hitler su uso en seres humanos y que el ejército del Tercer Reich fuera el principal beneficiario. Solo así cesarían las especulaciones sobre su capacidad para seguir presidiendo una empresa estratégica para el régimen.

Carl Bosch fue claro con Robert:

—Necesito que encuentre a ese hombre, Angelo Motta. Sé que nosotros lo buscamos, pero no sé quiénes somos nosotros, quiero tenerlo yo.

Después se despidió y colgó.

Robert se preguntó cómo encontraría a ese hombre, por qué la mitad del mundo lo buscaba y la otra mitad lo protegía, qué información guardaba, si se trataba solo de su investigación sobre la penicilina. No, se respondió, querían el nuevo medicamento para fortalecer su posición en el régimen, para engrandecer su poder. No había enfermedades. No había hombres a los que salvar. No había ejércitos a los que proteger. Había ambiciones personales, codicia, lucro. La penicilina solo significaba ser abrazado por Hitler, sentirse protegido por él. El personalismo y la ambición estaban por encima de cualquier ideal de curación, de la búsqueda de la dignidad del hombre cuando se veía sometido a su propio deterioro. Ese parecía ser el destino de todo lo que se construía en Alemania.

Sin saber la razón, en ese momento recordó unos versos de Goethe: «La niebla hace que un hombre se convierta en apenas una sombra».

Estaba de puntillas y se miraba en el espejo. Desde su rápido viaje a Milán prefería trabajar de noche y dedicar el día a dormir y a tomar baños de sol. Escuchaba *La noche transfigurada* de Arnold Schönberg, que utilizaba para alcanzar un tono anímico adecuado. Le gustaba el nuevo universo sonoro de la música dodecafónica, y aspiraba a encontrar también para la danza contemporánea un nuevo universo de expresión corporal. Schönberg le provocaba sensaciones inéditas, imágenes nuevas, no corrompidas, y era justo lo que necesitaba para construir una *Giselle* adaptada a los nuevos tiempos.

Tenía siempre a punto el café para estimularse en la larga jornada de trabajo nocturno. Había estudiado la coreografía compuesta por Serge Lifar en París en 1932, y la de Leonid Lavrovsky en el Moscú de 1935, pero prefería la que Michel Fokine realizó para los Ballets Rusos de Sergei Diaghilev en el París de 1910.

De cualquier forma, quería despojar a *Giselle* del imaginario romántico tradicional y trasladar a la obra una nueva sensibilidad, incluso una lectura relacionada con los tiempos históricos que vivía Europa. En su versión libre, un vengativo y terrible H (Hilarion o Hitler) incitaba al cobarde duque Albrecht a negar su amor por la bella Giselle, que se veía arrastrada, a causa de ello, a la locura y la muerte. Posteriormente, en una escena poblada de espectros y fantasmas, H muere violentamente, víctima de sus propias atrocidades, y Giselle se encamina hacia el reino de la luz. Albrecht trata entonces de retenerla, pero ella debe cumplir su triste destino envuelta en esa maldición provocada por el engaño, la traición y la ambición de los hombres.

La elección de *Giselle* no había sido gratuita: el libreto, que escribieron Théophile Gautier y Jules-Henri Vernoy, estaba basado en la obra *De l'Allemagne* de Heinrich Heine, y era precisamente a Alemania a quien Marie quería despertar con su recreación, haciéndola consciente de la tragedia que podía desencadenar en el viejo mundo.

Se trataba de su primera gran dirección, favorecida por el propio director titular del Ballet de la Ópera, su amigo Sergei Malko, y, desde la primavera, la compañía había llevado a cabo un esfuerzo tan grande que, a poco más de tres meses para el estreno, se sentía absolutamente tranquila por los resultados.

Sin embargo, desde su escapada a Milán, la enorme concentración en el trabajo y los nuevos hábitos la tenían demasiado aislada. Y en ese sentido se sentía vulnerable. Robert se pasaba por allí algunas noches, cenaba con ella y después se marchaba. Ella volvía a escuchar a Schönberg, a Weber o a Stravinski, se colocaba frente al espejo y comenzaba su larga jornada nocturna dedicada a *Giselle*.

Esa noche repasaba la escena en que la protagonista se ve arrastrada a la locura. Sabía que si seguía el modelo normativo de la obra, el tema de la locura quedaría encerrado en un territorio anímicamente desactivado, donde el clasicismo, con sus variantes ilusionistas, persistiría. Necesitaba un nuevo modelo de representación, y estaba dispuesta a acudir a la imaginería de una vanguardia radical. La propia obra, pensó, debía caer también en la locura constructiva y expresiva. Le asaltó la idea del *work in progress*, el delirio, la improvisación, la fragmentariedad, la yuxtaposición, el azar.

De pronto, en medio de aquel calor imposible de sofocar, oyó fuera un ruido intenso, el sonido de motores que se acercaban, la excitación de las órdenes, un estruendo abrupto en medio del canto de los grillos en la noche de verano.

Era tarde y todo el mundo dormía. Se asomó a la ventana, y allí, entre el polvo lento, pesado, casi inmóvil, divisó varias camionetas de la policía de Mussolini. El agente al mando daba órdenes en italiano y en alemán, gesticulaba, preso de su propia excitación, mientras los policías se desplegaban alrededor del perímetro de una de las casas y llamaban con violencia a la puerta de entrada cuya superficie estaba manchada por la sombra lunar de una glicina.

A los pocos segundos, se encendió una luz. Un policía, desde la puerta, habló en alemán con los habitantes de la casa. Les dijo que salieran. Una vez fuera, les preguntó si eran ciudadanos austriacos y si habían huido de Austria.

Las linternas se proyectaban sobre cada uno de sus rostros. Los perros les ladraban ferozmente. Los policías les pedían que enseñasen sus pasaportes. Ninguno de ellos decía nada, solo mostraban los documentos y se mantenían de pie, rígidos, dejando asomar en sus caras un rictus de terror.

Les ordenaron tirarse al suelo. Mientras, algunos agentes entraban en la vivienda y sacaban objetos y documentos, otros interrogaban a gritos a los detenidos. Apuntaron a uno de ellos con el arma en la cabeza. Le dieron una patada en la boca en respuesta a su silencio. El hombre empezó a sangrar. El policía de la linterna proyectó la luz sobre la sangre. Le lanzó una mirada severa. Le interrogó de nuevo. Luego se limpió la sangre de su bota en la chaqueta del pijama del hombre. Y, finalmente, le pisó la cabeza como si apagara una colilla. Para Marie fue una escena insondable.

Esa escena permaneció como una estela cuando los subieron a todos en las camionetas y se adentraron en la noche de verano. Todo quedó entonces tranquilo, nadie salió y nadie dijo nada. La única luz encendida era la de Marie.

En los días siguientes supo que se habían llevado a cabo redadas de ciudadanos austriacos y alemanes en otros puntos de la costa de la región de Liguria y a lo largo de toda la geografía italiana. Buscaban células en la clandestinidad.

En Turín, habían detenido a unos empresarios judíos que desviaban miles de marcos para financiar a grupos subversivos de los Sudetes.

En el puerto de Nápoles, habían hallado un almacén con componentes tecnológicos de precisión.

En varias aldeas de los Alpes, localizaron a grupos de hombres ocultos en los sótanos de varias casas abandonadas. Los hombres, muy minados y débiles, eran pasto del escorbuto, pero guardaban montones de cajas con información altamente secreta sobre los servicios de inteligencia del Tercer Reich.

Algunos periodistas apuntaban también a que se habían requisado ejemplares de publicaciones comunistas con referencias a la guerra de España, libros del psicoanalista Sigmund Freud o copias en alemán de poemas de Maiakovski, en los cuales había mensajes escritos en un código cifrado.

Marie tenía ante ella varios periódicos, y todos daban profusamente estas noticias, con fotos de los detenidos, planos de los lugares donde se escondían y detalles de las comunicaciones que establecían entre ellos.

The Times, sin embargo, iba más allá. Hablaba de un hombre llamado Joseph Fischer, un químico de la IG Farben que había aparecido colgado en una nave industrial cerca de la frontera con Suiza. Todavía no se había determinado si se trataba de un suicidio o un asesinato, pero cobraba fuerza la hipótesis de que había sido asesinado y colgado después, puesto que no había explicación para la visita del científico a aquella nave dedicada al almacenaje de material metalúrgico.

Fischer, contaba *The Times*, era un hombre tímido y gris, con unas creencias religiosas muy arraigadas y que, pese a su valía profesional, nunca había buscado una proyección pública. En Alemania había formado parte del equipo especializado en el estudio de la penicilina, pero fue apartado por ser sospechoso de facilitar la marcha al exilio de Ernst Chain y Angelo Motta, miembros del grupo. Desde entonces había caído en desgracia y había sufrido diversos interrogatorios en la Hadermann-Strasse.

En un estado de profunda perplejidad, Robert telefoneó a Berlín y contó cómo los periódicos italianos, franceses e ingleses daban cuenta pormenorizadamente de toda la operación, así como de la muerte de Joseph Fischer.

Joseph Fischer era su amigo.

La persona que estaba al otro lado del teléfono le dijo que esa muerte había sido inevitable. No añadió nada más, ni siquiera cuando Robert intentó aclarar si su muerte era obra de la policía italiana o de miembros de las SS.

Se pasó todo el día leyendo, paseando por el interior de la casa, intentando sintonizar sin éxito alguna emisora de radio que arrojara un poco de luz sobre el asunto. Por la noche, lo atacó el insomnio y vio amanecer con una botella de vodka en la mano. Si cerraba los ojos, veía el cuerpo de Joseph Fischer balanceándose en medio de una enorme dimensión oscura, con una gigantesca lengua amoratada saliéndole por la boca.

Cuando levantó el sol, creyó que todo aquello terminaría, abrió las ventanas, dejó que la luz iluminara cada una de las estancias, intentó olvidarlo todo. Se sentó a la puerta de la casa hasta que se le pasaran los efectos del alcohol. Pero no pudo permanecer allí, el guiñapo de Fischer lo perseguía moviéndose de un lado a otro, pesado, viejo, con el vientre demasiado voluminoso a consecuencia de una dosis excesiva de estricnina. Robert no sabía por qué se lo imaginaba así, pero era real. Podía oír el ruido del viento dentro de la nave, sentir el olor del óxido de los hierros apilados.

Durante todo el día no pudo llevarse nada a la boca.

A media tarde volvió a telefonar a Berlín, esta vez a la Liga de Médicos Nacionalsocialistas. Preguntó por Hermann Brandt, su amigo desde los tiempos de estudiante en el Gymnasium zum Grauen Kloster. Pero Hermann había viajado a Viena.

Cuando por fin atendió el teléfono en Viena y oyó a Robert, se alarmó. Este estaba demasiado borracho, parecía delirar, hablaba de un cadáver que se movía como un péndulo.

Le pidió que regresara inmediatamente a Alemania, pero Robert se opuso. Le

aconsejó que llamara a los contactos de Milán, pero Robert se mantuvo en silencio.

Hermann le dijo entonces que estaba de viaje en Viena para establecer una sede de la Liga en la nueva Austria, que tal vez podrían verse en esa ciudad.

Robert asintió, solo le puso la condición de que le llevara información acerca de la muerte de Michel Delmont y su esposa Anne.

Michel Delmont y Anne eran los padres de Marie.

Hermann protestó, aunque antes de que su protesta pudiera convertirse en una negativa, Robert ya había colgado.

No se encontraron en una habitación del hotel Strasse ni en el restaurante Schottering, sino en el Flex, un club cercano al río. Viena vivía tiempos de euforia, incluso de un sentimiento de recuperada grandeza, aunque también, por el contrario, bajo una sensación muy viva de amenaza.

Una vez en el club y sentados ante un par de jarras de cerveza, Robert obtuvo toda la información que había ido a buscar a Austria. Hermann permanecía mirando el ascender de las burbujas, incómodo por lo que acababa de relatar. No disponía de mucho tiempo, porque el almuerzo con la directiva del Colegio de Médicos austriacos empezaría dentro de unos minutos, pero se sentía aún bajo el impacto de sus propias palabras.

Esas palabras le retrotraían a la helada tarde del 13 de diciembre de 1937. Marie había terminado su ensayo en el Teatro de la Ópera y sus padres la esperaban en un *bistrot* cercano. Estuvieron cenando, casi sin hablarse. Después se marcharon los tres a casa, cogidos del brazo, bajo el intenso frío. Cuando llegaron, se sentaron frente a la chimenea y estuvieron leyendo los periódicos. El padre de Marie estaba convencido de que la invasión de Austria era inminente: Hitler necesitaba hacer de Alemania una gran potencia y para ello debía ampliar el área de influencia del mercado económico alemán. Según sus informaciones, Hitler se guiaba siempre por férreos principios ideológicos, pero muchos de los que lo rodeaban convertían esos principios ideológicos en férreos principios económicos. Las invasiones, añadió, eran un gran negocio.

Más tarde bebieron una copa de borgoña y fumaron, a los padres de Marie no era raro verles en los cafés parisinos con un cigarrillo en la mano.

Poco después se fueron a dormir, todos menos Marie, que recibió una llamada de teléfono y se ausentó de la casa.

A la mañana siguiente, la mujer de la limpieza vio un reguero de sangre en el pasillo que procedía de la habitación de los señores, llamó a la puerta y, ante el silencio, abrió. Se encontró todo revuelto y a ellos dos con un profundo tajo en la garganta.

La policía certificó más tarde que, en el transcurso de un robo, el matrimonio había sido degollado. La caja fuerte estaba abierta, faltaban joyas, dinero...

Y, sin embargo, le había dicho Hermann, el degollamiento fue posterior. Un grupo de la Abwehr (Servicios Secretos del Alto Comando Alemán, OKW) destinado en París vigilaba la casa. Dudaron si entrar al ver que la joven bailarina salía fuera. Aun así entraron, inspeccionaron una a una todas las habitaciones, sorprendieron al matrimonio Delmont ya en la cama, les hicieron levantarse, los maltrataron y finalmente los rociaron con gas sarín. Era la primera vez que se utilizaba gas sarín en una operación. El matrimonio murió ante los agentes por asfixia, entre contracciones y rigideces brutales, pidiendo ayuda y viendo cómo desenfundaban los cuchillos para cortarles el cuello.

Aquella operación tenía mucha importancia: debía demostrar a los científicos franceses que pagarían cara cualquier colaboración con los traidores a la ciencia alemana.

Hermann seguía observando el trayecto de las burbujas hacia la espuma, miles de pequeños globos de aire en el líquido rubio, como puntos luminosos de estrellas en el trazado de alguna Vía Láctea.

Invitó a Robert a quedarse en Viena, pero Robert le contestó que regresaría a Italia enseguida. Hermann chocó su jarra con la de su amigo y le deseó suerte. Después se marchó. Al llegar al Strasse telefoneó a Berlín. Contó a Franz Liebermann su conversación con Robert y le insinuó que posiblemente Robert se había vuelto impredecible.

Robert sospechaba que lo que había detrás de todas esas muertes no era solo una importante investigación científica. Intuía que Himmler estaba propiciando un estado de violencia que no era sino un estado de *shock*. Himmler amaba la violencia y la ponía en práctica de un modo irracional. Era un hombre impulsado por los nervios, por el instinto. Por la ambición. Le gustaba mandar asesinar desde su cómodo despacho. Tenía ejecutores solventes. Obedecerle a él era obedecer al Führer, obedecer al Führer era preservar a Alemania.

Conducía rumbo a la frontera.

El sol le quemaba el brazo que llevaba apoyado en la ventanilla, los campos estaban tan vacíos a aquella hora como un documento en blanco. Por la carretera, sin embargo, se iba cruzando con tropas militares.

Se sentía confuso mientras recordaba, kilómetro a kilómetro, los detalles que Hermann le había facilitado sobre aquella historia atroz.

Maldita Alemania. Había gente en el poder que podía arruinarlo todo.

En agosto de 1936, en el curso de una investigación sobre insecticidas en la que él mismo había participado, el químico de la IG Farben Gerhard Schrader descubrió que un gas perteneciente a la gama de los compuestos orgánicos del fósforo era capaz de afectar negativamente a la acción que debía efectuarse entre los neurotransmisores llamados colinesterasa y acetilcolina, acción necesaria para el movimiento muscular del ser humano. Dicho gas provocaba la acumulación de la acetilcolina en el sistema nervioso central, y, por tanto, una parálisis del cuadro respiratorio. Los afectados morían por asfixia a los pocos minutos. El gas fue llamado «tabún» y pasó a ser un arma secreta del ejército del Tercer Reich.

Pero en 1937 Schrader perfeccionó su descubrimiento y halló un fluido todavía más letal, el gas sarín.

La IG Farben decidió construir en Silesia, concretamente en Dyhernfurth, una planta subterránea para la fabricación de ambos gases, y el gobierno la declaró secreto de Estado. Todo el personal de la planta vivía protegido y en régimen de aislamiento. Los trabajadores vestían ropas especiales, que limpiaban profusamente, y eran examinados por el personal sanitario, medidas que no impidieron que las

contaminaciones llevaran a muchos de ellos a dejarse la vida en aquel trabajo demoniaco.

Inmediatamente se acordó utilizar el gas sarín en operaciones de alto riesgo, luego de ver su resultado en prisioneros que fueron utilizados como cobayas humanas. Por eso, cuando se decidió eliminar al matrimonio Delmont, la opción parecía clara: se llevaría a cabo con gas sarín. La operación fue concienzudamente preparada por la Abwehr, con hombres adiestrados al efecto.

Se discutió si debía morir solo el matrimonio o también su hija, y se acordó que la chica fuera igualmente asesinada. Se creía, de hecho, que la muerte de una bailarina de tanta proyección pública daría verosimilitud a la hipótesis de que los asesinatos eran consecuencia de un robo sangriento.

Se la sometió, como a su padre, a un intenso espionaje en el que participó algún miembro del *ballet* del Teatro de la Ópera. Pero a medianoche recibió una llamada que la hizo salir de casa.

La Abwehr no logró averiguar el origen de esa llamada, aunque las sospechas recayeron sobre algún miembro del propio servicio de inteligencia alemán, alguien que la quería mejor viva que muerta, o que era su amigo.

Los periódicos dieron al asesinato una cobertura discreta, la policía francesa lo investigó, rastreó los objetos robados, pero no pudo resolver el caso de otra forma: había sido un robo.

«Para la policía fue una historia sin final, propia de estos tiempos», había dictaminado Hermann.

Y Robert, desde su salida de Viena, iba recordando una y otra vez sus palabras. El aire era espeso, el asfalto o la arena se reducían a una inmensa línea resplandeciente bajo el sol de agosto, llevaba los labios secos y el rostro enrojecido, la ropa empapada en sudor.

A media tarde cruzó la frontera.

Se preguntó hasta qué punto Marie sospechaba que sus padres habían sido asesinados, y si relacionaba ese hecho con el atentado a Angelo Motta y, ahora, con la muerte de Joseph Fischer.

Se preguntó qué mano movería todos esos hilos, y concluyó que tal vez se tratase de la misma persona que la había salvado en París, la misma que había programado el encuentro con Motta, una mano invisible que manejaba sus vidas y que tal vez había hecho que él se desplazara precipitadamente a Viena para enfrentarse a todas esas incógnitas.

A Robert no le costaba ya reconocer lo que había hecho, sus puntos de culpa, del lado de quién estaba. Estaba en el lado opuesto a los inocentes, a las víctimas. Trabajaba para los verdugos, para los criminales. Hacía cosas que lo llenaban de deshonra. La muerte de Fischer le señalaba día y noche. Vivía ahora precariamente, estaba manchado. Recordaba todo, lo tenía delante de sus ojos. Él era un hombre que había optado por ser parte del poder y esa decisión, y los hechos que comportaba esa decisión, los sentía como una tragedia personal.

Recordaba aquel 27 de abril de 1938. Era de noche, una dura noche primaveral. Estaba en el último anfiteatro del estadio olímpico de Berlín. Había abierto la puerta número 7 con la llave que alguien había dejado en el buzón de su casa. Había subido la mayor parte de las escaleras a oscuras. Solo a veces el reflejo del alumbrado público se filtraba hasta alguno de los tramos. Ahora estaba sentado, esperando. Tenía delante de él 50 000 asientos, 31 vomitorios, algo así como 1000 escalones. El rectángulo de césped era una inmensa mancha negra. Casi a dos palmos de donde él estaba, las nubes se amontonaban a gran velocidad. No sabía qué querían de él, qué buscaban que hiciera, por qué lo habían citado en este sitio. Había dudado si hacer esto o no, Berlín se había convertido en una ciudad llena de peligros. Si un hombre actuaba en el sitio equivocado, podía considerarse un hombre muerto, también de la peor de las muertes, la muerte en vida.

Por eso había llamado a Hermann y le había contado esta extraña proposición. No quería ser un proscrito. No quería que nadie escupiera encima de su tumba. No quería ser un muerto anónimo en una fosa llena de muertos anónimos.

El silencio en el estadio no era ni siquiera un silencio, aunque solo fuese por las banderas negras con la esvástica, pesadas por efecto de la lluvia, y haciendo un ruido como el de una deglución.

Sabía que no estaba solo. Al llegar había visto una silueta sentada ahí delante. No sabía si lo vigilaba, no sabía quién era. Estaba inmóvil y meditaba. Prendía un cigarrillo. Tosía. Su tos no era de alguien joven. Seguía meditando. Mientras su cigarrillo se consumía, el rectángulo de césped se había convertido en un montón de

sombras plegadas unas encima de otras, como unas medias negras.

El hombre se levantó, lo miró. Robert reconoció sus gestos, su forma de moverse, incluso hasta su forma de fumar.

—¿Profesor Boss? —le preguntó.

Vio sus facciones, las arrugas de su cuello, el movimiento de su garganta al tragar saliva.

—¿Profesor? —repitió—. ¿Por qué me ha citado aquí?

El profesor Boss lo miró, guardó silencio un segundo.

—Voy a huir de Alemania —le dijo—. No tengo sitio en medio de todo esto. No es este el país por el que quiero luchar.

Notó su voz pesarosa, casi un susurro, ahogada en algo tan vasto como...

—De cualquier forma, no debe fiarse de la gente que rodea a su amigo Hermann —añadió—. Este régimen está podrido, Alemania está podrida, la ideología solo es una excusa para dar cauce a las ambiciones personales. Usted no se merece estar donde ellos están. Véngase conmigo, creemos nuestra ciencia lejos de aquí. Todavía tenemos esta oportunidad.

Le miró, sin mostrar sorpresa. Frío. Distante.

—No puedo —le dijo—. Prefiero estar al lado de esta gente, de toda la gente que quiero. Prefiero crear ciencia para ellos. No quiero que ellos me recuerden como a un traidor.

Se oyó un ruido venir de dentro, de las galerías y de los pasillos. El profesor Boss, aquel cuyo *Principios de medicina cuántica* Robert había leído con devoción, se quedó quieto, luego sus ojos adquirieron una expresión extraña. De pronto se encendieron las luces del estadio. Los perros ladraban a la salida de los túneles.

Él echó a correr por el graderío. Sabía que lo había delatado. Era un bulto moviéndose, apenas nada. Robert sintió que algo caía dentro de él, que tenía un montón de añicos tirados por ahí dentro. Se sintió culpable, de una culpabilidad casi infantil.

—Doctor —le gritó.

Desde los altavoces le mandaban detenerse. «Jude, Jude», se oía.

Ahora se preguntaba si también Boss habría acabado como Fischer. Si ya estaría muerto. Si le señalaba desde el fondo de la tierra. Ahora comprendía que aquella fue su última oportunidad.

Estaba llegando a Génova y se sentía vencido.

Marie, sin embargo, no tenía información alguna acerca de Joseph Fischer. Tan solo le resultaba extraño que un periódico inglés, pese al control que, en aquellos momentos tan frágiles de la política europea, se ejercía sobre la prensa, hubiera planteado dudas sobre su muerte.

Desconfiaba, en cualquier caso, de que las redadas contra ciudadanos alemanes y austriacos hubieran arrojado la detención de un número tan considerable de células clandestinas, que estas células operaran contra el gobierno de Hitler desde suelo italiano, y que entre ellas existiera tan alto grado de conexión.

Pensó que todo podía ser una escenificación dirigida por la propaganda fascista, un episodio más fruto de la extrema paranoia que aquejaba a ese tipo de regímenes, e incluso temió que, bajo la excusa de perseguir a los enemigos, se hubiera llevado a cabo una profunda depuración en masa de ciudadanos inocentes.

Recorrió varios hoteles hasta conseguir leer periódicos franceses y la edición del *Völkischer Beobachter*, el principal periódico nazi, y el *Der Angriff*, pero ninguno de ellos recogía la noticia.

Esperó al día siguiente.

L'Action Française incluía finalmente un artículo titulado «HITLER ATRAPA A LOS ALEMANES DEL EXILIO»:

L'ACTION FRANÇAISE

■ La policía de Mussolini, apoyada por la Abwehr (servicios secretos alemanes), efectuó en la madrugada del jueves una operación de gran envergadura en toda Italia contra grupos terroristas del exilio alemán. Judíos, bolcheviques y radicales se habían dotado de una importante infraestructura económica y paramilitar con el fin de llevar a cabo labores de propaganda y proselitismo contra el go-

bierno de Berlín, así como actuar contra él mediante atentados en la recién anexionada Austria, según informan fuentes del gobierno italiano. La detención de varias decenas de personas y la incautación de material altamente sensible, incluidos documentos oficiales secretos, invita a pensar que contaban con apoyos en el interior de Alemania.

Alain Reverdy escribía en su columna, bajo el título «EL MALESTAR DEL PUEBLO FRANCÉS», que

■ (...) la creciente llegada de exiliados alemanes es ya insoportable. Junto a gentes de honor, se están introduciendo en toda Francia elementos subversivos perseguidos por la justicia alemana. Si miramos a París, existe ya un problema grave de orden público: hacinados en pequeños apartamentos, mendigando por las calles, muchos de ellos sin trabajo ni posibilidad de encontrarlo, han creado una situación sobre la que hay que reflexionar y a la que se debe poner freno. (...) Italia se ha despertado llena de terroristas, esperemos que el dulce sueño francés como país de acogida no se convierta en pesadilla.

Marie ojeó *Le Figaro*, pero no encontró nada. Solo en su artículo el escritor André Prouvost se preguntaba:

FIGARO

■ ¿Un exilio alemán en Italia? ¿Puede haber propaganda más burda? Los publicistas del miedo y del terror han errado en sus cálculos, antes creeremos que un camello es capaz de entrar por el ojo de una aguja que semejante cúmulo de falsedades. Para un alemán se ha vuelto peligroso hacer turismo en Italia sin el carnet nazi.

En *The Times*, la noticia no volvía a aparecer por ningún sitio. Pero al día siguiente encontró algo que la perturbó, que le hizo reconocer todo. Era el breve obituario sobre Joseph Fischer que había escrito el bioquímico Ernst Chain:

THE TIMES

■ Ha muerto Joseph Fischer, un maestro para todo aquel que ame la ciencia de hoy, una inteligencia demasiado inmensa para los estrechos márgenes del tiempo que le tocó vivir. Fue perseguido, humillado, proscrito, y lo fue por creer que la ciencia solo se debía a ese bien máximo que es el avance hacia la felicidad de los hombres, y no a un credo político que desea valerse de ella para sus fines demoniacos. Ha muerto Joseph Fischer y quiero recordarlo en su puesto de la Sociedad Kaiser Wilhelm, en su laboratorio de la IG Farben luchando denodadamente Alexander Fleming tuviera una utilidad práctica para los seres humanos. Él abrió una línea de investigación que tarde o temprano dará sus frutos, la defendió a ultranza cuando muchos científicos de nuestra hora pensaron que era un proyecto irrealizable. Quiero recordarlo, junto a su inseparable Angelo

Motta, una tarde de primavera paseando por los lagos y bosques de Wannsee y Potsdam, lleno de esperanza en su trabajo. Fue un hombre fácil, tímido, humilde y generoso, querido por sus amigos, ya que, a pesar de su mente extraordinaria, nunca buscó relevancia alguna. Nunca traicionó a nadie. Y a pesar de que las SS lo habían sometido durante años a penalidades demasiado cruentas, a pesar de que el dolor físico de las cárceles nazis había debilitado su salud, debo decir que Joseph Fischer no puede haberse suicidado, y prefiero hablar de un crimen, de un crimen más. Como una vez me dijo en París Angelo Motta, su gran amigo, Joseph era un hombre confiado y creía en el servicio a Dios.

Nunca atentaría contra nadie y menos contra sí mismo. Descanse en paz.

Marie leyó el obituario escrito por Ernst Chain observando al mismo tiempo cómo se intensificaba el temblor de sus manos. Cuando terminó, dejó el periódico encima de la mesa y dio un sorbo a su café. Sabía que estaba frente a una enorme maquinaria de poder, terror y dinero, capaz de destruirla cuando se lo propusiera. Se trataba de una maquinaria conocida, pero su rostro aún no se había hecho visible del todo, y mutaba. No le resultaba difícil ahora adivinar sus fines, ya implícitos en las palabras de Chain: el Tercer Reich había emprendido una campaña para conseguir que Alemania fuera, en el terreno de la ciencia, la mayor potencia europea, y, para lograrlo, no dudaba en atentar contra los científicos de fuera y dentro del país que pudieran poner en peligro sus investigaciones. Pensó entonces que, como apuntaba Chain, Angelo Motta era la clave para esclarecer muchas de las cosas ocurridas, y por esa razón lo mantenían oculto y vigilado en su casa. ¿Por qué le había hablado así? ¿Por qué estaba en aquel tren? ¿Quiénes eran los que le acompañaban? Volvió a tomar *The Times* en sus manos y fue pasando las hojas despacio, leyendo uno a uno todos los titulares. Debía leer también los periódicos alemanes, en busca de alguna clave que hasta ese momento desconociera. Acabó su café y se dirigió al quiosco.

En el antisemita y nazi *Der Stürmer*, un enorme titular ocupaba la primera plana: «ALEMANIA LIMPIA ITALIA DE JUDÍOS». Leyó el artículo atentamente.

Der Stürmer

■ En la noche del jueves, la Abwehr hubo de realizar acciones de defensa nacional en suelo italiano. Las operaciones se llevaron a cabo en Roma, Turín, Milán, Nápoles, Génova y la costa de Liguria, y en ellas fueron apresados decenas de judíos requeridos por la justicia alemana. Estos grupos habían organizado una infraestructura económica, con ramificaciones en Francia, Checoslovaquia y Reino Unido, que les permitía financiar acciones de propaganda y terror contra la patria. Se trataba de actividades subversivas, ilegales y clandestinas propiciadas por enemigos semitas de nuestro pueblo que, amparados en la debilidad de los gobiernos francés y checo, se habían extendido por Italia. (...) En el marco de esas actuaciones se suicidó el filosemita Joseph Fischer, detenido en su día por las SS por haber emprendido

labores de espionaje contra proyectos de investigación científica declarados altamente secretos. Su cobarde final está relacionado, además, con el abandono al que últimamente lo habían condenado los servicios de inteligencia franceses e ingleses, ya que, de una u otra forma, la célula a la que pertenecía había quedado desactivada. Fue precisamente nuestra Abwehr la que desenmascaró a los miembros de la célula que operaban desde París, logrando asimismo que no quedaran impunes. En una nota de prensa hecha pública por el Ministerio de Propaganda, se recuerda a los países que mantienen una actitud benevolente con dichos grupos que se considera traición al pueblo alemán el hecho de permitirles la residencia, así como el establecimiento de comités de ayuda y la difusión de publicaciones infundiosas.

•

Ella se quedó con esta frase: «la Abwehr desenmascaró a los miembros de la célula que operaban desde París». La pensó detenidamente. En ella reconoció una pista valiosa y se sintió asustada.

La tarde del 13 de diciembre, antes de que fueran asesinados sus padres, Marie se había sentido confusa. Ensayaba *El lago de los cisnes* de Chaikovski, y Sergei Malko, director de la obra en el Ballet de la Ópera, se mostró poco complacido con la forma en que ella representaba el papel de Odette. Malko argumentaba que la obra del maestro ruso requería una severidad más intensa, no tanto color y efectos innecesarios.

—El Sena está lleno de luz —decía—, el Volga no, es gris, está helado, parece de acero.

Malko despidió al resto de la compañía y se quedó dialogando con ella en medio del escenario vacío. Tenía fama de ser un seductor irresistible. Había seducido a hombres y mujeres importantes, y, sobre todo, había sido amante de Sergei Diaghilev. Tenía una mirada cautivadora y hechizaba a todos con su carisma absorbente, pero aquella tarde hacía gala de su poder más cáustico.

A Marie le parecían infundados los reproches y exagerado el tono que empleaba, con esa mezcla tan suya de habilidad dialéctica y sentido de la autoridad, y por esa razón no respondió a sus comentarios. Sergei Malko la había promocionado a *premier danseur* y ella le guardaba un agradecimiento infinito.

A pesar de que ella se mostró silenciosa ante sus palabras, Malko no modificó su actitud: se erguía arrogante, irónico, cruel. Y solo se contuvo cuando vio entrar en la sala a un miembro del personal subalterno, seguramente alarmado por las voces. Entonces recogió sus cosas y se marchó del Teatro, con su rictus característico, como si arrastrara consigo una tormenta.

Poco después salió ella, intentando respirar el aire humedecido por la neblina e intentando ordenar un poco sus pensamientos.

Pasado un rato, se reunió con sus padres en un *bistrot* cercano al hotel Halevy, cenó poco y con desgana, habló superficialmente. En realidad, se dedicó a perder la mirada entre la gente que pasaba rápida por la calle, protegiéndose del frío y de la niebla.

Poco después se fijó en algo que le resultó a medias cómico y llamativo: dentro de un coche, aparcado en un lugar ligeramente retirado de su campo de visión, dos

hombres encendían un cigarrillo tras otro, parecían esperar a alguien y se mostraban impacientes. Marie vislumbró, una y otra vez, la llama de las cerillas rompiendo la oscuridad.

Estuvo observándolos hasta acabada la cena, y siguió pensando en ellos en todo el trayecto de regreso a su casa.

A su llegada, hizo lo mismo que cualquier otra noche, oír la radio mientras pasaba las hojas de *Le Figaro*, avivar la chimenea, compartir los chismes políticos que había oído en el Garnier.

Poco antes de las once sonó el teléfono. Era una voz desconocida, que le dijo dónde estaba Sergei Malko y que debía verlo, que debía cuidarse de una personalidad como la suya, autoritaria y propensa a amores y odios extremos.

En efecto, lo encontró en un modesto café cerca de L'Odéon y estuvieron hablando de *El lago de los cisnes*, de la idea que Malko tenía para la obra, de su deseo de hacer algo desnudo, esencial, austero.

Se despidieron a las dos de la madrugada, tras encontrarse con Josephine Strauss, la periodista cultural de *Paris-Soir Dimanche*, de la que Marie era amiga. Juntas se marcharon a una fiesta en la cervecería Ripp, donde se divirtieron bebiendo y charlando. Una de las asistentes era la bailarina Yvette Chauviré.

Cerca del amanecer llegó a su casa, tan bebida que reconocía las cosas con dificultad. Cosas y cosas que se distorsionaban y la luz encendida que daba vueltas. En su cabeza todavía quedaban los restos de la alegría de aquella noche y, a la vez, la total y descorazonadora estupidez de tantas palabras. Sintió el cansancio, el enorme cansancio, como algo que se apoderaba de todos sus movimientos. La pesada carga de pensar. Se tumbó encima de la cama y se durmió de inmediato. Había accedido a su dormitorio por la puerta que utilizaba el servicio y no recordaba nada extraño en aquellos pasillos, en las paredes en las que se apoyó, en las habitaciones en las que solo había silencio.

Lo que vino a continuación, ya por la mañana, formaba parte, para ella, de una pesadilla. La policía no pudo determinar nunca cuál fue el origen de la llamada. Y ahora, muchos meses después, ella ni siquiera tenía argumentos para desconfiar de una intuición terrible: alguien la había sacado de su casa para cometer los asesinatos.

Se sentía cansada, pero cada paso que daba significaba estar más cerca de la verdad, y, a la vez, abrir una nueva puerta al abismo. Había una línea de hechos que no podía obviar: el atentado y la desaparición de Angelo Motta, el asesinato de su padre y el suicidio o el asesinato de Joseph Fischer. ¿Qué tenían en común esos hombres? Eran científicos de enorme relieve y alguno de ellos había huido de la Alemania nazi, donde formaban parte de un equipo de investigación de gran trascendencia.

Podía hacerse infinidad de preguntas, por ejemplo sobre los estudios que los tres hombres llevaban a cabo, o si era posible que hubieran puesto sus conocimientos al

servicio de los enemigos de Alemania. Sin embargo, no tenía una respuesta clara a lo más inquietante: ¿quién era realmente su padre?, ¿era el hombre que ella conocía?, ¿por qué alguien había decidido matarlo?

La idea de que alguien había decidido matarlo la persiguió durante días. Estaba convencida de que aquellas muertes no habían sido fruto del azar sino de un plan ejecutado de una forma terrible. Había ido a Italia a buscar respuestas y ahora ya las tenía. Respuestas brutales sobre hechos brutales. Entrar en su casa, sacarlos de la cama, interrogarlos, hacer que su crimen pareciera el resultado de un robo insignificante. Dejarlos allí, en aquel charco de sangre... No podía más. No tenía fuerzas para pensar más. Se vio invadida por el vértigo. Mirar las cosas le causaba un profundo trastorno. No sabía qué hacer ni adónde ir. Estaba sola, perdida, y tenía un miedo tan inmenso que ahora sí se vio caer en la locura, en un infinito silencio, en un vacío, en una especie de muerte.

Robert, en medio de la convulsión que le rodeaba, echaba de menos a Marie. En ese momento pensaba en ella como una pieza de cristal surcada por una grieta que acaba de hacerse visible, una grieta que ya no podría reparar jamás, demasiado sutil y profunda.

Ella no sabía, en efecto, hasta qué punto estaba siendo traicionada y cómo había sido envuelta en una gran mentira. Sergei Malko no era solo Sergei Malko, el célebre y admirado bailarín, el poderoso coreógrafo, sino también el número F-9067, cuyo alias era *Apollon*, que correspondía a un agente encubierto de los servicios secretos alemanes en el exterior. Tampoco sabía que cuando asistía a las fiestas de Coco Chanel era invitada por una pronazi que llevaba el número F-7124 y se hacía llamar *Westminster*.

En realidad, sin ser consciente de ello, ella era una más de la lista de bailarines que en las últimas décadas habían llegado al estrellato por caminos no solamente artísticos.

Vaslav Nijinsky había sido amante de Sergei Diaghilev (ambos habían creado lo que Stravinski llamó «La Guardia Suiza de homos») y había alcanzado el estatus de icono indiscutible. Serge Lifar ocuparía después el lugar de Nijinsky y, como amante de Diaghilev, llegaría también a una posición privilegiada recogiendo la herencia de los Ballets Rusos. El propio Malko alimentó su carrera, después de la muerte de Diaghilev, llevándose a la cama a quien podía favorecerle.

La veloz y fulgurante ascensión de Marie en el Ballet de la Ópera fue diseñada desde la capital del Reich, y Malko la había llevado a cabo con una solvencia absolutamente magistral.

Se trataba de establecer un punto de conexión con Michel Delmont, su padre, y obtener información sobre todos sus movimientos. Ni que decir tiene que Malko había estrechado lazos de amistad con toda la familia, y había compartido momentos con Michel en cafés, fiestas y actos públicos. Era habitual, además, que Malko invitara a los Delmont a cenar en su casa, veladas que terminaban a altas horas de la madrugada con un locuaz Michel Delmont relatando sus avances científicos.

Era lógico, pues, que Robert, en ese momento, atribuyera a Marie la calidad de una bella y fina pieza de cristal que se había agrietado en un punto de forma casi imperceptible. Llevaba días sin verla y la echaba de menos. Quería creer que lo que en verdad añoraba era su capacidad de convertir el sexo en una experiencia única. La perfección de sus pequeños senos, de su vientre, de sus caderas, de su pubis, la imagen de ella tendida sobre las sábanas le hacía olvidar por un instante su terror ante el hecho de que la Abwehr hubiera querido asesinarla.

Maldita Alemania.

En cualquier caso, la buscaba de una forma extraña. Sabía que eran dos planetas de distintas galaxias separados por una distancia infinita, entre los que se imponían enormes cantidades de materia oscura, de vacío. Y era capaz de admitir que tal vez existiera la posibilidad de que esas dos galaxias se fueran acercando poco a poco, comprimiéndose, hasta hacerse una.

La amaba. La amaba sobre todo después de saber que alguien había querido asesinarla. La amaba porque quería protegerla.

Robert volvió a visitar a Marie unos días después. Se la encontró en la cama, enferma y pasto de la fiebre. Tiritaba de frío. Tenía el cuerpo empapado en sudor y los ojos arrasados de tanto llorar.

La estuvo examinando minuciosamente. En un primer momento pensó, alarmado, que había podido contraer la malaria. Había una epidemia de malaria y escorbuto en la frontera con Austria. Finalmente decidió que estaba bajo los efectos de un fuerte *shock* emocional, de una experiencia traumática similar a la de algunos casos que había visto en enfermos del Hospital Militar de Berlín.

Intentó hablar con ella, pero no respondía a sus preguntas. Marie guardaba silencio con los ojos cerrados, que abría solo de vez en cuando para ver la luz que iba a reflejarse en la superficie encerada de los muebles. Le dio un somnífero y le aconsejó dormir.

Él permaneció toda la tarde a su lado, mientras ella, visitada por el delirio, hablaba sola. Sobre las cinco y media volvió a abrir los ojos y le miró como desde la lejanía, después le pidió agua. Él le acercó el vaso y le acarició el cabello, pero ella no hizo ningún gesto, ni de aprobación ni de repulsa. Se mantuvo despierta mucho tiempo, pero siguió dándole la espalda, tapada por una sábana blanca que olía a su cuerpo y al perfume que siempre utilizaba.

Poco antes del anochecer, Robert le ofreció algo de comer, pero Marie ni siquiera contestó. Empezó a delirar nuevamente después de medianoche. Veía imágenes extrañas y hablaba con su madre muerta, como si ambas estuvieran todavía juntas en París, en su casa de la Rue du Quatre-Septembre.

Los delirios fueron tan continuos que de madrugada ya apenas le quedaba un hilo de voz. Se dirigía al asesino de su padre, haciéndole preguntas, y con los ojos llenos de lágrimas aseguraba que la cama estaba ensangrentada, que era una ciénaga. Más tarde, con el nuevo día, se sumió en una calma que se prolongó toda la jornada, y la fiebre fue perdiendo fuerza hasta desaparecer.

Cuando despertó al día siguiente, volvió a encerrarse en su mutismo. Robert comunicó la situación de Marie a la Abwehr. Habló con un hombre llamado Kurt Essen, en Milán, quien trasladó la información a la capital del Reich. La respuesta fue inmediata: había que tratarla con estimulantes.

Robert no esperaba una orden como aquella. Se trataba de un tipo de fármacos que creaban adicción y que le estaban administrando incluso al Führer en contra de gran parte del círculo médico más próximo. Puso objeciones, pero todo fue inútil. Kurt Essen le había comunicado algo que debía cumplir.

A mediodía, Robert logró que Marie abandonase su dormitorio y se trasladase hasta una hamaca en la terraza, donde corría la brisa y el calor no era tan intenso. Ya le había proporcionado su dosis, que contenía cocaína administrada en forma de gotas para los ojos. Pensó que continuar con ese tratamiento era un error, y que él, como médico, no debía acatar ninguna orden sino seguir su propio criterio profesional.

Más tarde, la joven comió un poco y Robert la llevó de vuelta al dormitorio para descansar. La recuperación se fue confirmando poco a poco en las jornadas siguientes.

Ya completamente restablecida, la tarde en que iba a salir por primera vez de la casa después de caer enferma, Marie miró a Robert a los ojos y le preguntó con los suyos llenos de lágrimas:

—Robert, ¿por qué hay gente interesada en mantenerme viva?, ¿qué es eso tan importante que puedo ofrecerles? Yo estaba en aquella casa y una llamada me sacó de allí, ahora lo sé.

Robert se pasó la noche dándole vueltas a esas preguntas, y a la vez se hizo otras que no eran solo fruto del insomnio sino que interpelaban a todo aquello en lo que él había creído: «¿En qué ideas se había puesto a creer toda Alemania? ¿En qué creían Hermann y todos sus amigos? ¿Esas ideas daban amparo a lo que él estaba viviendo? ¿Hacía falta algo así?».

Al amanecer, telefoneó a Hermann Brandt. Estaba desesperado. Pero Brandt lo dejó con su desesperación a solas, en una intemperie sin asidero alguno, en un estado terrible donde la amistad ya no valía nada.

Se sintió liberado. Había llegado al punto donde ya se sentía libre.

Marie lo vio y se acercó a él. Se sentó a su lado.

—He comprendido todo —le dijo—, ahora lo sé todo. Estos días ni siquiera he sabido si me era posible vivir. La muerte de mis padres es algo inabarcable. Veo imágenes que me dañan, me pregunto cosas hasta que ya no puedo más. Me estoy volviendo loca, sé que me estoy volviendo loca. Que no puedo controlar nada. Me cuesta pensar por mí misma, vivir por mí misma. Los nervios van y vienen, atraviesan mi cuerpo, están ciegos, marchan sin rumbo. Me hacen ser quien no soy. He perdido toda voluntad, he perdido a quien yo era, soy otra y no sé quién soy.

Ayúdame, Robert. Ayúdame. No quiero pensar en nada. Necesito olvidar. Solo te tengo a ti y necesito olvidar. No quiero saber nada. Si conozco los nombres de quienes lo llevaron a cabo, me derrumbaré. Nunca denunciaré nada, nunca acudiré a la justicia, no por cobardía, sino por un deseo de olvidar. Si no olvido todo esto me paralizará para siempre. No volveré a bailar nunca más. Es tan grande, tan inmenso que sepultará mi vida. Sé que puedo confiar en ti. Te pareces demasiado a mi padre. Él era como tú. Tenía que experimentar las cosas para darse cuenta de su naturaleza. Sospecho todo lo que haces, por qué has venido a Italia. Sé lo defraudado que estás. Sé que estamos los dos en peligro, que no debemos levantar sospechas. Y que debemos planear nuestra huida. ¿Me ayudarás?

Él pensó en todas aquellas palabras. Le quemaban. Se sentía sorprendido por la necesidad de Marie de olvidarlo todo. Comprendió a todos los que en Alemania había visto olvidar los rostros de los asesinos de sus seres queridos. Sin buscar ninguna venganza. Los había visto en los hospitales, en la cárcel, en las casas de reposo...

—Claro —le dijo—, siempre te he ayudado, solo quiero que comprendas que siempre te he ayudado.

«Sé actuar sin dejar rastro, sé pasar desapercibido. Llevo una semana en París y, sin embargo, nadie reconocería como míos ni uno solo de mis actos. Cuando tengo que matar me vuelvo invisible», le dijo el agente a su superior aquella mañana de diciembre antes de iniciar la operación.

Ninguno de los dos agentes podía asesinar a Marie, en contra de lo ordenado por la Abwehr. La querían con vida. Creían que ella les conduciría hasta el corazón de los traidores de Alemania.

Robert recordaba esas palabras dichas por su amigo Hermann. Marie iba en silencio, a su lado, con un aspecto quebradizo, y él la llevaba cogida de la mano. Andaban despacio, él se mostraba feliz por que ella hubiera aceptado acompañarle después de su crisis. Se había propuesto seguir cuidándola y hacer que olvidara.

Se trataba de una tregua a la que beneficiaba sin duda el espectáculo de los bañistas y los niños jugando, la brisa haciendo vibrar la lona azul y blanca de las casetas de baño. Él procuraba entablar conversación acerca del entorno, le preguntaba si se sentía bien, pero ella, de cara al viento, cerraba los ojos y no contestaba. Respondía con escasos monosílabos, unos restos fonéticos perdidos entre las voces de los veraneantes y el sonido del mar.

Robert la mantenía bajo los efectos de los fármacos, pero no los mismos que Theodor Morell, el médico personal de Hitler, proponía utilizar al resto de doctores alemanes, con esa filosofía de curandero que le había llevado a administrar preparados de hormonas a los asiduos de la Kurfürstendamm, la calle de Berlín de ambiente nocturno más relajado.

Se sentaron a la orilla y miraron el horizonte, el acorazado alemán continuaba fondeado en mitad de la bahía. Robert le aseguró que aquel buque venía de cumplir una misión de apoyo a las fuerzas sublevadas del general Franco, en España. Ella lo miró con interés, se relacionaba a diario con muchos españoles refugiados en París, llevaba tatuada la letra *B* y había asistido a actos de apoyo al gobierno republicano convocados por célebres artistas españoles, entre ellos Pablo Picasso.

Robert continuó hablando. El nombre del acorazado era *Admiral Scheer*, y, hacía poco más de un año, había abierto fuego contra el puerto de Almería, como represalia

por el ataque que, unos días antes, los aviones de las fuerzas aéreas de la República española habían infligido a su gemelo, el *Deutschland*, en el pequeño puerto de la isla de Ibiza.

Ella recordó entonces ambas noticias y los hechos atroces que se contaban sobre la guerra civil española.

—Alemania piensa —le dijo Robert— que España es el primer país donde debe impedir que triunfen los comunistas de Stalin, por eso ha encargado a la Luftwaffe que bombardee las ciudades que todavía no están en manos de Franco, y por eso envía en secreto material bélico a través de barcos civiles que zarpan de un muelle apartado del puerto de Hamburgo.

Ella recordó el relato de las delaciones, de los juicios sumarísimos, de los fusilamientos masivos de que había tenido noticia en París. La angustia la recorrió e intentó apartar esos pensamientos de su mente. Desvió su mirada y la dirigió a la franja luminosa que creaba el sol en el agua, a los yates del puerto. Sabía que los italianos ricos zarpaban del embarcadero de Génova para realizar viajes de placer por el Mediterráneo. Había oído hablar de algún mítico viaje a Egipto en el antiguo *Esperia*. Pensó que necesitaba volver a disfrutar del verano, tomar el sol y estar cerca del mar.

Robert se acercó a ella, la abrazó, olió su perfume, sintió en su cuello la suavidad de su pelo, estuvo a punto de decirle cuánto la deseaba. Fue un momento de locura y enseguida se contuvo. Sin embargo ella, apartándose de él y mirándolo fijamente —quizá había oído la fuerza con que le latía el corazón—, le pasó la punta de los dedos por la cara para retirarle un poco de arena, se inclinó hacia él y quiso besarlo profundamente, pero no pudo.

Desobedecía, Robert desobedecía porque no era partidario de los nuevos fármacos con los que estaba experimentando Theodor Morell en su consulta. Como muchos de sus colegas, solo utilizaba algunos medicamentos concretos para estabilizar emocionalmente a los pacientes.

Morell, por el contrario, pervertía su uso. Había sido el médico de la alta sociedad en la capital alemana, y el hecho de desplazar a Karl Brandt como médico personal de Hitler había puesto de moda sus métodos de curación, aunque eran muchos los que pensaban que solo era un hábil mezclador de sustancias tóxicas y que estas minaban a la larga la salud de los enfermos.

Como había dicho W. Friedrich, Morell era un producto típico de la sociedad alemana de su tiempo: procuraba placer y acercaba la muerte.

Pero el doctor Morell se había vuelto imprescindible para Hitler: le había librado de sus calambres estomacales y proporcionado una enorme resistencia física ante el ritmo de vida frenético que llevaba. Hitler le había entregado su salud, que era tanto como decir que le había entregado su alma, y sorprendía que alguien tan autoritario como el Führer, que había hecho de la desconfianza una forma implacable de proceder, que había tejido la mayor red de espionaje del mundo y no había dudado un momento a la hora de aniquilar a sus adversarios, se hubiera puesto en sus manos de un modo tan candoroso.

El plan diseñado por la Abwehr, los servicios de inteligencia alemanes en el exterior, incluía un objetivo diabólico: que Robert se convirtiera en una persona indispensable para Marie gracias a las sustancias que le suministraba y poder controlarla de ese modo durante un tiempo. La intención última era que la joven les indicara el camino para llegar a los científicos amigos de Angelo Motta.

Pero Robert la amaba, amaba ese amor, la vida misma en ella, la inocencia, la elegancia, la belleza. No sabía si esa elegancia y esa belleza escondían algún mal, algún tipo de perversidad. Le daba lo mismo. Le gustaba refugiarse en el teatro de sus expresiones. Adoraba la frágil intimidad que se establecía entre ellos, unas veces como extraños, otras como cómplices. Había llegado a un punto en el que le resultaba insoportable perderla, solo se imaginaba junto a ella. Le gustaba oír el ruido del puerto lejano cuando la contemplaba sumergida en sus sueños, disfrutaba con el

sonido de su respiración cuando dormía.

Siguió cuidándola, y administrándole estimulantes distintos a los prescritos por la Abwehr para que no existiese la posibilidad de una nueva recaída, haciendo que gozara de nuevo de aquel verano en Italia. Sabía adónde la iban a conducir esos fármacos y sabía que ella se vería afectada por vacíos mentales, por amnesia, y que debía ser así, que solo así no levantaría ninguna sospecha.

En el puerto de Génova, cada mañana, alquilaban una vieja barcaza y se hacían a la mar. Estar allí, en medio de una gran extensión de agua transparente, era como estar flotando sobre el mundo. Se tumbaban en cubierta y pasaban el tiempo en un estado de semiconsciencia: no había razón, ni memoria, todo era presente y se vivía de una forma física, a través de la piel, de la transpiración, del olfato y de la vista. Disfrutaban mirando el anochecer estival: el cielo violeta y anaranjado y el horizonte tornándose profundo, iluminado detrás, sin ningún atisbo de las conmociones que se avecinaban o las que ellos mismos tenían.

A veces, tras pasar el día entero en el mar, cenaban junto a los acantilados: dos amantes en la oscuridad junto a aquellos acantilados que brillaban como el acero. Oían entonces el motor de una Triumph recorriendo los caminos en lo alto, rompiendo por un momento el sonido de las olas, un sonido que evocaba la música de jazz tocada por el Jazz at the Philharmonic con la voz de Ella Fitzgerald.

—¿Qué hago aquí en medio de la Rue du Quatre-Septembre? —le preguntó ella en cierta ocasión.

Robert la miró sorprendido y volvió a cerrar los ojos. Estaban hablando de un poema de Hölderlin y la cadencia de los versos le sugería el sonido de un río.

Días más tarde, en la misma barca, ella lo deseó de nuevo, perdidamente, y volvieron a hacer el amor. Lo deseó y lo hizo, sin más, como movida por una fuerza insondable. Deseó tenerlo sobre ella, sudoroso, los músculos de los brazos tensos, apoyados en sus pechos. Se sabía fría por dentro, confusa, pero no podía renunciar a él. Todo se dirimía en la piel, no era un acto en el que interviniera el corazón, sino una pasión que se manifestaba a través de los poros, la saliva y el aliento, de forma arrebatadora. Toda la superficie de su cuerpo gozaba mientras su interior se mantenía paralizado.

Unos días más tarde renunció a salir de casa para proseguir con sus ensayos. El entusiasmo inicial, que había conferido a cada movimiento una armonía perfecta y le había sugerido ideas brillantes y soluciones originales, se había transformado en pérdida, torpeza, hastío. Su creatividad nunca había sufrido una merma tan brutal, tanto que ignoraba si las decisiones adoptadas inicialmente se ajustaban punto por punto a lo que había ideado para *Giselle*. Atribuyó sus dificultades a las secuelas del *shock*, que quizá no estaba curado por completo, y le pidió a Robert una dosis mayor.

Una tarde se quedó totalmente petrificada ante el espejo y se sintió alarmada. Su

mente estaba por completo vacía. No podía moverse, no podía pensar. La extraña sensación duró unos minutos, luego recobró la conciencia. Robert estaba frente a ella, absorto. La abrazó. Después llamó a Berlín. Habló con Hermann Brandt. Tras discutir con él, le dijo:

—El nazismo solo crea enfermos, Alemania solo crea enfermos, una sociedad enferma, un mundo donde la insania se ha hecho con el poder. ¿Cómo puede salvarnos algo así?

A la Hadermann-Strasse, horas después, llegó una grabación con estas palabras. Se acordó que la cinta se mantuviera en secreto, Robert ya estaba perdido.

Cablegrama del agente F-2387 en la misión Riviera Italiana:

Tras tener conocimiento de que, en el marco de la operación contra el científico Joseph Fischer, se le administraron fármacos de las mismas características que los que se están utilizando para el caso Marie Delmont, del cual me ocupo, deseo hacer saber a esa superioridad que la citada Marie Delmont empieza a presentar un cuadro psicótico de parecidas proporciones a las presentadas, entre otros, por Fischer. Ese cuadro viene acompañado de amnesia y vacío mental transitorio, así como de comportamientos y conductas extremas (hiperactividad e hipoactividad). El resultado de todo ello es que la señorita Delmont apenas deviene útil para el caso Angelo Motta y, en su estado actual, es muy improbable obtener de ella una información fidedigna. En las tres semanas que lleva sometida a tratamiento no se han observado avances significativos. Al parecer la información de que dispone es confusa, puesto que sitúa el paradero de los amigos del científico huido en lugares distintos: el Jura, Ginebra y París, y ante la pregunta de si habrían podido embarcar hacia Londres o Estados Unidos, sus respuestas son positivas. Por tanto, en su estado, la señorita Delmont no es en modo alguno fiable. Por todo ello estimo oportuno suspender la administración de esos fármacos y explorar vías alternativas.

Cablegrama del Alto Mando:

SE ACEPTA la suspensión del protocolo farmacológico administrado a la señorita Marie Delmont. No obstante, el objetivo primordial de la misión debe cumplirse en los términos ordenados por este Alto Mando, y debe hacerse con diligencia en tanto afecta considerablemente a la seguridad del pueblo alemán y al ejército de nuestro Führer.

El cablegrama fue enviado desde el acorazado *Admiral Scheer*, siguiendo órdenes de Kurt Essen. Una vez recibida la respuesta dentro del asfixiante compartimiento del barco, Robert se dirigió a su casa, telefoneó a Milán y habló de nuevo con Kurt. Este le recordó que estaba en una misión de especial trascendencia para el Reich y que los servicios de inteligencia de Alemania consideraban prioritario el asunto, por lo que debía resolverlo de forma inmediata. Y añadió:

—Si no se resuelve pronto, se emplearán con Marie Delmont métodos más coercitivos.

Robert le contestó de manera airada. Le dijo que estaban atentando gravemente contra la salud de Marie, que toda la operación había sido un fracaso.

—Debemos dejarla en paz —le dijo—, ya le hemos causado demasiado sufrimiento. No estoy dispuesto a seguir así. Soy un médico, no un asesino.

Después de oír esto, Kurt Essen decidió vigilar estrechamente a Robert. Una mañana, cuando Robert se ausentó, entró en su apartamento. Lo registró todo. Cuando se disponía a salir, reparó en el libro de Darwin, lo abrió y encontró mapas que señalaban un camino hacia Francia.

URGENTE. Cablegrama de las SS en Italia al Cuartel General de Operaciones (Führungshauptamt) n.º 188 de la Kaiserallee, Berlín Wilmersdorf:

Robert Hesse planea huir con Marie Delmont, arruinando toda la operación. Debe ser apresado y devuelto a Alemania.

Después de enviar el mensaje, Essen telefoneó a Liebermann. Le puso al corriente

de todo y decidieron dejar actuar a Hermann Brandt. Sabían que había llegado el momento de la venganza, el momento de culpar definitivamente a Robert. Era una venganza tramada por Liebermann desde aquel día aciago en que fue apartado de llevar a cabo la misión en Italia. Meses antes había soñado con ser él quien acompañara a Marie en Génova, quien obtuviera de ella alguna pista para descubrir dónde se refugiaba Angelo Motta. Había soñado con ser él quien entregara a Alemania y a la IG Farben al viejo científico. Quería ser parte importante del régimen y quería serlo ya. Quería que Himmler tuviera confianza en él. Y la misión en Italia le iba a proporcionar todo eso. Pero Hermann Brandt favoreció a su amigo y lo traicionó a él. Desde aquel momento dio la orden a Kurt Essen de convertir la operación en un infierno para Robert y, finalmente, mostrarlo ante Brandt como un traidor. Todo había salido perfecto.

Hermann Brandt, por su parte, defendió que se trataba de una infamia. Creía que Robert podía no estar de acuerdo con sus métodos, pero era su amigo, su mejor amigo y nunca lo traicionaría. Pensó qué hacer, cómo actuar, al final envió a Italia a su hombre de confianza, a Franz Liebermann. Liebermann no pudo sentirse más complacido.

Los cablegramas fueron interceptados por un buque de la Armada británica que vigilaba estrechamente al Admiral Scheer, en previsión de que el acorazado estuviera preparándose para llevar a cabo otra misión sangrienta en aguas españolas. Y poco después el contenido de los cables fue enviado a Londres, donde el mando militar los derivó al Secret Intelligence Service, el SIS.

En unas horas, el servicio secreto había averiguado quién era Marie Delmont y los sucesos ocurridos el 13 de diciembre de 1937 (cuando fueron asesinados sus padres), además de desvelar que el número de agente F-2387 correspondía al médico e investigador Robert Hesse.

Se dieron órdenes de intervenir y no abandonar a ninguno de los dos a su suerte, así como de rastrear el paradero de los amigos de Angelo Motta.

Al día siguiente, Stewart Menzies, segundo en el rango del SIS, fue designado por el director de la organización, Hugh Sinclair, para que informara a las autoridades francesas. Menzies hizo una llamada telefónica, pero la respuesta lo dejó perplejo: Francia no deseaba incomodar a Alemania, ni desencadenar un conflicto de tanta repercusión pública con el régimen nazi. Se negaron a aceptar la veracidad de las informaciones del SIS, argumentando que la investigación llevada a cabo el día de los asesinatos no dejaba lugar a dudas.

En la cabeza de Menzies quedaría para siempre la idea de una Francia débil, timorata, que prefería mirar a otra parte antes que defender a sus ciudadanos en peligro. Las negociaciones continuaron en las horas siguientes. La última propuesta llegó al atardecer: Francia acogería a Robert y Marie. Desde Inglaterra se dijo que ya nadie quería imitar a esos pobres diablos de Daladier o Chamberlain.

A última hora de la noche, los servicios secretos alemanes en París tuvieron

noticia de que sus homólogos franceses tenían conocimiento del plan de huida de Marie y de Robert. Esto les alertó y les llevó a pensar que era Francia la que había ideado su rescate.

Ahí estaban todas las fotografías de los últimos detenidos en una redada en Múnich. Fotografías terribles, rostros terribles, llenos de angustia, llenos de dolor. Hermann las iba pasando una a una. Pero ni siquiera pensaba en ellas. Pensaba en Robert y en si era posible su traición. Minutos después recibió una llamada de su amante desde Berlín. Su amante se llamaba Angela Stoner. Era empresaria. Siempre le había asustado que fuera una mujer demasiado inconsciente, demasiado frívola, pero al decirle que se había quedado embarazada había llegado muy lejos, tan lejos como una adolescente de baja condición.

Hermann miraba las fotografías de los detenidos en Múnich y se quejaba. Sobre todo de que ella se lo hubiera dicho así, por teléfono, estando fuera.

—Deseo abortar —le dijo—. No quiero que nada se convierta para ti en un obstáculo. Me marcharé a Italia y abortaré allí.

Al decirlo, se sintió abatida, como si las locuras que había hecho hasta ese momento la condujeran a esta caída, a esta humillación. Después de colgar encendió un cigarrillo, concentró sus ojos en el hilo de humo que ascendía. No lloró. Solo sintió un enorme deseo de proteger aquello que llevaba dentro. No abortar. Tener a su hijo y defenderlo incluso de él, de Hermann.

—Intenta no manchar con esa sangre ningún rincón de Alemania —recordaba Angela que le había dicho—, ni ponerme a mí en peligro. Esto debe solucionarse lejos de donde yo esté.

Al día siguiente, Angela recibió la visita de un hombre de confianza de Hermann. Hablaron. Él trató de averiguar sus planes, pero ella actuó con cautela. Quedaron en que se marcharía a Italia aquella misma tarde y que su hermano Richard le ayudaría a encontrar un médico. Cogió el tren a las 18 h e ignoró adónde se iba acercando.

Hermann, mientras tanto, había hablado con Robert y se sentía confuso. Le irritaba su amigo, no advirtió en él ningún deseo de huir con Marie a Francia. Ordenó a Liebermann que viajara a Génova, pero que no se precipitara en sus decisiones. Liebermann, sin embargo, ya tenía un plan para presentar a Robert como un traidor.

A media tarde, Hermann se desplazó hasta la cárcel para asistir a los interrogatorios de los detenidos. Tuvo un baño de excrecencias humanas: sudor,

orines, saliva, sangre y heces. El dolor de la tortura convertía a los hombres en eso. Carne para el dolor, dolor para que surgieran las palabras. Se sintió tranquilo.

Angela llegó a la estación de Génova un día después.

Cuando Richard Stoner supo que su hermana era la amante de Hermann Brandt estaba en su oficina del puerto. Detrás tenía un cartel del Moulin Rouge con una fila de *cocottes* enseñando generosamente gran parte de sus pechos. Fue Franz Liebermann quien le telefoneó y le indicó los pasos a seguir.

Aquella misma mañana, Richard encontró a una mujer que practicaba abortos. Tenía su casa no lejos del puerto, al fondo de un callejón comido por el salitre. Por la tarde, después de recoger a Angela en el hotel, la llevó allí. Ella sintió la aguja introducirse por su vagina, llegar a donde estaba su hijo, romper aquello que tendría manos y pies y un corazón que palpitaba. Sintió la sangre recorrer sus muslos y manchar toda la cama. Después salió aquello, y no tenía rostro humano, ni apariencia siquiera de que perteneciera al género de los hombres. Era solo un pedazo de carne, un poco de mucosa. Se desmayó.

Richard lo vio todo y maldijo a Hermann. Juró que se vengaría de él. Unas horas después pudo llevar a cabo esa venganza. Había recibido una llamada del SIS, el servicio de inteligencia británico para el que había trabajado en algunas ocasiones. La llamada era secreta. Se hizo desde un bar de la Via Garibaldi que pertenecía a un agente infiltrado. Le preguntaron por Robert y Marie. Le dijeron que iban a ser detenidos y llevados a Alemania. Le dijeron que se les acusaba de traición. Richard dijo conocerlos sin especificar por qué tenía ese conocimiento de ellos. Oyó que el SIS quería rescatarlos, que tenía ideado un plan. Les interesaba toda la información que el médico podía ofrecerles, la información sobre la ciencia alemana y los últimos avances en ese terreno del régimen nazi. Richard les dijo que podían servirse de él como correo.

Una hora después aparcó su coche delante de la casa de Marie. Les informó de cuál era el motivo de su visita. Acordaron el día y la forma en que se iba a llevar a cabo su huida. Acordaron cautela.

Marie y Robert, sentados fuera, observaron la noche; había astros reflejados en el mar y vieron esos astros sobre las aguas, tenían miedo y vieron su propio miedo. Pero también se imaginaron su destino. El reloj apuntaba las doce, era una buena hora.

Richard Stoner se dirigió a su oficina del puerto para hacer una llamada al SIS. Les informó de su conversación con ellos, y cómo Robert y Marie deseaban que su rescate se hiciera inmediatamente. Colgó y encendió un cigarrillo, se sirvió una copa de *whisky*. Puso música. En ese momento, agentes de las SS y policías italianos forzaron la puerta y se presentaron ante él. Richard, al verlos, se quedó inmóvil. Fue

torturado e interrogado allí mismo. Su cuerpo apareció días después flotando cerca de Nervi.

En el *cabaret* Bar-Frasquita de Berlín una gran foto de Hitler colgaba a la derecha del escenario. El gesto del Führer era adusto, de firmeza, como si acabara de dar un discurso y sus labios todavía conservaran la tensión. Exhibía la típica pose idealizada del fascismo en la que se mezclaban poder, seguridad y una forma abrupta de soberbia.

Su ubicación no era gratuita. Según una orden del Ministerio de Propaganda, el retrato del Führer debía presidir todos los espectáculos públicos, pero sin mezclarse nunca con las fiestas mundanas. Por esa razón había sido colocado en un extremo.

Franz Liebermann estaba sentado a una mesa y lo miraba. Llevaba un rato haciéndolo, estudiando aquel rostro y atribuyéndole cualidades: Hitler era un hombre que imponía, pero en el que se adivinaba ya un principio de decadencia física, plenamente perceptible.

La orquesta, mientras tanto, tocaba *swing*, y la animación de las mesas se acrecentó un grado cuando la bailarina, que se había quitado el traje, los guantes y el sombrero de punta, dejó a la vista unas leves cintas de tela cubriendo sus pechos y descendiendo hasta el sexo desnudo.

—No sé por qué quieren prohibir el *swing* —dijo Franz—. Las veladas sin esa música son realmente aburridas. Una generación debe crecer con su música, la música de su tiempo, la que aprecian los jóvenes —bebió un poco de champán y volvió a mirar a la bailarina, que lucía una sonrisa.

—El *swing* es una música americana —le respondió Max Ligner—, al menos eso dice el partido.

—Bueno —afirmó Franz con escepticismo—, los empresarios quieren ver sus locales llenos de gente. Y el *swing* invita a divertirse.

Las mujeres que los acompañaban comentaban el último número de *Die Dame*, la revista de moda más importante de la Alemania nazi. Todas coincidían en que el pelo corto era ideal para los días de playa, y recordaban que incluso el periódico de Goebbels, el popular *12 Uhr-Blatt*, proponía una imagen femenina llena de *glamour*, con siluetas generosas, como las de las actrices de Hollywood. El régimen había diseñado a la perfecta ama de casa mediante la publicación, hacía tres años, del *Libro*

del hogar de la familia alemana, pero ellas no renunciaban a seguir la moda internacional.

Continuaban comentando las últimas tendencias recogidas en *Die Dame*: los bañadores de esa temporada mostraban grandes aberturas para tomar el sol y un estilo cada vez más funcional, acorde a la comodidad requerida por los nuevos tiempos. Hablaron del recién creado Instituto de la Moda alemán, y de las casas de alta costura Gerson y Mannheimer, defensoras de la tradición germánica. Y cómo las austriacas Tailor y Stone & Blyth estaban influidas por las tendencias de París.

—Sí —afirmó Max Ligner lleno de satisfacción—, tras la anexión de Austria, nacionalizaremos las empresas químicas austriacas, que pasarán a formar parte de la IG Farben. ¿Hay mayor poder para Alemania que tener la llave de la salud de los seres humanos?

—No —contestó Franz—. Dominaremos militarmente el mundo y administraremos la vida y la muerte.

Max Ligner sonrió y se vio arrastrado por su mujer a la pista de baile. Aquella noche llevaba frac y pajarita blanca porque había asistido a una importante recepción en la embajada de Hungría, preparatoria del viaje que iban a realizar dentro de poco el presidente húngaro Miklós Horthy y su esposa. Un viaje de Estado solemne y de traza monumental que el régimen nazi había diseñado minuciosamente, y que serviría para demostrar que Europa central estaba dentro del área de influencia del Tercer Reich.

Mientras bailaban, el matrimonio Ligner hacía planes para el día siguiente, que dedicarían por completo a la hípica, otra importante actividad de la alta sociedad berlinesa desde que el régimen había hecho de la cría de purasangres alemanes otra de sus fantasías genetistas.

Cuando terminó la pieza y dejaron de bailar, Max se acercó a la barra en busca de Franz Liebermann.

—Una buena noche —dijo—. Todo el mundo intenta pasárselo bien. Por cierto, ¿cuándo empieza tu misión en Italia? —le preguntó. Había sacado el pañuelo y se limpiaba el sudor de la frente con suma delicadeza.

Franz estaba bebiendo su champán predilecto y miraba a una joven que bebía a solas un poco más allá. Franz tenía fama de ser irresistible para las mujeres.

—Dentro de un rato —le respondió—. Viajaré en tren hasta Viena, y desde allí a Milán. El trayecto Milán-Génova lo haré en un coche de las SS. Después detendré a Robert Hesse y lo traeré a Berlín para que sea juzgado. Las SS y el servicio de inteligencia italiano vigilan la casa donde vive con la bailarina francesa. Es un traidor.

Volvió a mirar a la chica y decidió que tenía que acercarse a ella. Era un hombre resistente al alcohol y al que el alcohol dotaba de una dimensión muy cautivadora. Finalmente se colocó a su lado y comenzó a hablarle al oído. La joven se reía y su risa hacía temblar el dedo que pasaba por el borde de la copa; lucía un amplio escote

que él ya llenaba de ensueños.

La invitó a bailar y ella aceptó.

Max los miraba sentado en su taburete, absolutamente dichoso de encontrarse allí, diciéndose con entusiasmo que Alemania era el mejor país del mundo.

Robert sabía que en las próximas horas vendrían a buscarlo. Y, por ello, trataba de convencer a Marie para que, según el plan ideado por los servicios de inteligencia británico y francés, pusiera rumbo a Francia. Pero ella se negaba. No podía soportar la idea de que él fuera detenido ni de que lo trasladaran a Alemania y lo sometieran a un interrogatorio feroz.

Tampoco podía soportar la idea de perderlo. «¿Perderlo?», se decía a sí misma. «No puedo perderlo, no lo acepto. No quiero terminar así, no quiero que él termine así».

Robert insistía en que lograría burlar el cerco de las SS y la policía italiana y se reuniría con ella en París. Ese era el plan y debía aceptarlo.

Era de noche, y ambos habían sido advertidos en su conversación con Richard de que la casa podría estar vigilada. A oscuras, se tendieron sobre la cama y permanecieron el uno junto al otro un buen rato.

—Al poco de conocerte, llegué a pensar que me había enamorado de mi enemigo —le decía ella—, pero siempre he confiado en ti, en lo que conozco de ti. Quiero que lo sepas.

Luego volvió a caer en la desesperación. Se quedó inmóvil con los ojos abiertos esperando que sucediera algo, que alguien asaltara la casa y los detuviera a punta de pistola.

Marie se preguntaba qué estaba pasando en Europa, qué le había sucedido a Alemania, cómo era posible aquel rencor. Temía el rostro de los hombres que aguardaban fuera, le aterrorizaba imaginar lo que harían con ellos.

En medio de la leve claridad que se filtraba por la ventana, miraba la habitación donde durante tantas horas había sido feliz estudiando su *Giselle* y pensaba que ya no tendría fuerzas para bailarla nunca más. El verano se derrumbaba ante ella y no sabía qué ocurriría más tarde. Aquel bello rincón cerca de Génova se había convertido en una pesadilla, la amenaza que se cernía sobre ellos había reducido la belleza a un mal sueño. Recordaba la luz de aquellos días, el mar de aquellos días, y los odiaba.

Robert la abrazó fuerte y volvió a pedirle que huyera. Ella guardó silencio y lo aceptó como algo inevitable.

Finalmente se levantó y preparó sus cosas, después cerró su bolso y lo puso

encima de la mesa. Aguardó hasta que fuera la hora convenida, hasta que oyera la señal.

Fuera, mientras tanto, los hombres de Kurt Essen esperaban a que llegara Franz Liebermann, que había pedido presenciar la operación y hacerse cargo de la detención de Robert. Soñaba con ser él quien realizara la llamada al cuartel general, el Führungshauptamt. Robert constituía un peligro y no debía formar parte de la ciencia alemana.

Un coche del consulado alemán había recogido a Liebermann en su hotel de Génova. Era un hombre que calculaba hasta los mínimos detalles, a pesar de la frivolidad de que hacía gala en las noches berlinesas. Iba fumando y consultaba cada poco su reloj. Antes de llegar a las inmediaciones de la casa de Marie, le pidió al conductor que se pasara por el puerto. Divisó el acorazado, con la bandera alemana ondeando en el mástil.

Enseguida se reunió con los agentes que iban a realizar el asalto. Volvieron a repasar el plano de la casa y los detalles de la operación. Liebermann afirmó que debían adelantarse si no querían ser sorprendidos por una intervención británica y francesa. Sin embargo, cuando entraron en la casa, esta ya estaba vacía. Registraron todo con minuciosidad, incluso el jardín y los alrededores, pero no encontraron nada.

La lancha que vigilaba la costa negó asimismo haber detectado movimiento alguno, ni siquiera a la distancia que abarcaba el radar del acorazado *Admiral Scheer*, con el que estaban en comunicación. Sospecharon entonces que tal vez los fugitivos se hubieran refugiado en alguno de los locales que frecuentaban, por lo que inspeccionaron bares, restaurantes, hoteles. Pusieron en alerta igualmente a los agentes que patrullaban las carreteras y los caminos de la zona, pero también fue en vano.

Finalmente los dieron por perdidos.

Por otra parte, el SIS y el servicio de inteligencia francés coincidieron en asumir que el plan había sido un fracaso. Marie no se había presentado en el punto donde se realizaría el rescate.

En el buque de la Armada británica, desde donde se coordinaba la operación, el ambiente era de abatimiento, los preparativos y la espera inútil de aquella noche habían dejado a los hombres con un sentimiento de derrota ante el que solo hallaban una explicación: Marie había sido detenida.

Stewart Menzies, en el puente de mando, miraba el mar, una superficie negra en la que aparecía de vez en cuando la pincelada de una ola. Era un hombre práctico, y enseguida intentó determinar cuál sería el paso siguiente que debían acometer. Se preguntó si sería beneficioso filtrar a *The Times* que Marie Delmont había sido detenida en Italia.

Evaluó esa idea, previendo las consecuencias que podría acarrear tanto a los servicios secretos como a su carrera, y llegó a la conclusión de que la filtración debía hacerse a la prensa francesa, sin especificar que el SIS estaba involucrado en ella. Ninguna medida, sin embargo, aliviaba la sensación de fracaso que para él había supuesto la fallida operación, ni el temor a la ventaja que una confesión supondría para los alemanes, en el supuesto de que Marie tuviera alguna pista del paradero de los científicos amigos de Angelo Motta.

Franz Liebermann regresó a su hotel en Génova. Estaba amaneciendo. Subió a la habitación y esperó a que llegara su coche tendido en la cama. Encendió un cigarrillo y dejó la botella de *whisky* en el suelo, a mano. Tarareaba *Hermannlied*, la canción con la que Claire Waldoff se burlaba de la tripa abundante de Göring.

Estaba muy satisfecho de cómo se había desarrollado su plan, de forma limpia, sin levantar sospechas. Liebermann era un experto en idear tramas imprevistas, en jugar con el revés de las cosas. Sabía que Marie haría algún movimiento para evitar ser detenida, y entonces sería vulnerable. Tenía hombres esperando a que ella diera ese paso, pero no se apostaron en las inmediaciones de su casa sino cerca del mar. Habían advertido que había un camino, o más bien una sucesión de callejones entre naves industriales, que daba a la parte comercial del puerto. Si se accedía desde el

puerto, era una calle sin salida, que terminaba en una puerta sin rótulo alguno. Se trataba de la entrada a un almacén en el que Marie podría colarse, por detrás, si se deslizaba entre el pasto y las alambradas de los patios vecinos.

Así lo hizo.

Alcanzó el almacén y llegó a los callejones llenos de polvo y con olor a pescado podrido; a partir de allí debía dirigirse a un barco donde permanecería oculta y desde el que la trasladarían al buque británico. Pero en medio de las callejuelas fue interceptada por los hombres de Liebermann.

Ella, al verlos, intentó huir, buscó la puerta de alguna nave que estuviera ya abierta. Era ágil y estaba en una excelente forma física, pero no le bastó. Pronto estuvo rodeada, y uno de los agentes le dijo en un perfecto francés que no querían hacerle daño.

Marie se resistió. Se le aparecieron muy frescas las imágenes de sus padres, y pensó que la asesinarían allí mismo, en medio de toda aquella basura. Hizo un último intento por desembarazarse de sus captores, pero fue rápidamente neutralizada. Uno de los hombres le metió una aguja en el brazo y le inyectó un somnífero.

Después la trasladaron hasta un coche y pusieron rumbo a Niza, para salvarla. Sergei Malko nunca habría permitido que fuera entregada a Alemania. Era su bailarina y no deseaba manchar su nombre ni el del Teatro de la Ópera.

En medio de la oscuridad, Robert había ido tras ella, a cierta distancia, y lo presencié todo. Pensó que la habían apresado las SS y decidió volver a su país, para encontrar su rastro y defenderla.

Permaneció escondido algunos días más. Después tomó un tren y atravesó esa parte de Europa. Lo hizo durante varios días y varias noches, insomne y desesperado.

Durante el viaje, se dejó envolver por las ensoñaciones y pensó que en realidad no se dirigía a Alemania sino a su futuro, a su futuro con Marie, y que ese futuro estaría colmado de grandes acontecimientos, cambios, convulsiones y sacrificios.

Al pasar la frontera austriaca, fue detenido, llevado a Berlín y recluido en la cárcel de Plötzensee. Lo torturaron. Allí supo que Marie se había salvado y estaba de regreso en Francia. En un principio creyó que perdería la razón. Intentó suicidarse en varias ocasiones. No veía salida.

Hermann y algunos colegas de la universidad lograron para él una orden de perdón. Se le destituyó de todos sus cargos, se le apartó de los grupos de investigación en biomedicina que él mismo había creado. Podía salir de Plötzensee durante el día para ejercer de médico voluntario en el Hospital Militar, en el psiquiátrico, aunque debía dormir en la prisión y por supuesto tenía prohibido abandonar Berlín. La cárcel y las largas jornadas de trabajo fueron minándolo poco a poco, pero a pesar de ello siguió dedicándose a la investigación especulativa y realizó, desde el punto de vista de la medicina teórica, algunos estudios sobre el tratamiento de los afectados en la guerra química.

Finalmente acabó hundiéndose, nada tenía sentido después de haber perdido a

Marie. Hermann le aconsejó que se sometiese a tratamiento con un psiquiatra, simpatizante del régimen, el doctor Carl Jung, pero su estado no mejoró tras las sesiones.

A mediados de octubre fue ingresado en una institución mental de Brandenburgo, el hospital Görden, y más tarde sus padres lograron que lo devolvieran a casa y continuara recibiendo allí asistencia. Sospechaban que en el hospital estaban experimentando con los enfermos.

Robert se escapó a los pocos días.

Después el suelo alemán se llenó de noches y de cristales rotos, hubo movimiento de hombres hacia el este, y nunca más volvieron a saber de él.

Marie Delmont, sin embargo, triunfó con su *Giselle* en el Ballet de la Ópera de París. La crítica alabó entusiasmada su coreografía y su virtuosismo. Un joven escritor llamado Jean Paul Sartre escribió sobre su actuación un artículo titulado «El principio de esperanza». Las representaciones gozaron de ese continuado aplauso que los espectadores otorgan cuando creen estar ante un suceso memorable.

Durante ese tiempo la joven intentó rehacer su vida y mantuvo, según la prensa, una relación amorosa con un periodista norteamericano. Las secciones de sociedad de algunos diarios recogían fotografías en las que se les veían juntos, y uno de esos ejemplares fue a parar a manos de Robert en la frontera suiza.

Había llegado hasta allí en su huida. Se había cambiado el nombre, había falseado su identidad, su rostro era irreconocible tras haberse dejado crecer el pelo y la barba.

Cuando contempló la imagen de su examante en el periódico le invadió una terrible sensación de incertidumbre y de pesar; se preguntaba por el sentido de las cosas, por qué el amor era esa fuerza capaz de trastocarlo todo, por qué ya estaba seguro de hasta qué punto un hombre debía ser leal a sus sentimientos.

Aquel mismo día decidió pasar a Francia y buscar a Marie. Tuvo que recuperar su nombre, volver a llamarse Robert Hesse. Tomó un tren y se apeó en la Badischer Bahnhof de Basilea. Estuvo paseando todo el día por la ciudad, cerca del Rin. Las aguas presentaban un color amarillento que le desagradó.

En Basilea se encontraba a solo un trayecto de tranvía de Alemania y a un solo trayecto de Francia, y, sin embargo, le parecía estar en otro mundo.

Cuando llegó a Berlín la noticia de su huida a Suiza, Hermann Brandt se sintió traicionado. No solo lo había traicionado a él, sino a lo que ambos significaban, a su amistad, a todo lo que su amigo había hecho por él desde su traición en Italia. Movilizó a Franz Liebermann, y solo le dio una orden:

—Tráelo muerto.

Liebermann sonrió. Había ganado.

Aquel primer día de su estancia en Basilea, Robert se hospedó en un hotel y allí conoció una noticia que lo perturbó. Antes del almuerzo, leyendo el periódico en una pequeña salita cerca de la entrada, se enteró de que en los laboratorios Sandoz el químico Albert Hofmann había sintetizado la dietilamida de ácido lisérgico, lo que se llamó a partir de entonces LSD.

Era una pequeña noticia que solo ocupaba media columna de una página dedicada a comentar las enfermedades que podían transmitir los emigrados políticos en Suiza. Y en ella se hacía hincapié en que el LSD podía ser útil como agente terapéutico, sobre todo como estimulante de los sistemas circulatorio y respiratorio.

Basilea se situaba en el cruce de tres países, y Robert sabía que allí se desarrollaba un movimiento fronterizo en el que pugnaban las dos fuerzas mayores de Europa: el Tercer Reich, por una parte, y Francia e Inglaterra por otra. También era consciente de que en la ciudad se asentaba una importante colonia de exiliados judíos.

Pero en el descubrimiento de Hofmann no habían intervenido científicos judíos alemanes huidos, todo había sido fruto del talento de ese químico desconocido.

Se quedó un buen rato sentado en el sillón con el periódico abierto entre las piernas, tratando de averiguar si el hallazgo sería de interés para la comunidad científica, y si, por tanto, atraería a Basilea a alguno de sus colegas alemanes, dado el interés de la IG Farben por las investigaciones en este campo. En aquella ciudad, fugitivos procedentes de todas partes se sentían seguros en su anonimato, pero la situación podía acabar convirtiéndose en una trampa para él. Por eso pensó que quizá lo más razonable sería trasladarse a Ginebra o a Zúrich.

No tenía apetito, y a pesar de que caía una fina llovizna desde hacía pocos minutos, decidió dar una vuelta por las calles. Empezaba a oscurecer, y el ambiente adquiría ese aire de honda soledad que envuelve los atardeceres invernales de Centroeuropa. Protegido por un paraguas negro, con el cuello de su abrigo subido y oculto bajo un sombrero que había comprado en la frontera, su figura solitaria se iba perdiendo poco a poco junto a las ligeras gotas de lluvia a las que iluminaban las farolas del alumbrado público.

A lo lejos oyó la sirena de un tren que irrumpía en la estación.

Dudaba entre huir y permanecer en Basilea, donde podía pasar por un desconocido y, en los próximos días, cruzar la frontera hasta Francia. Sabía que podía tomar el tranvía y pasar a Francia con facilidad. El flujo de viajeros entre los tres países era incesante. Pero la policía suiza detenía a todos los emigrados alemanes ilegales y los ponía en manos de la Gestapo.

No podía imaginar que, desde su salida del hotel, los ocupantes de un coche lo vigilaban de cerca y le estaban tomando fotografías. El coche lo siguió a lo largo de todo el recorrido hasta que llegó a los jardines de la universidad; luego aparcó en la Helbelstrasse, cerca del Instituto de Patología, y, cuando Robert tomó un sendero que conducía al Rin, uno de los ocupantes se bajó y lo siguió a pie un largo rato, hasta que se hizo de noche. Después continuó su marcha tras él hasta un café. Se sentó en una silla desde la que lo veía al fondo, detrás de una columna de hierro, con el abrigo puesto.

Robert se percató de que alguien lo miraba. Era un hombre de piel casi transparente, la cabeza afeitada y unas gafas con la montura negra, pequeñas y redondas. Llevaba un abrigo negro, una corbata de tono oscuro y la manga derecha le colgaba pronunciadamente ya que estaba manco. Robert lo volvió a mirar sin disimulo, esperando de él algún gesto de cortesía, un gesto de acercamiento tal vez, pero el hombre continuó en su sitio sin hacer nada, casi indiferente.

Al cabo de media hora, Robert se levantó, cogió su sombrero y se fue.

Al día siguiente, se acercó a la estación de tren y volvió a ver allí al mismo hombre. No pudo determinar si lo estaba siguiendo o se trataba de un encuentro fortuito. En cualquier caso, decidió evitarlo y marcharse rápidamente.

Se dirigió a la librería Thomas Mann, en la Schönbeinstrasse. Tenía demasiado tiempo libre y necesitaba llenarlo de alguna manera, de modo que pensó que un buen libro le haría pasar más fácilmente el resto de la mañana. Optó por *Viento, arena y estrellas* de Saint-Exupéry, una obra que había estado de moda en Alemania y que no había podido leer en el momento de su publicación.

Hacía frío aquella mañana, y, a la salida de la librería, se introdujo en un pequeño bar para tomar un café y leer un rato. Intentó concentrarse en la lectura de la novela, pero le resultaba imposible, su mente se distraía pensando en el descubrimiento de Albert Hofmann y en la posibilidad de que Alemania mostrase interés por él.

Los rumores que había dejado en la frontera apuntaban a que Hitler, desde el verano, estaba obsesionado con la idea de iniciar un conflicto bélico. Se preguntó si el LSD sería utilizado en los campos de concentración para medir su eficacia en la próxima guerra.

Robert cerró el libro y miró por la ventana. Las calles parecían desiertas, la circulación era escasa y solo se divisaba algún *Schwob*, como llamaban a los emigrados alemanes, con su abrigo, su barba sucia y su aspecto de mendicidad.

Ni siquiera había terminado su café cuando salió del local. Dio unos pasos por la acera mientras se calaba su sombrero y sentía el primer golpe de frío en la cara. Pensó en dirigirse a su hotel y pasar el resto de la mañana allí, hasta la hora del almuerzo. Entonces oyó una voz que le llamaba.

Entre unos coches estacionados vio al hombre que lo estaba siguiendo, se apoyaba en uno de ellos. La manga derecha de su abrigo estaba vacía y caía muerta y en la mano izquierda portaba un periódico.

—Doctor —le dijo.

Robert miró hacia atrás y vio al hombre acercarse hasta él. Llevaba una bufanda anudada al cuello que le cubría parte del rostro y un elegante sombrero de corte cinematográfico.

—¿Sí? —contestó con un tono entre molesto y airado.

—No se inquiete, doctor —le dijo—, es necesario que hablemos, quiero contarle algo. Debe acompañarme. Le ruego que suba al coche, por favor.

Robert dudó, pero el hombre abrió ya rápidamente la puerta del Alfa Romeo y, acercándose a él, le echaba su único brazo por el hombro. Sentía su fuerza como algo incómodo, irritante incluso, y se quiso zafar.

—Tiene que saber algunas cosas —volvió a decirle con firmeza.

Robert se soltó y lo miró a los ojos.

—Vamos, es mejor alejarse cuanto antes de aquí y no llamar la atención.

—¿Quién es usted? —preguntó Robert.

—Mire esto —y le mostró un documento.

HOSPITAL MILITAR GENERAL
Doctor Viktor Brack

Paciente: Michael Stürmer
Prueba: esterilización
Fecha: 28 de marzo de 1938

Hora: 8:30

Robert sabía que se trataba de la cita para una consulta, había visto muchos papeles como aquel. Sujetó la puerta y subió al coche, aunque estaba seguro de que nunca se había cruzado con ese hombre en el Hospital Militar. Atravesaron la ciudad y fueron a parar a un aparcamiento cercano a unas naves industriales abandonadas y a un parque donde unos escolares jugaban al fútbol. Allí había otro coche en el que solo se veían oscuras siluetas recortadas en la penumbra. Se bajaron y fueron andando hasta él.

—Doctor —le dijo el desconocido—, le agradezco su confianza.

—¿Quién es usted? —le preguntó, cortante, Robert—, ¿y por qué me ha traído hasta aquí? ¿Por qué me vigila?

—No se inquiete —le contestó el hombre—, tengo que advertirle de algunas cosas. Está usted en peligro. Móntese en este coche, necesitamos movernos, pueden estar vigilándonos.

Robert se montó, tomó asiento y el coche se puso en marcha.

—¿Qué relación tiene usted con el Hospital Militar? —preguntó Robert impaciente—, ¿qué sabe de las investigaciones que llevó a cabo el doctor Brack?

El hombre lo miró a los ojos y después sacó un papel del bolsillo que puso encima del salpicadero. Robert lo reconoció enseguida, era la ficha médica de un paciente. Leyó otra vez el nombre: Michael Stürmer. No quiso continuar.

—¿Es usted Michael Stürmer?

—Sí —contestó el individuo.

A Robert se le mudó el rostro.

—¿Qué le hicieron? —le preguntó.

—Me aplicaron rayos X —contestó—. El programa de rayos X era absolutamente experimental y secreto, una nueva técnica que Viktor Brack deseaba probar. Me sometieron a rayos X para hacer de mí un hombre estéril. Yo era un buen candidato para ello. El Tribunal de Esterilización lo decidió de inmediato: padezco epilepsia, he pasado gran parte de mi vida en instituciones mentales, soy un disminuido físico y

tengo sangre judía. En principio iba a ser esterilizado mediante una operación quirúrgica, pero el doctor Brack pensó que podía utilizar conmigo un método más innovador. No me advirtieron de nada, tan solo me colocaron ante aquella máquina durante sesenta minutos. Después me ingresaron en el Hospital para tenerme observado. A los pocos días empecé a supurar y finalmente no podía ni siquiera dar un paso. Padecía intensos dolores. Me mareaba. Tenía todos mis órganos abrasados. A pesar de mi estado, y de la infección, me hicieron todo tipo de pruebas para determinar si la densidad de los rayos había logrado esterilizarme. Poco después la infección comenzó a remitir, y cuando estuve totalmente recuperado me enviaron al hospital psiquiátrico. Allí fue donde le vi a usted. El personal sanitario aseguraba que usted era un traidor, que había trabajado para Francia, y que por esa razón los médicos estaban experimentando con usted nuevos fármacos. Yo he oído lo que usted opina del nazismo. Muchos pacientes oímos cómo gritaba a Hermann Brandt en una de sus visitas, y cómo le decía que el nazismo solo había creado una sociedad enferma, que Alemania se había convertido toda ella en un enorme estado oscuro y malsano. Cómo se utilizaban medios criminales con la gente, cómo se estaba manipulando a toda la población. Que los necios de los gobernantes nos llevaban a una guerra, que eran saqueadores del dinero ajeno. Oímos cómo le mandaron callar y cómo usted no se calló. Acusó al régimen de haber creado una ideología inmunda, una ideología de fanatismo y violencia que había llenado a Alemania de fuerzas oscuras y había hecho del alma de los hombres algo solo supeditado al poder, a una idea de riqueza y de medro, a la amnesia y al odio. Muchos supimos después que fue encerrado con los enfermos peligrosos, que se intensificaron con usted los experimentos. Los que pudieron verle hablaban de su cara arrasada por el dolor. De sus brotes de cólera. De que lo estaban convirtiendo en nada. Después supimos que Hermann lo sacó de allí y que usted huyó, que ha estado rodando por Alemania, sin rumbo. Hay muchos alemanes así, sin sitio, sin ningún tipo de asidero. No todo es el país feliz del que hace publicidad la propaganda nazi. Y ahora, aquí, corre usted un serio peligro. Ellos saben que ha cruzado la frontera. Hemos interceptado una comunicación por radio. Usted sabe cosas que ellos no quieren que salgan a la luz pública, no pueden correr ese riesgo, lo están buscando por Gross-Basel, en la otra parte del río. Franz Liebermann ha jurado encontrarlo y llevarlo a Berlín. Un consejo: cuídese de él, es un hombre peligroso. Nosotros, sin embargo, queremos protegerle. Somos alemanes antifascistas. No es la primera vez que ayudamos a un científico a escapar de Alemania. Creemos que si el futuro se juega en la ciencia, ayudar a huir a los hombres de ciencia es la mejor manera de debilitar al régimen.

El hombre vio cómo Robert tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Necesita usted una vida digna —añadió.

Después le habló de sus actividades clandestinas, de que no solo ayudaban a gente a pasar la frontera sino que realizaban también acciones de propaganda y espionaje.

—Estamos solos —afirmó—, ni siquiera podemos fiarnos del servicio de inteligencia francés, ni de Le Commissaire.

—Tengo que encontrar a una mujer que vive en París —afirmó Robert—. Solo quiero eso.

Marie cogió la llave de su bolso, abrió la puerta de su casa de París, vio aquella oscuridad. El espejo del fondo la reflejó, frágil, poco nítida, envuelta en las sombras. Oyó el tic-tac en la pared de siempre, el rumor de los vecinos. Se había propuesto seguir viviendo allí, seguir viviendo en aquella casa. Dio un paso y después otro y fue a donde sus padres habían sido asesinados. Volvió a no sentir dolor sino miedo. Abrió las ventanas, temblando. Vio la cama y la foto de ellos sobre la mesilla. Y al lado, la foto de ella vestida con el uniforme escolar. Se animó pensando que la vida iba a ser más fácil allí, con Robert. Estaba cansada, pero no pudo dormir. Cerrar los ojos era abrir un libro de preguntas. ¿Quién era el grupo de alemanes que la había sacado de Génova? ¿Por qué la habían dejado vivir?

Los días siguientes tampoco durmió. Al final se puso en manos de un médico, amigo de la familia. Decidió no vivir en el pasado, sino vivir en el futuro, en la esperanza. Mandó quemar, por ello, todos los papeles de su padre e hizo enviar a Milán los que pertenecían a Angelo Motta.

Estuvo esperando la llegada de Robert. Consiguió eso de su mente, limpiarla de ese modo. Las primeras semanas apenas pensó en otra cosa que no fuera en él. Lo había preparado todo para cuando llegara. Estaba ilusionada y feliz, por primera vez había algo que podía anteponer al hecho de ser la primera bailarina en el *ballet* del Teatro de la Ópera. Y, sin embargo, nadie notó aquella ilusión, la transformación, profunda, arrebatadora e incontrolable que se había producido en ella.

Prefirió guardar el secreto.

Se imaginaba a Robert llegando a París en el compartimento de un tren, u oculto en la última fila de asientos del Teatro, mientras ella daba los últimos pasos de un largo día de ensayo y espera.

Ahora comprendía lo sola que había estado desde la muerte de sus padres, y que, durante todo ese tiempo, aun sin ser consciente de ello, se había estado preparando para ese cambio. El amor que sentía por Robert había logrado que esa época trágica de su vida quedara definitivamente atrás, convertida en una especie de abstracción, sin capacidad para dañarla de nuevo.

Conforme iban pasando los días se preguntaba por qué lo aguardaba con tanta ansiedad. De alguna manera, esperar a Robert suponía esperar el comienzo de su propia vida. Intentó controlarse, suavizar sus expectativas, moderar en lo posible la euforia y la impaciencia que la embargaban. Pero era incapaz de serenarse. A diario, en cuanto se despertaba, corría a buscar la prensa con la esperanza de hallar algún indicio del paradero de él. Compraba y escrutaba todo: los periódicos franceses, alemanes e italianos, pero las páginas eran un desierto, una infinita extensión de arena que abrasaba sus ojos.

Se recluyó en casa, nunca salía a la hora en que llegaban los trenes de Berlín. A veces tenía la certeza absoluta de que él acababa de llegar a la ciudad y estaba a punto de telefonarla. Después, vacía y desolada, se ponía a llorar, asustada de su propia obsesión, y solo salía de aquel estado con la promesa de no volver a caer en tales arrebatos.

Pero no había vida para ella, había dejado su vida en Italia y no la había vuelto a recuperar. Pasaban los días. Cuanto más tardaba Robert, más alarmada se sentía, consciente de que algo funesto podía haber ocurrido.

Se dirigió a sus amigos alemanes en el exilio y les pidió ayuda. Los contactos que tenía en Alemania, algunos de ellos incluso miembros de la Liga de Médicos nazis o de la Universidad de Berlín, no sabían el paradero de Robert, aunque todas las informaciones coincidían en un punto: Robert no había muerto.

Marie pensó que lo tenían recluido en la cárcel o que lo habían enviado a algún campo de prisioneros, y se sintió culpable. Semanas más tarde, gracias a sus amigos, supo que las SS lo habían internado en la prisión de Plötzensee, y que había obtenido secretamente una orden de perdón. Después su rastro se perdía.

Lo esperó. Continuó esperándolo hasta que ya no pudo más. No sabía qué sentir y no sabía qué sentimiento entrañaba algún tipo de traición a su amor.

Una tarde fue visitada por un agente del SIS y por alguien de la inteligencia francesa. Los echó de su casa, los acusó de haberlos traicionado y de haber dejado a Robert a su suerte.

Se protegió con lo que tenía más a mano: el estreno de *Giselle* y el interés creciente que le prestaban los periódicos y las emisoras de radio. Se dedicó a la parte de su vida que ahora menos le importaba: convertirse en una artista popular.

Sergei Malko nunca se separó de ella, e hizo grandes esfuerzos por lanzarla al estrellato. La paseó por fiestas, la presentó en círculos exclusivos y logró que los más influyentes representantes de la cultura empezaran a hablar de Marie Delmont como de una revelación.

A Simone de Beauvoir, siempre a la última y ávida de participar en cualquier atisbo de notoriedad, propia o ajena, le gustaba sentarse a su lado y lanzarle largos discursos sobre sus preferencias musicales, sobre la evolución de la danza o la

importancia del decorado de cara a la consecución del éxito de un montaje. Siempre recomendaba a los mismos artistas: Picasso o Yury Annenkov.

Una de aquellas noches, en el transcurso de una fiesta, Sergei Malko le dijo a Marie que, a veces, veía cruzar por sus ojos, de una modulación tan limpia, una línea de dolor. Fue entonces cuando le habló de que un periodista de origen alemán, corresponsal de una agencia norteamericana, quería conocerla. Su nombre era Franz Liebermann.

Aquella misma noche fueron presentados. Pasaron juntos mucho rato, y Marie llegó a la conclusión de que, a pesar de la mesura de su voz, había en él algo profundo, misterioso, no del todo puro.

Él le relató sus viajes, sus aventuras periodísticas, sus encuentros con algunos líderes políticos. Era verdad que, tal vez por su experiencia en el Ministerio de Propaganda o en los servicios secretos, se trataba de un hombre dotado de un especial sentido de la narración, de la fabulación y la mentira, que hacía amena y divertida cada cosa que contaba y que contagiaba su entusiasmo. Pero Marie no podía dejar de percibir en él un matiz poco diáfano, algo turbador, una línea de sombra. La joven pensó que se trataba de una percepción fruto del desasosiego que sufría en aquel momento de su vida, y decidió ignorarla.

Pronto olvidó sus suspicacias.

Franz Liebermann tenía varias versiones de sí mismo. Dependiendo de las circunstancias y del lugar en que se encontrara, ya fuera Berlín, Nueva York, Lisboa o París, en cada caso representaba un papel distinto y escogía una de sus muchas personalidades.

Pero había algo más. Todas ellas estaban unidas por una dimensión oscura e ineluctable: su delectación por el terror, por la muerte, su ansia de ejecutar la muerte con sus propias manos. Había viajado a la capital francesa, bajo la apariencia de corresponsal de una agencia norteamericana, para obtener información sobre el desarrollo de las investigaciones sobre física nuclear, un programa que Alemania quería conocer con todo detalle. Su estatus de periodista le ayudó a cruzar las puertas del Centre de la Recherche Scientifique, el CNRS, donde entrevistó al director y al jefe científico. Y donde tomó un buen número de fotografías, que después serían analizadas en Berlín.

Liebermann los deslumbró con su simpatía y buen humor; era el perfecto norteamericano, joven, atractivo, culto, de maneras elegantes y desenfadas.

El jefe científico y él se citaron para el día siguiente a fin de seguir con el reportaje que sobre el CNRS iba a publicar en América.

Al despedirse y salir a la calle, el cielo estaba negro. Se dirigió a un suburbio situado al sur de París, el Butte Rouge, en Châtenay-Malabry. Era un polígono de nuevas viviendas. Muchos emigrados alemanes se habían alojado allí en régimen de alquiler, dado que los pisos eran de propiedad municipal y el Ayuntamiento socialista se mostraba comprensivo con los retrasos en el pago.

Como otros refugiados alemanes que vivían en la colonia, el joven Adolf Siegel, el hombre al que Liebermann buscaba aquella noche, tomaba todas las tardes el autobús que salía de la Porte d'Orléans en dirección a Butte Rouge. Después, aunque fuera de noche, daba un paseo por un bosque cercano. Liebermann había obtenido los detalles sobre Siegel gracias a las filtraciones de un grupo rival de la resistencia.

Lo esperó oculto hasta que lo vio aparecer silbando entre los árboles. Siguió el brillo del cigarrillo que traía encendido. Esperó a que Siegel llegara a una intersección de caminos, el lugar más adecuado, y entonces lo atacó por la espalda.

Adolf se precipitó al suelo, sangrando por la boca. Liebermann lo arrastró bosque adentro y le echó ácido en las manos. Después se marchó, satisfecho. Sentía un extraño placer cada vez que rociaba a un hombre con ácido. Por eso deseaba encontrar a Robert. Deseaba verle desaparecer, ver cómo sus rasgos se convertían en nada, una superficie de carne deforme.

Se montó en su coche y se sintió entusiasmado. En ese momento le hubiera gustado estar en alguno de los lugares emblemáticos de la vida mundana de los jerarcas nacionalsocialistas, en el baile del club de tenis Rot-Weiss, en el baile de la Prensa, en el de la Ópera o en el del Club de Golf de Berlín. Se sentía importante, era astuto, estaba llamado a grandes empresas. La sociedad berlinesa lo iba a adorar.

Poco a poco, Marie intentó olvidar a Robert una vez comprendió que él nunca regresaría. Ella misma le había dicho una vez: «Siempre te estás marchando de algún sitio, no de un sitio físico sino de un sitio mental. La ciencia es para ti una muralla que te protege de los cambios. Si algo amenaza con cambiarte, huyes de inmediato. No eres un hombre de mundo, eres un alma errante». Algo, dentro de ella, le recordaba una y otra vez aquellas palabras.

Trabajaba una jornada tras otra en el Teatro de la Ópera, y con el tiempo, cuando recordaba los días del verano en Italia, aprendió a recordarlos sin nostalgia ni dolor.

Salía a cenar a menudo con un joven estilista homosexual llamado Jean Stéphane. Era un tipo de aspecto casi adolescente, siempre llevaba pañuelos de vistosos colores anudados al cuello y de vez en cuando fumaba tabaco inglés. Jean era el más esnob de sus amigos parisinos, apolítico y tremendamente mundano. Nunca salía con chicos de su edad, sus parejas eran siempre hombres mayores con los que él quedaba una vez que despedía a Marie.

Era peluquero de señoras en Comme Garçons, en la Place Vendôme, y le gustaba hablar de su trabajo de forma inmisericorde.

—Nosotros —decía con su voz afeminada—, aparte de embellecer a nuestras clientas, somos sus psicólogos, porque muchas de ellas nos cuentan su vida y nos piden consejo. Están muy solas, las pobres, y más en estos tiempos en que todo es tan frágil. El sillón de mi peluquería es el sillón de un gabinete sentimental. Excepto de política, hablamos de todo: chismes, matrimonios, rupturas, hijos, depresiones... Es lo mejor. Mis compañeras, sin embargo, son falsas y manipuladoras, unas arpías. Soy el único chico entre ellas y, si pudieran, me darían una patada en el culo.

Decía «pataaaada» y «cuuuulo», alargando las vocales.

Marie se divertía con él, era ingenuo y alocado, tan extravagante que, durante una temporada, se hizo acompañar de dos caniches a los que peinaba él mismo. Cuando hacía buen tiempo les ponía lazos de color rosa, y en invierno los confundía en prendas de lana para combatir el frío. Los llevaba sujetos con unas correas, y no eran pocos los viandantes que al cruzarse con él exclamaban «¡guau!».

Cada vez que se citaban para cenar, elegían un restaurante distinto. En realidad, a Jean le habría gustado estar todas las noches en Au Coq Hardi, uno de los establecimientos más famosos de la capital, pero lo único que se podía permitir era tomar un té después de la cena en el elegante Chez Ladurée. Allí desplegaba sus encantos con el fin de destacar, hacía continuos desplazamientos entre las mesas y buscaba a sus amantes, todo ello sin dejar de comentar cosas. Nunca paraba de comentar cosas.

—¿Has visto los modelos horribles de Fritz Grünfeld, el modisto alemán? —decía—. No sé cómo han podido concederle una medalla de oro en la Exposición Universal. Estos alemanes, querida, no saben lo que es la moda. Les falta sofisticación. Prefiero a los americanos, al menos apuestan por la juventud.

Jean Stéphane moriría durante la ocupación alemana en el invierno de 1943. Fue una muerte sórdida en un oscuro agujero cerca de la Avenida Émile Zola, donde se había reunido con un oficial de la Gestapo, padre de familia.

Fue en ese otoño de 1938 cuando conoció a Franz Liebermann. Se encontraron en uno de esos restaurantes a los que Jean siempre había anhelado ir, el Chez Drouant, durante un almuerzo ofrecido a la prensa y a algunos destacados miembros de la cultura parisina por el Teatro de la Ópera, ante el inminente estreno de *Giselle*.

Liebermann causó al joven Jean una gran impresión, le sedujo de inmediato con su inteligencia y el halo de confianza en sí mismo que emanaba. Parecía estar por encima de todo, resultando a la vez amable y cautivador. Jean supo enseguida que quería la amistad de aquel hombre y, aunque intentó ser comedido, le demostró abiertamente cuánto le atraía.

Liebermann, sin embargo, estaba más interesado en Marie. La ensalzó y la presentó como una *étoile*, una estrella de la danza. Y, además, intentó que aquel almuerzo ante la prensa fuera para ella su consagración personal, logrando que *Giselle* figurara como un éxito en los periódicos antes incluso de haberse estrenado.

Liebermann hablaría más tarde a Marie del valor de la propaganda, asegurándole que la cultura era un producto y debía venderse, y que el periodismo cultural moderno estaba obligado a crear mitos para que la gente los consumiera, a la vez que los adoraba.

Sergei Malko no despreció en absoluto sus consejos y le pidió que, más allá de sus obligaciones, acompañara a la artista a este tipo de actos. Así fue como Liebermann y Marie acabaron siendo inseparables.

En efecto, Liebermann organizó una promoción completa de Marie y de su *Giselle* con gran entusiasmo: entrevistas, reportajes en la cervecería Ripp, fotos luciendo modelos de Coco Chanel por los Campos Elíseos o los jardines de Luxemburgo, imágenes de los ensayos que mostraban a la bailarina en posturas luminosas y elegantes... Hizo que la invitaran a actos sociales, como la presentación

de una nueva línea de cosméticos de la casa Garnier o una cena de gala en la embajada británica de la que se hizo amplio eco *Paris-Soir*.

Además, jugó a crear ante los medios una cierta expectación sobre la vida sentimental de Marie, para después difundir el rumor de que su pareja era un corresponsal americano que vivía en la orilla izquierda del Sena.

El estreno de *Giselle* alcanzó la dimensión de un fenómeno popular, y por un momento, aquella noche, todos olvidaron el encarnizado clima político en que la ciudad se debatía.

El estreno vino a significar el espejismo de la vuelta a un París dorado, glamuroso; durante unas horas los parisinos se permitieron postergar el miedo ante un futuro que intuían poco tranquilizador. La expectación creada en los alrededores del Teatro de la Ópera ponía de manifiesto que aquella ciudad había decidido tomarse una tregua. Se dijo que era la última noche de fiesta antes de la guerra y la ocupación, antes de que, unos meses más tarde, en mayo, el escritor Ilya Ehrenburg afirmara que «ya no quedaba entusiasmo».

La belleza en la ejecución de la obra, que mantenía el equilibrio entre un lenguaje nuevo y la pervivencia de la escuela de los Ballets Rusos; la exigente y turbadora plasticidad, la modernización del argumento y el mensaje moral motivaron que Jean Paul Sartre escribiera un artículo elogioso titulado «El principio de esperanza», que, naturalmente, tenía mucho de proclama.

Algunas publicaciones destacaron la reacción del público, el fervor de los largos minutos de aplausos, los comentarios en los pasillos, a la salida del teatro, en las tertulias de los cafés o los restaurantes. Jean Stéphane resumió así el sentir del público: «Ha conquistado el corazón de la gente porque le ha ayudado a olvidarse de todo».

Unos días más tarde, en rueda de prensa, Marie hizo unas declaraciones que sorprendieron a muchos de sus amigos, pero que sin duda expresaban los anhelos de gran parte de la sociedad francesa. «No queremos mandar a nuestra gente a la guerra», dijo, «no estamos preparados para semejante sufrimiento. Confiamos en que nuestro gobierno alcance un acuerdo definitivo con Alemania. La guerra sería una vergüenza para todos».

En realidad, había sido Liebermann quien le había aconsejado pronunciarse de ese modo, recordándole que el pueblo francés había aclamado al presidente del Consejo, Édouard Daladier, a su vuelta de los Acuerdos de Múnich, a pesar de que Francia había cedido a las exigencias de Hitler en Checoslovaquia.

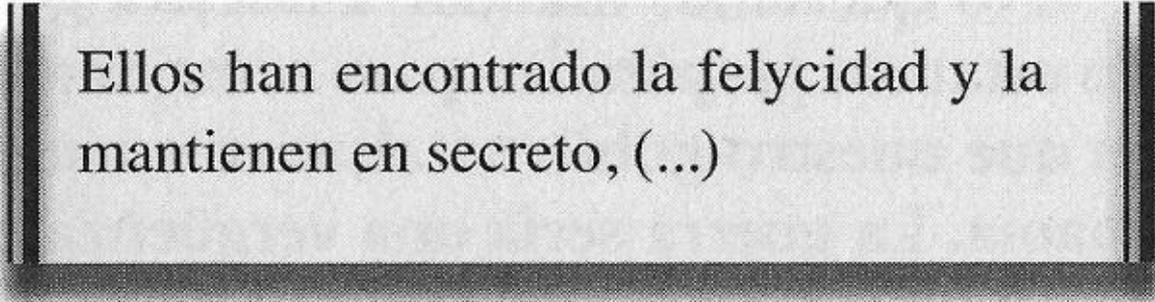
En el ánimo de Marie nunca estuvo hacer pública una opinión semejante, sobre

todo porque contradecía la posición de muchos refugiados alemanes con los que se relacionaba, y porque pensaba que no era ese el mensaje que había querido transmitir en *Giselle*. Pero para entonces Liebermann había pasado a ser un elemento muy importante para su carrera profesional, y a veces sentía que se filtraba en su vida, cálido, oscuro, como una copa de licor.

Algunos periódicos dieron por hecho que entre ellos existía una relación amorosa. *L'Action Française* publicó una fotografía de la pareja en la que esta se dedicaba una amplia sonrisa, y en el reportaje que la acompañaba se hablaba abiertamente de que ambos eran amantes. Esta fue la imagen con la que Robert se encontró casualmente en un lugar de la frontera suiza.

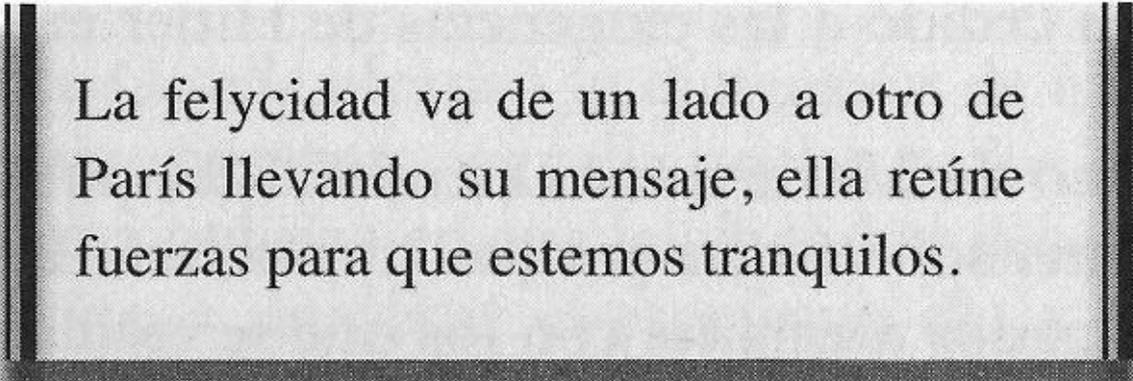
Jean Stéphane leyó ese mismo artículo ante una taza de café, una mañana en que meditaba sobre el encargo que le había hecho Liebermann: llevar un ramo de rosas a una ayudante del doctor filonazi Alexis Carrel llamada Felicité Vaneau. Jean quería creer que se trataba de una muestra de agradecimiento por las conversaciones mantenidas con el insigne médico en las últimas semanas, pero también sospechaba que esa chica había mantenido con Liebermann algo más que una colaboración profesional.

Volvió a mirar la fotografía de Marie, y entonces le llamó la atención que en el texto apareciera una errata, casualmente, en la palabra *felycité*. El reportaje decía:



Ellos han encontrado la felyicidad y la mantienen en secreto, (...)

y unas líneas más abajo el cronista había recogido una cita del poeta Jules Laforgue:



La felyicidad va de un lado a otro de París llevando su mensaje, ella reúne fuerzas para que estemos tranquilos.

Jean relacionó instintivamente el término con el nombre de Felicité Vaneau. ¿Era

posible que la secretaria hubiera estado filtrando información sobre las investigaciones de Alexis Carrel a Liebermann? ¿Y por qué esas investigaciones eran tan importantes? Jean no entendía nada del mundo de la ciencia, le resultaba abrumador, pero había sido Liebermann quien le había confesado su interés por los trabajos de Carrel, sobre todo los que se centraban en la genética y la pureza de la raza.

El artículo sobre Marie de *L'Action Française* suscitó cierta polémica, y unos pocos amigos de la bailarina se preguntaron hasta cuándo podría seguir por el camino odioso, peligrosísimo, de la soledad y la corrupción. Estos amigos estaban en desacuerdo con la forma en que Marie estaba proyectando su imagen pública, poco digna, según ellos, de una bailarina tan importante del Garnier y por la extrema influencia de Sergei Malko, al que una parte de la sociedad artística parisina tachaba de perverso, manipulador y arbitrario en sus decisiones.

Robert cruzó la frontera con un nombre falso. Ya en suelo francés, insistió en recuperar su verdadera identidad, si bien conservó el pasaporte suizo por si en algún momento tenía que identificarse ante la policía. El primer refugio en que lo ocultó la célula del exilio alemán en Francia que se hizo cargo de él fue un almacén de bebidas en la ciudad de St. Louis, donde pasó una noche escondido, sumido en el olor del vino de Alsacia y oyendo los ruidos de los perros guardianes que vigilaban la puerta.

Hacía frío, y no había conseguido encontrar agua ni comida. El aliento se le quedaba helado. Esperaba que fueran a buscarlo al amanecer, pero nadie apareció, ni entonces ni a lo largo de las horas siguientes. Por la noche empezó a nevar. Cogía la nieve que se acumulaba en un diminuto ventanuco y se la comía. No tenía otra cosa que llevarse a la boca, y acabó combatiendo las bajas temperaturas con alcohol.

La jornada siguiente fue un infierno: solo, abandonado, sin nada de qué alimentarse, ni siquiera un poco de nieve, tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantenerse despierto por miedo a morir.

Cuando por fin vinieron en su busca, ya muy avanzada la noche, le ofrecieron alimentos, ropa limpia y una pastilla de jabón. Se estuvo lavando en medio del patio, con agua helada. Estaba débil, abatido por la tristeza, asediado por un montón de fantasmas.

Le dijeron que sospechaban que Liebermann y sus hombres habían llegado a la ciudad. Le aconsejaron que tuviera cuidado. Por último, lo dejaron cerca de la estación tras proporcionarle billetes de tren y documentos personales aparentemente formalizados por las autoridades francesas. Se trataba de documentos falsos, pero donde figuraba su nombre, Robert Hesse.

Durante el viaje sentía que se iba acercando a Marie. Mientras el tren recorría los campos franceses, recordaba su cuerpo y la fragilidad de su respiración, la serenidad que le transmitía cuando dormía, como si su aliento levantase una muralla frente a los trabajos y los peligros del mundo, manteniéndolo a salvo.

Tardó un día entero en llegar a París. Allí lo esperaba una mujer que trabajaba de limpiadora y que acababa de concluir su turno.

Lo trasladaron hasta un sucio hotel en el XIV *arrondissement*. Tenía que

mantenerse oculto por un tiempo. Sin ver a nadie. Aislado. El exilio alemán sabía cómo era Liebermann. Cómo no pararía hasta encontrarlo.

Cuando se quedó solo en la habitación escuchó, detrás de la pared, una violenta discusión sobre la guerra de España. Las voces hablaban en alemán, arrebatadas, casi delirantes.

Aquella noche, hora tras hora, se fue adentrando en el insomnio como quien se interna en un espacio idílico: seguía evocando las madrugadas con Marie, despierto para vigilar su sueño, para oír su respiración, para protegerla. Como hacía ella.

«¿Cuánto tiempo has estado abrazada a mí?», le había preguntado una mañana en Italia al despertarse.

«Toda la noche», había respondido ella. «Quería vigilar tu corazón, el ritmo de tu corazón, incluso cuando duermes».

Durante el tiempo que permaneció encerrado en aquella habitación no pudo hacer nada más que soñar. No podía leer ni escuchar la radio ni hacer ruido alguno. Leía sus sueños, escuchaba las ondas de sus sueños, el ruido que sus sueños hacían al pasar delante de sus ojos. A su alrededor todo estaba quieto, suspendido, desierto. La ración que le habían dejado para alimentarse era miserable y la suplía con agua del grifo.

Si caminaba de un lado a otro de la estancia, caminaba en medio del miedo. Hablaba consigo mismo, escuchaba su voz y se le hacía insoportable, extraviado en una mísera habitación perdida en una ciudad sembrada de amenazas.

No podía encender la luz. Dormía poco y a intervalos. Se tendía en el suelo, encima de los tubos de la calefacción. Se tapaba con periódicos cuyas letras no veía. Se pasaba toda la noche oyendo el ruido del agua caliente y los insectos bajo la tarima.

Como ya le habían advertido en el curso de aquella noche helada de su partida desde St. Louis, ningún miembro relevante de la organización iría a visitarlo hasta que la sombra de Liebermann se alejara por completo. Él mismo había tenido que convertirse en una sombra, vagando a solas por la estrecha habitación de hotel y viendo los restos oscuros de su imagen reflejada en cualquier superficie, espejos que le devolvían a otro.

Alemania, pensaba, era una anomalía. La fiebre romántica la había convertido en un país extremo. La política alemana no era compatible con un credo racional. «Nos ha gustado siempre rozar la locura», se decía. «Y estar cerca del dinero. Hemos creído firmemente en el poder. Nos ha fascinado siempre Francia, como nos han atraído las civilizaciones clásicas del Mediterráneo, pero la herencia bárbara nos hace caer en la sombra y las fuerzas oscuras. Solo los exiliados saben realmente lo que es hoy Alemania, y la temen».

Al cabo de unos días, fueron a buscarlo y lo trasladaron a un agujero cercano a la Porte d'Orléans, que compartió con una joven prostituta alemana que trabajaba en un

burdel de la calle Clichy.

Se llamaba Eva Staar, y en Múnich, un par de años antes, había sido abandonada por su novio cuando este supo que la sangre de ella no era completamente pura. Desde entonces vivía en Francia.

Eva recibió a Robert en una pequeña salita que daba a un patio interior. Se la veía cansada y un poco descuidada en su aspecto. Hablaron del exilio alemán, de que la gente malvivía con empleos que apenas les daban para pagar el alquiler.

Pasado un rato, Eva le anunció que le serviría el almuerzo. Ordenó la mesa y colocó una lamparita en el centro que iluminaba el rostro de Robert en un juego de luces y sombras.

A la débil luz, Eva le escrutaba los ángulos enfermizos, sucios, reflexivos. Le tenía miedo. Sabía que Robert Hesse había realizado algunas investigaciones médicas para el régimen nazi, y que un tal Liebermann lo perseguía para asesinarlo.

Eva se preguntaba por qué habían llevado a ese hombre a su casa. No estaba segura de que ella pudiera ocultarlo, de que la organización entera tuviera capacidad para protegerlo durante mucho tiempo. Pensaba que quizá lo más sensato era ponerlo en manos de la inteligencia británica, como habían hecho con otros científicos huidos. Pero pronto comprendió que él nunca se marcharía a Inglaterra.

Los primeros días se mostraron distantes. Ella entraba y salía de la casa para acudir a su trabajo en la calle Clichy, y por la noche, cuando volvía, él la estaba esperando despierto. Le resultaba extraño verlo allí sentado, en el sillón, en medio de sus objetos personales: las fotos de sus padres, ella con la Puerta de Brandenburgo al fondo o montando a caballo en la hípica de Berlín, y sus pequeños fetiches, perpetuaciones de los vaivenes, mensajes cifrados de lo que había sido su vida.

Le tenía miedo.

Cada noche, al regresar, Eva entraba en el apartamento y se dirigía velozmente a su cuarto, se quitaba la ropa y se metía en la cama. No quería ningún trato con él. Lo oía deambular de un lado a otro del salón hasta el alba, paso a paso, tosiendo, hablando solo. La tarima crujía. Hacía que la mecedora se balanceara sin nadie. Encendía la radio. No había programación, pero escuchaba sus ruidos.

A medida que pasaron los días comenzó a hacerle la vida imposible, y finalmente se quejó a los miembros de la organización. No quería tenerlo más tiempo en su casa.

Una noche ella regresó del trabajo con una herida en el brazo infligida por un cliente. Robert la estuvo curando y la trató con una delicadeza a la que ya no estaba acostumbrada, y eso hizo que por primera vez lo mirara de otro modo. A partir de ese día intentó ser cordial con él. Le informaba de las noticias que corrían por la ciudad, de la vida en París. Le contó que los franceses les culpaban de llevar a Francia a un enfrentamiento con Hitler, y que la gente insultaba a los alemanes en las tiendas o en el transporte público. Los dos compartían el temor por su país de origen, pero en sus conversaciones continuaron manteniendo las distancias.

Pasaron los días.

Negros. Invernales. Faltos de realidad.

Con la única realidad de verse desaparecer. Concentrado solo en sus pasos, un pie delante del otro, a lo largo de la casa. Nada más.

Robert sentía que Eva continuaba viéndolo como una amenaza, y que pensaba que toda la organización sucumbiría por haberle dado cobijo.

Se sentía un extraño allí, en medio de todas aquellas conversaciones absurdas con Eva, monótonas, vacías.

Ella temía que la maquinaria nazi trabajase a fondo, entre las sombras. Que los descubrieran. Y que fuera para ellos el camino de la muerte.

En una reunión en la estación de metro de la Bastilla, había sido tajante: tenía miedo, no podía seguir. Dar refugio a un hombre como Robert perturbaba su vida.

Pasaron más días.

Fueron aún más negros.

Invernales.

Una ligera capa de hielo cubría los cristales de las ventanas.

Una madrugada ella llegó llorando. Un cliente la había humillado y había exigido que la despidieran. La llamó «zorra nazi» y aseguró que desacreditaba el local. Otro de los clientes intervino y la llamó «judía». En el trabajo se le hizo inmediatamente el vacío. Ninguna de sus compañeras acudió en su auxilio. Eva se encerró en un cuarto y no paró de llorar. Tampoco nadie se acercó a consolarla. Minutos después, abandonó su encierro y se marchó.

Cuando se presentó en casa, ante Robert, estaba totalmente hundida, ignoraba si podría regresar al día siguiente al trabajo. Estuvo hablando con él hasta altas horas de la madrugada. Se convenció de que debía volver, de que no debía dejar aquel prostíbulo.

Pero un par de días después volvieron a mofarse de ella. Y en esta ocasión la maltrataron.

—Debes salir de ahí —le dijo Robert mientras le curaba los golpes—. Debes darte una nueva oportunidad en otro sitio.

Fuera amanecía frágilmente, a intervalos trozos de niebla se quedaban flotando.

Robert pensaba que era una buena chica a la que el dolor no había agriado la bondad, solo le había dejado el corazón lleno de miedos. Tenía cara de niña y carácter de niña, y escapaba de la realidad evitando aludir a Alemania.

De ella sabía dos cosas: que a sus padres, después de detenerlos, los habían hecho desaparecer; y que la reacción de su novio había estado motivada por una cobardía atroz.

Una madrugada no regresó. Después se supo que había sido detenida, y Robert se vio obligado a abandonar aquel agujero donde, de algún modo, se había sentido a salvo.

Eva, por su parte, fue conducida a la cárcel de la Santé. No había una acusación clara contra ella, pero alguien la había acusado de ejercer de espía para organizaciones políticas de la Alemania en el exilio. Estuvo allí hasta noviembre de 1939, y al estallar la guerra fue conducida al campo de concentración de Gurs.

De allí se escapó con un hombre que trabajaba en el campo, y juntos llegaron hasta Marsella, donde Eva consiguió documentación falsa y logró rehacer su vida, aunque más tarde fue abandonada, cuando le confesó haberse dedicado a la prostitución en París.

Vivió los siguientes años de la ocupación en un prostíbulo que regentaba un empresario griego. Decían que él se había encariñado con ella y que, a pesar de que era un hombre inmoral y violento, con pocos escrúpulos, ella, cansada de huir, lo aguantaba.

A Robert lo trasladaron a un apartamento cercano al parque Montsouris, oculto en un camión, las ventanas daban a una espesura de árboles y veía a la gente caminar entre ellos. Pasó un tiempo aislado, aunque solo un par de semanas más tarde decidieron levantarle el aislamiento.

El parque Montsouris, frecuentado por vagabundos y otros elementos marginales de París, era el lugar ideal para no ser hostigado por la policía y moverse con cierta libertad. De cualquier forma, el objetivo era el mismo: Robert debía seguir de incógnito mientras Liebermann continuara tras sus huellas.

Al cabo de un tiempo, la organización le pidió que atendiera como médico a algunos exiliados alemanes. Se ocupaba de casos leves, de gente sin papeles. No podía moverse con libertad, pero seguía soñando con escaparse y buscar a Marie. Nunca lo hizo porque no podía traicionar a todos aquellos que se estaban jugando la vida por él.

Un día recibió una carta de Eva pidiéndole perdón.

Jean Stéphane y Marie charlaban en la cervecería Ripp. Jean trataba de obtener información acerca de Felicité Vaneau, pero pronto se dio cuenta de que su amiga apenas la conocía. Esto confirmó sus sospechas de que Liebermann mantenía una relación con la secretaria y que Marie lo ignoraba.

Jean estaba obsesionado con Liebermann, le atraía absolutamente. No solo desde un plano sexual. Cada puerta que abría en el conocimiento de ese hombre, daba lugar a nuevas preguntas. No podía satisfacer su curiosidad sobre él con algo claro, con algo definitivo. Investigó de nuevo sus visitas a las casas de distinta gente, comprobó que muchas de ellas pertenecían a la extrema derecha francesa. Intuía que el verdadero interés de Liebermann se centraba en el doctor Carrel y sus investigaciones, aunque no podía estar seguro de si su amigo se había acercado a Carrel para recabar información que más tarde sería publicada o si le guiaba otro motivo. Estaba empeñado en aclarar el misterio: ¿quién era Liebermann y qué se traía entre manos?

La respuesta a esa pregunta le sobrepasaba. Liebermann era una incógnita y, sin duda, alguna poderosa organización lo apoyaba para conseguir unos fines ocultos. ¿Qué hacía si no en París? ¿Por qué esa relación constante con gente declaradamente partidaria del nazismo, como era el caso de Carrel?

Cuando Jean se hubo despedido de Marie esa tarde, se dirigió a casa de su cliente y amiga la condesa Marguerite Murat. La condesa nunca iba a la peluquería, recibía los servicios en su domicilio de la calle de Saint-Honoré.

Jean sabía que su amiga mantenía contacto con algunos intelectuales que se movían en el círculo de Carrel, algunos de ellos conservadores franceses que simpatizaban con el fascismo, y decidió aprovechar la oportunidad para averiguar algunas cosas.

La condesa lo recibió a las cinco en punto de la tarde, y, como de costumbre, tomaron un té antes de que empezara la sesión. Jean estuvo muy ocurrente y exageradamente afeminado. La condesa siempre se divertía con él. Era un chico cortés, sagaz, y sabía de moda como pocas personas en París. Nadie como él contaba con tanta gracia los rumores que corrían por los salones y por las fiestas.

Pero aquella tarde Jean llevó sutilmente la conversación hacia los amigos de la condesa que dirigían dos publicaciones de extrema derecha, *L'Action Française* y *Je suis Partout*. Hablaron de Pierre Gaxotte, de Robert Brasillach, de Lucien Rebatet y, por supuesto, de Charles Maurras. La condesa los conocía a todos: algunos mantenían conversaciones políticas en su casa y políticamente simpatizaba con ellos. Leía puntualmente sus artículos y los consideraba unos intelectuales intrépidos, que se jugaban su crédito por unas ideas.

Poco a poco ella fue desgranando para Jean algunas anécdotas de las que tenía noticia: la visita de Brasillach a Berlín para entrevistarse con Otto Abetz, Goebbels y Hitler; el interés que despertaban en París las amantes de Pierre Drieu La Rochelle, con las que llenaba su vida para mantenerse a flote ante todos aquellos que lo admiraban.

Y en ese momento, al referirse a las numerosas amantes del escritor, pronunció el nombre de Franz Liebermann. A la condesa le parecía un libertino encantador, un seductor nato, y había oído decir que se había llevado a la cama a las mujeres más hermosas e inaccesibles de la ciudad. Añadió, con una media sonrisa dibujada en sus labios, que muchas de ellas eran mujeres casadas con hombres importantes. Aseguró que parte de su encanto residía en que era un hombre que escondía a muchos hombres a la vez, y que el periodismo era solo una pantalla para dedicarse a otros asuntos. La condesa bajó la voz, se volvió hacia Jean y le hizo un gesto para que se acercase:

—Brasillach me ha dicho —le susurró— que trabaja para Alemania, que es alemán. Y que está aquí buscando a alguien.

Jean salió de la casa de la condesa Murat una hora después, ciertamente abrumado por la confesión que le había hecho. Una fuerza mayor a la que sentía antes le impulsaba ciegamente hacia Liebermann, de modo que lo telefoneó.

En el hotel Clermont, donde se hospedaba, Liebermann estaba cenando con Roger Gilbert-Lecomte y Ruth Kronenberg. Gilbert-Lecomte era adicto a los estupefacientes y Ruth era una judía alemana que se había visto obligada al exilio.

A través de la línea, Jean saludó a Liebermann. Le propuso que se vieran de inmediato a pesar de las citas que ambos tenían esa noche. Pero Liebermann se disculpó.

Molesto y confuso, Stéphane se dirigió a las cercanías de la plaza Denfert-Rochereau, en la avenida del Général-Leclerc, donde había un lugar de encuentro de homosexuales.

Se reunió allí con un amigo. Le insinuó cosas, con el cuerpo, una detrás de otra, pero todo fue inútil, de modo que ambos se introdujeron en el curso de las cervecerías, las miradas lascivas, las invitaciones de los borrachos que se acercaban a ellos con bocas y lenguas desafiantes.

Era martes y todo estaba lleno. Se encontraron con otra gente. Se divirtieron, se rieron.

Acabaron en el piso de uno de ellos viendo revistas pornográficas y bastante borrachos.

Bien entrada la madrugada, el amigo de Jean se marchó con un tipo muy rudo, moreno, que había trabajado en Argelia en unas prospecciones de fosfato. Jean aguantó un poco más. Y ya próximo al amanecer, decidió irse. Se hablaba de una guerra próxima y él no quería hablar de la guerra, no quería aburrirse.

Lo acompañó un chico rubio, esbelto y de complexión fuerte, llamado Boris, hijo de un ruso acaudalado que vivía en el exilio entre Niza y París. El muchacho había asistido a un curso de *ballet* y llevaba consigo varias fotografías de Marie, de la que era un gran admirador. Las fotografías estaban firmadas y eran muy bellas. Hablaron de Marie.

Cuando salieron a la calle hacía frío y se encaminaron hacia el parque

Montsouris, en concreto hacia las cercanías de la Ciudad Universitaria, en busca de un taxi. El cielo semejaba un montón de periódicos mojados. Las calles parecían rociadas de tinta.

Boris tomó a Jean por la cintura y lo atrajo hacia él. Jean sintió la primera oleada de sangre surcándole la columna. Le miró y entonces todo desapareció de sus ojos. Lo deseaba.

—Dime que me deseas —le dijo Jean. La cara del chico se volvió hacia el árbol que estaba en la acera y hacia el ruido de los...—. Dímelo otra vez.

Las cosas tenían una visión intensa, pasaban rápidas, entre la penumbra de las farolas, entre las hojas verdes ahora ennegrecidas.

—Desde que te vi, sí, desde ese instante.

—¿Nunca lo has hecho, verdad?

—¿No he hecho qué?

—Lo que yo ya he hecho, lo que yo...

Respiraban profundamente, no solo con la boca o la nariz, sino también con la lengua, las manos con que se tocaban, los ojos cerrados...

—Sí, sí, cantidad de veces con cantidad de chicos.

—Es mentira.

El muchacho era elegante y tenía un cuerpo atlético que a Jean le fascinaba. Se besaron una vez más.

Luego continuaron su camino hasta el parque, entre besos, y una vez allí se sentaron en un banco y encendieron un cigarrillo que compartieron los dos.

—Vamos a mi casa —le dijo Boris.

Jean acercó su cara a él y le besó un labio, después otro, después buscó sus dientes.

Cuando se dirigían a la parada de taxis, fueron sorprendidos por un grupo de camisas azules de la Solidarité Française que confundieron a Boris con un emigrado alemán y empezaron a golpearlo terriblemente.

Su cuerpo hacía ruidos. Los ruidos iban de dentro afuera, atravesando la ropa. Lo sacudían con violencia. Jean vio un reguero de sangre correr por la camisa de su amigo y empaparla. La sangre brillaba en un punto y se hacía oscura. Los huesos del joven sonaban como una detonación, como si se estuvieran desarticulando. Pasaron unos segundos antes de que Jean comenzase a gritar como un loco. Entonces fueron a por él y también lo golpearon. Jean acabó preso de los nervios, preso de la imagen de Boris, al que veía yaciendo en el suelo, las convulsiones del chico envolvían el aire húmedo de la noche, trataba de respirar y perdía el conocimiento.

Tardó en acudir gente, y uno de los viandantes señaló una casa donde vivía un médico que los podía atender. Se trataba del doctor Hesse.

Robert estaba durmiendo cuando llamaron a su puerta. Al abrir se encontró con un hombre cubierto de sangre y otro en estado de *shock*. Primero atendió a Boris,

alarmado ante la visión de su camisa empapada, el aspecto de las heridas y la dificultad que mostraba al respirar. Lo tendió en el sofá y lo examinó detenidamente.

—Mueve las piernas —le dijo—, pero el chico no respondía.

Levantó los ojos y observó que ni siquiera lo miraba.

—¿Sientes algo aquí?

Silencio.

Se temió lo peor.

El sofá estaba manchado de sangre, un pequeño charco se iba formando a sus pies. Había restos de sangre en la puerta, en la mesita, en los libros. Sin duda las heridas eran profundas, mostraban la incisión del filo de una navaja. Decidió avisar a una ambulancia y que fuera trasladado a un hospital.

Luego se acercó a Jean, que sufría una crisis nerviosa, y le administró un tranquilizante. Le habló, le preguntó cosas. Le convenció de que debía serenarse.

La ambulancia tardó un rato en llegar, y mientras Robert mantuvo a Boris inmovilizado e intentó contener la hemorragia. El tiempo se dilataba. La sangre lo envolvía todo. El muchacho tenía los ojos muy abiertos, expectantes, no alucinados sino con un sentido claro y casi animal de lo que estaba viviendo.

Le agarró la mano, observó que su frente estaba cubierta de sudor y que, sin embargo, temblaba de frío. Se percató del cambio de color en sus labios, en sus mejillas. Comprendió que se estaba haciendo tarde. Le tomó el pulso, débil como la gota de un grifo que tarda en caer, y golpeó sus rodillas, le pinchó en los muslos y los pies, pero la respuesta fue mínima, como si la parálisis hubiera socavado ya un punto vital, como si poco a poco se estuviera haciendo más profunda.

Pensó entonces que lo estaba perdiendo, que el joven moriría allí mismo, en aquella cueva húmeda. El chico le clavó la mirada, verde como las aguas del mar del Norte y encharcada en lágrimas. No se podía saber desde dónde miraba, desde qué orilla, si el fulgor que despedían sus ojos era un resto de vida o la entrada a la muerte.

Robert se dijo que no había ido a París para ver morir a ese chico.

Cuando por fin llegó la ambulancia, Boris aún estaba vivo, pero parecía poco probable que resistiera el trayecto hasta el Hospital de la Pitié-Salpêtrière. El traslado, poco normal en las urgencias de París de la época, se hizo rápido, acaso porque no lo llevó a cabo una ambulancia de la Cruz Roja, que, en aquel momento, solo era una institución corrupta y poco eficiente.

Llegó con un hilo de vida. Lo estaba esperando el equipo médico de guardia, y las primeras palabras del médico jefe fueron: «Lo perdemos».

Lo metieron en el quirófano a la desesperada, pensando que ya no había posibilidades de hacer nada por él.

Robert se quedó en el pasillo, inmóvil, pensativo. Se apoyó en la pared y miró al suelo: el mármol estaba erosionado, como manchado de nicotina, lleno de estratos plomizos. Se llevaba las manos a la cara, se preguntaba qué estaría pasando al otro lado, si aún estaría vivo. No podía comprender ese ataque a dos chicos inocentes, por qué se había suscitado en Francia ese odio hacia los extranjeros, por qué a Boris, mientras le golpeaban, le llamaban «maldito perro traidor». Había visto carteles, había oído comentarios, el odio era ya una cosa palpable, como pólvora echada en tierra a la espera de que alguien arrojara la cerilla.

Y después estaba la guerra de España, que llenaba también París de exiliados, una guerra tan terrible, con todos esos muertos llenando una nación que había optado por suicidarse, casa por casa, familia por familia, hombre por hombre.

¡Los muertos!

Parecían no detenerse nunca, como una ola que se iba haciendo poco a poco gigantesca, una ola negra que venía también del otro lado y bañaba las tierras de Bohemia y Moravia.

¡Los muertos!

Los había visto en la propia Alemania con una estrella amarilla cosida en el abrigo, en los trenes que partían desde las cárceles, en los hospitales donde se practicaba la selección. Oía un tiro en la nuca o el líquido de una jeringuilla, oía cómo la sangre corría cada vez más oscura y se helaba. Iba golpeando poco a poco en las puertas de las casas, llamando a la gente. No había refugio. No había escapatoria, ni siquiera para los inocentes como Boris.

Pasado un rato se acercó a la puerta del quirófano para pedir información. Tan solo vio una luz al fondo que le pareció especialmente triste, al igual que los ruidos que venían de dentro, lejanos y amortiguados. No consiguió hablar con nadie, no pudo preguntar nada y volvió a sumirse en el desasosiego.

Al cabo de un tiempo se presentaron dos agentes de policía. Le pidieron su documentación, pero él le dijo que no la llevaba encima, que se le había olvidado en su apartamento. Después le hicieron unas cuantas preguntas, entre ellas por qué razón se encontraba en Francia. Robert había sido preparado para cualquier clase de interrogatorio, y respondió fácilmente.

Sin embargo, uno de los agentes le sorprendió al preguntarle si tenía licencia para ejercer la medicina. Guardó silencio mientras buscaba una respuesta; casi podía escuchar los pensamientos de aquel hombre.

El policía volvió a preguntárselo una vez más, pero él continuó callado.

Por fortuna aparecieron en ese instante los padres de Boris. El padre, un tipo alto y corpulento, venía hablando con el jefe de policía. Hablaron con los agentes y estos le informaron de todo lo sucedido y que estaban interrogando al médico que había atendido al chico después del ataque. Inmediatamente el padre de Boris se acercó a Robert, le tendió la mano y le agradeció lo que había hecho por su hijo. Le dijo a los policías que lo dejaran en paz.

El tiempo pasó lento en aquel pasillo. La madre de Boris, una mujer rubia y elegante, todavía joven, se sentó en la sala de espera mientras encendía un cigarrillo tras otro. Le aturdió el hecho de que Boris se hubiera visto envuelto en un episodio tan sórdido, que hubiera complicado su vida hasta ese extremo. Ni siquiera sospechaba que su hijo fuera homosexual.

Una enfermera se acercó a ella y le entregó la ropa de su hijo. Entre las prendas asomaban las fotografías de Marie. La madre las contempló detenidamente y le parecieron muy bellas, recordó con cuánta emoción había asistido a la interpretación de *Giselle* y cómo hacía poco, en una velada en el restaurante de La Coupole, había querido saludarla sin conseguirlo, a causa de la mirada inquisitiva del comunista Ilya Ehrenburg. Ella misma había soñado con dedicarse profesionalmente a la danza, y de hecho, hasta que abandonó Moscú y conoció a su marido en París, el *ballet* lo había sido todo en su vida.

Lamentó profundamente no haber podido felicitar a Marie Delmont, pero la fiera expresión de Ehrenburg la había dejado paralizada. Y también quienes le acompañaban, André Breton, Elsa Triolet, Willi Münzenberg y Gustav Regler, todos excepto Marie, que había asistido a aquella escena poco agradable con absoluta perplejidad.

El desencuentro entre Ehrenburg y su marido se había convertido en una lucha sin cuartel. Ehrenburg era uno de los comisarios políticos más influyentes del Partido

Comunista soviético y tenía un gran predicamento entre la intelectualidad francesa de izquierdas. El padre de Boris, por su parte, apoyaba —incluso económicamente— a distintas organizaciones anticomunistas, no solo entre sus compatriotas exiliados sino en cualquier rincón de Europa.

El enfrentamiento cobró una dimensión pública a partir de la publicación del libro de André Gide *Regreso de la URSS*, en julio de 1937, cuando este exigió al gobierno republicano español un juicio justo para los disidentes de izquierda, tanto anarquistas como trotskistas, que estaban siendo asesinados por consejo de los agentes soviéticos. Ehrenburg llamó a Gide «malvado vejete», definiéndolo como «el nuevo aliado de los marroquíes y de los camisas negras».

Fue entonces cuando su marido publicó un artículo en el que explicaba que en la Unión Soviética se había favorecido la traducción y edición de determinados escritores occidentales afiliados o simpatizantes del Partido Comunista, quienes gracias a ello habían logrado enormes beneficios económicos en un país donde la mayoría de la población no solo era analfabeta, sino pobre. No facilitó los nombres de dichos escritores, pero el de Malraux estaba en la mente de todos.

Desde ese momento, Ehrenburg lo desacreditó en cuantos foros tuvo oportunidad, aunque la idea de que la Unión Soviética compraba escritores fue jaleada por los grupos de derecha con evidente sorna.

La madre de Boris volvió a mirar las fotos, se detuvo en los trazos de la firma, eran finos y elegantes, como si se deslizaran sobre la superficie. No había dedicatoria ni fecha alguna. Se preguntó a qué momento de *Giselle* correspondían las imágenes, pero no estaba segura.

Podía imaginar con cuánta emoción las habría recibido su hijo, y se preguntó no solo si este podría bailar alguna vez, sino, lo que era más preocupante, si podría andar.

El tiempo pasaba con tal lentitud que la socavaba por dentro. Cerró los ojos y rezó. Durante un rato no pudo hacer otra cosa. Rezar. Recordó cuando era niña. Entonces el alma cambiaba de piel cada año, como las serpientes. Todo quedaba envuelto en una especie de felicidad, era posible vivir sin experiencia. La experiencia solo le servía en sus clases de *ballet*. Porque solo los músculos eran capaces de recordar y hacían falta ensayos y ensayos para enseñarle algo a un músculo. Luego levantó la vista y vio, a través de la puerta acristalada, que los cirujanos, todavía con las mascarillas puestas, ya estaban fuera de la sala de operaciones y hablaban entre ellos.

En realidad miraban unos folios que les estaba mostrando la enfermera, señalaban cosas en ellos e intercambiaban opiniones.

Uno de ellos empezó a escribir, lo hacía rápido y concentrado y los demás intervenían proponiéndole modificaciones.

Después la enfermera llamó a alguien de alguna sala cercana y apareció una monjita que escuchaba muy atentamente las palabras del que parecía el jefe del servicio.

Por fin ese hombre, el jefe del servicio, se desprendió de la mascarilla y del gorro con que se cubría el pelo. Sus gestos no comunicaban nada, su actitud era fría y neutra, y la madre de Boris creyó que algo había salido mal. Miró al suelo, sintió una inmensa tristeza invadiéndola, el rostro atenazado, un nervio que le atravesaba los párpados. Cuando volvió a mirarlos, los médicos ya se estaban acercando a donde ella se encontraba. La mujer se puso súbitamente en pie y fue a su encuentro.

El corazón le golpeaba la garganta, tenía ganas de llorar. Miró a su marido, que aparentemente mantenía la calma, pero el rojo intenso de su rostro delataba lo que

sentía. Se unió a él, le agarró la mano, estaba fría.

Robert se quedó inmóvil unos pasos atrás. Tenía la mente sin ideas ni sentimientos, nada.

Al abrir la puerta, el médico sonrió tímidamente, en un gesto que pretendía ser amable. Les comunicó que su hijo se encontraba débil, pero que todo había salido bien. Luego entró en detalles: presentaba una lesión en la columna y cortes profundos en el cuello. En principio habían creído que la columna había sufrido una fractura. Pero los síntomas eran engañosos y afortunadamente no había sido así. Los cortes, sin embargo, le habían seccionado venas importantes, aunque habían logrado reconstruirlas. Les felicitó. Luego se acercó a Robert y le estrechó la mano.

—Un buen trabajo —le dijo.

Robert se sentía cansado y acabó sentándose en la sala de espera. Afortunadamente, la pesadilla con la que había amanecido ese día iba difuminándose.

Sabía que debía abandonar el hospital, avisar a sus amigos y cambiar de dirección. Y era consciente de que tenía que hacerlo rápido. Guardaba un número de teléfono para llamar en caso de emergencia, no podía permitir que lo detuvieran, mucha gente podía caer con él. Cuando le dieron ese número había oído un nombre, Willi Münzenberg, pero no sabía de quién se trataba. Permaneció unos segundos con los ojos cerrados, tratando de recobrar las fuerzas antes de dar el siguiente paso. Y unos segundos después lo vio: el bolso de la madre de Boris había quedado abandonado en uno de los asientos y sobre él había unas fotografías.

En un primer momento apenas reconoció a Marie, pero un instante después el corazón le dio un salto. No comprendía qué significaba aquello, qué hacían allí esas fotografías. No podía creerlo. Marie estaba muy bella, casi esplendorosa. Admiró el color de su piel... el cabello... el rostro que expresaba, como siempre, una absoluta felicidad.

Se sintió extraño, casi como un intruso. Los dos habían sufrido tanto que tal vez su amor fuera ya irrecuperable. Tenía que seguir. Tenía que encontrarla. Debía reunirse con ella si no quería perderla para siempre.

Robert la esperó a la puerta del Teatro de la Ópera. No era una buena decisión, pero no había un modo de encontrarse con ella sin correr algún riesgo.

Tras dejar el hospital, había pasado el día ocultándose y huyendo. Sabía que, de haber tenido conocimiento de lo que se proponía, sus amigos habrían desaprobado que se reuniera con Marie y tratado de convencerlo de que permaneciera escondido hasta que el peligro que suponía Liebermann hubiera pasado.

Le dirían que necesitaban mantenerlo a salvo, que le enviarían a Inglaterra para que siguiera allí con sus investigaciones; sus conocimientos de medicina y la información sobre los servicios secretos alemanes podían ser de enorme valor en la lucha contra Hitler. Era cierto que el Führer se estaba preparando para la guerra y que él tenía datos que así lo demostraban, pero a aquellas alturas estaba convencido de que si no se reunía con Marie, la perdería para siempre.

La representación de *Giselle* empezaba a las ocho. Un par de horas antes, Robert había alquilado una habitación en la pensión Saint-Martin, cerca del Teatro y con vistas a la puerta de entrada del personal.

Se mantuvo atento intentando verla, pero enseguida se dio cuenta de que no era una tarea fácil. Solo divisaba siluetas que caminaban rápido protegiéndose del frío. Se había levantado un poco de niebla, caía una lluvia helada y fina, y la gente se refugiaba bajo su paraguas. Los faros de los coches, cada vez más numerosos, se iban agolpando con sus ráfagas y aumentando la confusión.

Una vez que la obra comenzó, el Garnier quedó a merced de la niebla en aquella noche de diciembre que se iba haciendo más invernal y más inhóspita.

Robert se tendió en la cama y esperó. Podía sentir la profundidad de su confusión y de su desánimo. Estaba cansado. Se recriminaba a sí mismo el haber tomado una decisión tan arriesgada: ¿acaso era lo más inteligente acercarse tanto a Marie?, ¿hasta qué punto estaba poniendo en peligro a una organización demasiado frágil?

Sin embargo, no había marcha atrás. Había llegado a un punto en el que necesitaba saber si Marie seguía amándolo, tenía que explicarle todo lo que había ocurrido y tratar de recuperarla.

Al cabo de un par de horas, salió a la calle. La noche se había llenado de

nubarrones gruesos y pesados que se arrastraban por la ciudad, pero la lluvia había remitido.

Enfundado en su abrigo, se dirigió a la puerta, donde unas fans esperaban la salida de Marie.

Un poco más allá había un taxi estacionado. Era un Mercedes negro, un modelo similar al que él había conducido en Italia. Dedujo que era para ella.

Unos minutos después, el taxi rodó sigilosamente unos metros hasta aproximarse a un grupo de gente que charlaba paciente en la acera. Parecían espectadores comentando cosas, pero no. Claro que no.

Recordaría ese momento el resto de su vida: el brillo de la carrocería del coche, los adoquines mojados, la oscuridad, el taxista abriendo la portezuela trasera... Un tipo gordo, trajeado, con una corbata discreta. Había abierto la puerta, estaba detenido con la mano puesta en el Mercedes, parecía seguro de sí mismo, tranquilo, sonriente, y simultáneamente, allí, delante de él, vio pasar un instante el rostro de Marie, sonriendo a su vez, con una sonrisa limpia, era la sonrisa de una mujer en una noche de invierno, y la contempló mientras ella subía al coche y cerraba la puerta, se colocaba el pelo, miraba hacia atrás, movía la mano para saludar, las chicas la vitoreaban, la llamaban, «¡Marie, Marie!», y el taxista la saludaba, ocupaba su sitio, ajeno a todo, y arrancaba.

Y eso fue todo: luego el automóvil se alejó hasta convertirse en un punto que se perdía entre el escaso tráfico de la ciudad, la niebla al fondo, el frío a su alrededor, el frío dentro de él. Se sintió desorientado y confuso mientras el desánimo lo engullía como una enorme nube, y mientras lo invadía una intensa sensación de fracaso. Haber estado tan cerca de ella y haberla perdido. No ser tal vez ya nada a su lado, solo el recuerdo poco agradable de un verano en Italia.

Entonces escuchó a una de las chicas ese comentario echado en medio de la noche: que Marie se dirigía a una cena benéfica en Le Catalan y que entre los asistentes estaba el pintor Pablo Picasso, según había anunciado aquel mismo día *Le Figaro*.

Buscó con urgencia un taxi que le llevara hasta el restaurante, pensando que se estaba arriesgando en exceso, que podía ser detenido, que una vez llegara a la puerta del establecimiento debía quedarse quieto en el asiento y observar. Así lo hizo. Vio entrar a gente del mundo del espectáculo, a políticos, abogados célebres, escritores y artistas. La policía regulaba el tráfico y vigilaba las intermediaciones. No pudo localizar a Marie.

Cuando todo se había calmado despidió el taxi, caminó a lo largo de unas pocas manzanas y entró en una taberna llena de humo y hombres jugando al ajedrez. Bebió unos vasos de vino y esperó de pie en la barra, desesperado porque no hallaba la forma de poder reunirse con ella, de comunicarle que estaba en París y la buscaba.

No disponía de mucho tiempo, en la pensión tenía que pagar los días por adelantado y el dinero escaseaba. Además iba sin documentación, y era un hombre al

que buscaban en aquella ciudad, y si la policía le detenía, estaba seguro de lo que las autoridades francesas iban a hacer con él. Sabía que Francia estaba deportando a muchos exiliados.

Descartó por tanto volver a Le Catalan.

Al final de la barra había un ejemplar de *Paris-Soir*. Pasó las páginas deprisa y no tardó en encontrar lo que buscaba, vio las fotos de Boris y su padre, y leyó el titular:



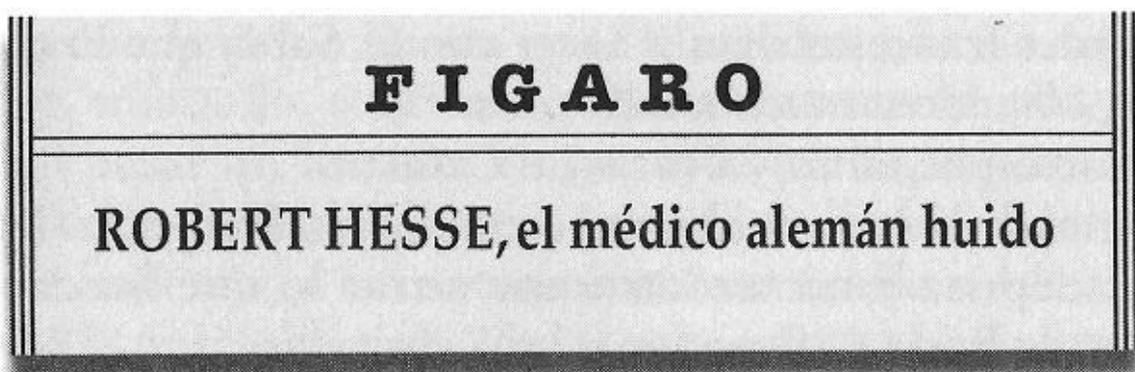
El artículo ocultaba que los agresores eran un grupo de jóvenes profascistas y que lo habían apuñalado. Sin embargo, especificaba que el médico que había atendido al joven era Robert Hesse, un refugiado alemán que permanecía en Francia ilegalmente. Se decía que se había registrado el piso que ocupaba y que se había encontrado la documentación falsa de la que se servía.

Se hablaba también del padre de Boris, Andrei Radek, un importante empresario cuyas oficinas del Boulevard Montparnasse se encontraban entre las más modernas de París.

No leyó más. Arrancó la página, pagó y decidió volver a la pensión. Allí pasó la noche viendo llover: una lluvia incesante, casi violenta, que caía sobre un París desierto. Amaneció con dificultad, simplemente el negro se fue tornando gris y los muros del Teatro de la Ópera dejaron de ser una mole fantasmagórica.

Se acercó a un quiosco y pidió todos los periódicos disponibles. La prensa al completo recogía la información con detalle; a él se le mencionaba en todas las noticias.

La prensa de izquierdas lo alababa como a un héroe. André Garnier titulaba la columna que acompañaba su amplio reportaje de *Le Figaro*:



Por su parte, *Je suis Partout* apenas le dedicaba unas líneas. Decía:

JE SUIS PARTOUT

Robert Hesse practicaba la medicina en el barrio de manera ilegal entre los refugiados alemanes, sin ningún control sanitario ni garantía, y, aunque su actuación fuese correcta en este caso, cabe preguntarse si es lícito que cualquier ciudadano se encuentre expuesto a ser atendido en circunstancias especiales por profesionales así. No creemos que el Colegio de Médicos apruebe esta dejación de funciones por parte de nuestras autoridades sanitarias. Los médicos extranjeros sin licencia deben ser perseguidos porque está en juego la seguridad de todos.

Aun así, el foco de atención se centraba en la biografía de Andrei Radek y en su fortuna. De Boris se decía que estaba estudiando *ballet* en la Escuela de Danza y que en esos momentos recibía clases magistrales de Marie Delmont.

Robert comprendió entonces de dónde provenían las fotografías que había encontrado encima del bolso de la madre de Boris, y no tuvo ninguna duda de que Marie ya debía saber que él estaba en París y la buscaba.

Marie recibió la llamada de Jean cuando aún estaba en la cama. La voz de su amigo, al otro lado del teléfono, le sonó extraña. Se incorporó y le preguntó qué le ocurría.

Jean se echó a llorar.

—Podría estar muerto —decía—, ¡muerto!

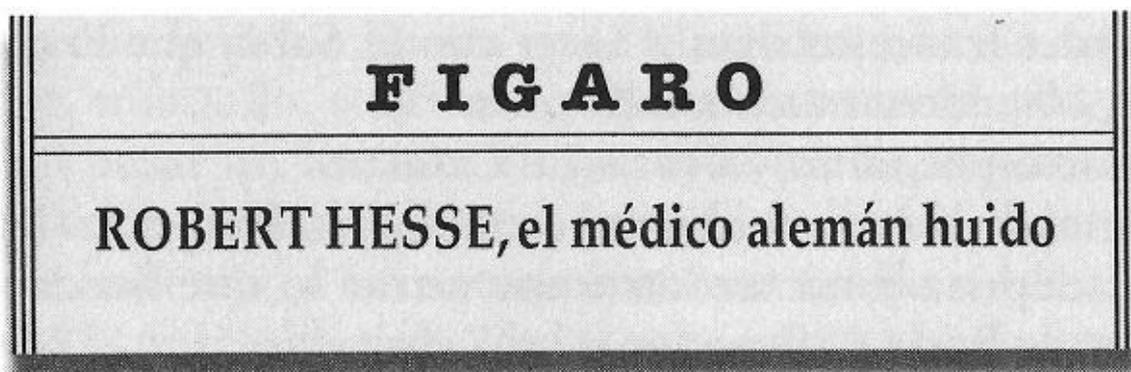
Hacía algún tiempo que Marie había decidido ignorar las tragedias de que era víctima Jean, que se esfumaban en cuanto encontraba un nuevo amante. Trató de consolarlo. En vano.

Hubo un silencio demasiado largo, solo interrumpido cuando Jean le dijo que leyera los periódicos y que hablarían más tarde. Articulaba susurros, entrecortadamente, como si estuviera bajo los efectos de algo.

—No puedo más —añadió—, estoy cansado, necesito tranquilizarme, he visto cómo apuñalaban a Boris Radek, no me lo puedo quitar de la cabeza, no puedo pensar...

Marie se vistió de inmediato y bajó a buscar los periódicos. Vio la noticia. La leyó, se llevó las manos a los labios impresionada por lo que les había ocurrido a Jean y a Boris. Ella siempre había pensado que Boris había heredado de forma natural la destreza, la elegancia y la inteligencia de los mejores bailarines rusos, y según esa información el chico podría tener lesiones graves, de las que todavía no se conocía su alcance.

Luego, al abrir *Le Figaro*, se encontró con el titular:



Leyó la columna unas cuantas veces:

■ Robert Hesse, ese el nombre del médico alemán que ayer atendió al hijo del empresario ruso tras ser apuñalado por un grupo fascista en las inmediaciones de la Ciudad Universitaria. Según nuestras informaciones, contrastadas con los servicios médicos del Hospital de la Pitié-Salpêtrière, la actuación del doctor Hesse hizo que el joven salvara la vida. Hesse es uno de tantos alemanes huidos de su patria por la amenaza del nazismo

y que llegan a Francia buscando lo que su país les niega. El doctor, que se hallaba escondido y vivía clandestinamente, por supuesto con documentación falsa, aunque con su propio nombre, fue requerido por algunos vecinos ante la gravedad de las heridas del joven. Se ha sabido que Hesse ejercía la medicina entre la población alemana más pobre. Ahora está desaparecido y la policía trata de dar con él.

Marie tardó en reaccionar. Se reprochó que nunca hubiera oído la voz interior que le decía que él volvería con ella. Comprendió hasta qué punto lo había esperado, hasta qué punto se había rodeado de cosas para que ese sentimiento no la devorara. Pero enseguida comprendió también que Robert se encontraba en peligro: que estaba en París, perseguido por la policía, y la buscaba.

Salió a la calle y se dirigió al Teatro. Lo estuvo esperando allí durante gran parte de la mañana. Iba y venía de un lado a otro de su despacho.

Estaba de pie cuando sonó el teléfono. Era Sergei Malko y quería verla. Ella imaginó que, puesto que la de la noche anterior había sido la última representación de *Giselle*, deseaba discutir con ella la propuesta que le había hecho durante la cena en Le Catalan.

Se dirigió al despacho de Malko recorriendo el ruido de la tarima encerada de aquel pasillo. Llamó a la puerta. Desde el fondo oyó la voz del coreógrafo.

—Pasa.

Ella, sonriente, entró y se dejó besar en la mejilla por Malko.

Se sentaron uno frente al otro. Malko tenía un porte adusto que solo mitigaba ese trato suyo cortés y seductor.

—Querida señorita —le dijo—, esta noche partimos hacia Londres. Espero que pueda estar en la estación a las diez —parecía estar dándole una orden, sin esperar

respuesta, sin concesiones.

Marie estaba sorprendida, pero no lo contradijo en absoluto. Se mantuvo en silencio y esperó a que él le diera más información. Pero no lo hizo.

—Creo que es una buena idea —concluyó Malko—, después del trabajo de este tiempo... Nos vendrá bien a ambos. Muchos amigos de Londres nos esperan, debemos hablar con ellos de *Giselle* y cerrar las fechas en que se representará allí.

Después de decir esto, Malko se levantó y fue hacia su mesa. Era teatral en sus gestos, le gustaba demostrar que, en definitiva, quien dirigía el *ballet* del Teatro de la Ópera era él.

Marie, por su parte, se quedó sentada, con las piernas juntas y las manos apoyadas en ellas; después giró su cabeza y le dijo que prefería posponer el viaje unos días.

Malko ignoró el comentario, le repitió la hora de salida del tren y cogió el teléfono para hacer una llamada. Marie insistió en que tenía citas acordadas hacía tiempo. Le recordó que se había comprometido en conceder una entrevista al diario *L'Œuvre*, y también que había fijado un almuerzo con Magdeleine Paz.

En cuanto Marie se hubo marchado, Malko telefoneó a Liebermann y le contó lo ocurrido. Ambos sabían ya que la bailarina estaba esperando a Robert. Decidieron que era mejor que se produjera ese encuentro y que huyera con él, que, de ese modo, ellos podrían destruirla. Destruir su imagen pública, todo lo que significaba para el pueblo francés.

Marie volvió a su despacho y trató de pensar, se preguntaba si había alguna razón para que Malko sospechara. No era posible. Se quedó quieta junto a la ventana, densos grises se arremolinaban en el aire de la calle, salpicados y listados por una luz invernal que se filtraba poco a poco.

Hacía esfuerzos por calmarse. Comprendía que iba a ser descubierta y, sin embargo, no podía huir. Debía permanecer allí, en ese lugar, hasta que fuera el momento. Sabía que no podía comunicarse con nadie ni utilizar ninguna de sus redes de contacto. Estaba sola. Y, no obstante, el hecho de que Robert la estuviera buscando la hacía inmensamente feliz.

Se quedó trabajando el resto de la mañana y toda la tarde. Solo a última hora, antes de marcharse a casa, telefoneó a Jean. Al día siguiente, atendió al periodista de *L'Œuvre* y después salió a almorzar con Magdeleine Paz. Hablaron de política, como era habitual en esos tiempos. Pasó el resto de la jornada en el Garnier reunida con un joven coreógrafo.

Antes de marcharse llegó un hombre con un ramo de flores. Se identificó como el conductor del padre de Boris Radek. Era un ramo de rosas amarillas y rojas, con un grueso lazo también rojo, aunque de un tono más desvaído, acompañado de un sobre sepia cerrado con lacre.

Marie despidió al hombre y minutos después salió del Teatro.

La noche olía a los muelles del Sena, las luces de las farolas estaban encapsuladas por la humedad. Cogió el primer tranvía que pasó.

Se sentó y puso el ramo de flores en el asiento de al lado. Sacó la carta del bolsillo y se quedó unos instantes contemplando a una anciana que estaba de pie un poco más allá. Era una vendedora ambulante, llevaba una cesta llena de cosas, un pañuelo en la cabeza y los ojos demasiado irritados por la excesiva exposición al viento y al frío.

Dos o tres paradas después la mujer se bajó y se puso a caminar por la acera apoyándose en un bastón en el que Marie no había reparado.

Decidió que era el momento de abrir la carta. En la parte delantera del sobre, escrito a mano con un tipo de letra un poco anticuado, leyó:

*Para Marie Delmont
Ballet del Teatro de la Ópera
París*

Detrás aparecía el remite:

*Andrei Radek
Boulevard de Montparnasse, 3-5
París*

Le llamó la atención el olor del sobre, un aroma a Chanel. Miró el logo que aparecía grabado en el lacre. Era el de un buque majestuoso en el que se alzaba una enorme chimenea que humeaba. Debajo estaba escrito:

Navieras Radek

Lo que pasó después no se lo imaginaron ninguno de los pasajeros que estaban junto a ella en aquel tranvía de aquella desapacible noche parisina. La carta que había dentro no era de Andrei Radek sino de Robert, quien la citaba para que dentro de un par de horas tomaran juntos un tren a Marsella y desaparecieran. Añadía un verso de Rimbaud: «Amor, cuídate de las sombras, pueden verte». Ella apretó la carta contra su pecho. Se bajó del tranvía y echó a correr por la acera. Iba llorando. Atravesó calles, trozos de niebla, estados sucesivos de felicidad. Las luces del alumbrado

público brillaban en su cara, las fachadas húmedas. El viento le movía el cabello. Iba al encuentro de lo que había perdido, de lo que se le había negado. La vida estaba ahí.

Andrei Radek presenció el encuentro entre Robert y Marie. Era bello pensar que, cuando el mundo se encaminaba al desastre, dos seres, de dos países enemigos, se reunían para empezar de nuevo una historia de amor. Se abrazaron. Se besaron. Se susurraron al oído. A su alrededor la gente pasaba cargada de maletas, y el sonido y el humo de la locomotora parecían situarlos en una escena cinematográfica.

Estaban al comienzo del andén.

Él había llegado primero y había ocupado su asiento en el interior del coche. No llevaba equipaje, solo un traje que acababa de comprar y el libro de poemas de Arthur Rimbaud de donde había escogido la cita. Después salió y la esperó.

Ella lo vio a lo lejos, mientras se acercaba al tren. Su rostro era el mismo que recordaba de Italia, pero era cierto que alguno de sus rasgos se había endurecido. Entonces se detuvo un instante, hechizada por los intensos ojos verdes que la miraban, de un profundo color esmeralda.

Al abrazarlo olió la piel de su cuello, el aroma invernal de su pelo mezclado con los olores de la estación.

Marie apenas recordaría lo que pasó después. Seguramente saludó a Radek, tal vez se interesó por el estado de su hijo, quizá le dijera que llegaría lejos en el mundo de la danza. Estaba demasiado nerviosa para retener esos detalles.

Solo se acordaba de estar ya sentada en el tren y atravesar la noche inmensa a través de los campos devorados por las sombras. Recordaba, eso sí, que estuvo continuamente abrazada a él, que tenía miedo, que tenía el presentimiento de que alguien los detendría en cualquier estación antes de llegar a Marsella.

En Marsella, tomaron un taxi y se dirigieron a las oficinas que la naviera tenía en el centro, justo al lado de la agencia de viajes inglesa Cook. Allí los esperaba un empleado de confianza de Radek que los recibió con tazas de café y *croissants*. Después los llevó al barco. Deseaban alejarse de Francia y poner el mar por medio hasta que todo se aclarara.

El capitán los instaló en un camarote donde, por primera vez, pudieron estar solos. Pero Marie seguía tan asustada que no dejaba de llorar.

En las fotos que el capitán les hizo días después, ella ya aparece con su misma belleza de siempre, un pañuelo le cubre la cabeza, viste un abrigo de color oscuro, abierto, la falda podría ser *beige*, muy estrecha, lleva medias y tacones, tapa sus ojos con unas gafas oscuras y en sus labios brilla el color del carmín.

Él le pasa la mano por el hombro y sonrío, viste una camisa blanca, zapatos negros, el pelo brillante por el sol. Esa es la única fotografía en la que se les ve juntos. En el resto, Marie está sola. En cubierta, mirando el mar. En el puente de mando, bebiendo *whisky* y sonriendo. O fumando, mientras se cubre la cabeza con un sombrero marinero y mira a la cámara con cierto aire displicente.

Esas fotos irían rodando por los años, conocerían la guerra, conocerían la paz, conocerían nuevas intrigas políticas y la unificación de un país. Pero cuando fueron hechas solo eran el testimonio de algo vago, demasiado impreciso, llamado libertad.

Marie siempre relacionaría esa libertad con aquellas jornadas de travesía mediterránea. El azul frío del cielo, el desierto de las aguas, la lejanía de todo.

El nombre del barco, *Île de France*, lo llevaría con ella toda su vida, y a veces, en los tiempos duros que vivió más tarde, lo pronunciaba en el silencio de la noche, con nostalgia.

Marie siempre deseó tener una foto de aquel barco para su colección personal, pero las únicas imágenes conservadas permanecían olvidadas en una carpeta del archivo que Andrei Radek dejó en su oficina de Tánger cuando clausuró la línea hacia ese puerto en 1958. Las rescató un profesor judío llamado Simon Assulin, interesado en la historia local, el mismo que después publicaría el libro *Tanger Revisited*, de gran éxito entre los viajeros y turistas norteamericanos.

Simon Assulin escribió:

El Île de France era el mayor carguero que atracaba en el puerto tangerino y muchos habitantes de la ciudad, siempre ociosos, se pasaban las horas contemplándolo en el muelle, o mientras hacía maniobras de entrada o de salida. Era majestuoso y no solo se dedicaba al transporte de mercancías entre Casablanca, Tánger y Marsella, sino entre Melilla y los puertos españoles, sobre todo para dar salida al hierro de las minas del Rif.

Pero lo que nunca llegaría a saber el hábil y culto Simon Assulin es que la mejor bailarina de Francia de aquel momento había huido en ese barco con su amante. Y que su huida daría lugar a la creación de una leyenda en torno a ella.

Andrei Radek, en las comunicaciones que mantuvo por radio con el capitán, nunca le dijo que los periódicos franceses llenaban páginas y páginas con el asunto de la huida. La aventura de Marie se hizo célebre, sobre todo cuando, unos días después de su desaparición, el público tuvo noticia de que la bailarina había escrito una carta en el tren camino de Marsella. En esa carta, después de agradecer a los franceses su apoyo, decía:

Ahora que he recuperado a alguien importante en mi vida, no quiero volver a perderlo, la felicidad es demasiado frágil, debo cuidarla para que no me abandone. Todos tenemos el deber de proteger nuestra felicidad. Vivimos tiempos confusos y hay gente que quiere llevarnos al desastre.

Esas palabras, reproducidas por toda la prensa francesa, causaron una honda conmoción, y muchos se apresuraron en hacer de esa bailarina que había dejado todo

por amor un modelo en el que Francia necesitaba mirarse ante la proximidad de la guerra.

Desencantada de sus políticos, a los que consideraba débiles, acomplejados y poco eficaces, la sociedad francesa atribuía al gesto de Marie el halo de valentía, lucha y dignidad del que todo el país escaseaba. Y en medio de aquellos gobernantes grises, enfangados en su inoperancia, ridículos ante sus enemigos, la decisión de Marie se erigía con el brillo de una apuesta sincera por la vida, por el futuro.

Los reportajes sobre ella proliferaron. Recogían tanto su carrera artística como algunos datos de su vida. Se dieron varias identidades del hombre con quien había huido. Y destacadamente asomaban con insistencia indagaciones diversas por saber cómo se había llevado a cabo la fuga, si existía alguna pista sobre ellos, y cuál podía ser su paradero. Las especulaciones parecían no tener fin, con esa idea periodística de que lo que vende debe ser tratado hasta que deje de ser negocio.

Ante la magnitud del fenómeno, algunos medios, fundamentalmente del ámbito de la extrema derecha, plantearon una pregunta peligrosa: ¿había contado con alguna ayuda para llevar a buen término su plan?, ¿de quién?

Fue *Je suis Partout* el que desveló públicamente la identidad de la persona con la que se había fugado Marie: un médico alemán, perteneciente a la élite científica, con el que ya había pasado el último verano en Italia. No se nombraba, sin embargo, que había sido el médico que había auxiliado a Boris Radek y que le había salvado la vida.

Los franceses se quedaron estupefactos: la noticia convertía a Marie no en una heroína sino en una traidora. Sin embargo, tanto *Je suis Partout* como *L'Action Française*, desde sus posiciones pronazis, intentaron manipular esa impresión: a través de sus actos, Marie no estaba criminalizando el régimen de Hitler sino demostrando que era posible establecer con él una relación de normalidad.

La pirueta había sido diseñada por Sergei Malko y Liebermann, y esperaban dos cosas de ella: una, desacreditar a Marie; dos, que la resistencia alemana en el exterior, fundamentalmente la comunista apoyada por los soviéticos, cometiera el fallo de responder a esas informaciones.

Estuvieron a punto de conseguirlo, porque la redacción de *Vendredi*, órgano periodístico de izquierdas, estaba dispuesta a demostrar que Robert Hesse se había convertido en un proscrito para el régimen nazi y era perseguido por ello. Solo la intervención directa de Willi Münzenberg logró impedirlo. Münzenberg pensaba que podía poner en peligro toda la red que operaba en Francia y que, finalmente, Robert Hesse, al huir, también se había convertido en un proscrito para ellos, en un traidor, en alguien peligroso si era localizado y detenido.

Ajenos a todo, Robert y Marie llegaron a Tánger la madrugada del 21 de diciembre de 1938. Un camión de mercancías los trasladó, a lo largo de una carretera infernal, hasta la ciudad de Nador, y desde allí tomaron un corto camino hasta

alcanzar una aldea llamada San Juan de las Minas.

La región era inhóspita. Pertenecía a España, pero la guerra española, sin dejar de estar presente, se veía como algo lejano. Se instalaron en un pabellón perteneciente a la Compañía Española de Minas del Rif.

Su intención era mantenerse lo más lejos posible de cualquier lugar donde pudieran ser identificados, dejar transcurrir el tiempo, pasar desapercibidos. Sabían que en Tánger o en Casablanca serían descubiertos, y prefirieron adentrarse en un Marruecos alejado de los flujos de viajeros franceses. En esta decisión tuvo importancia, además, el hecho de que el padre de Robert había estado en la zona, en calidad de ingeniero químico, cuando Robert era niño. Recordaba las fotografías y las postales que mandaba su padre y que terminaron formando parte del álbum familiar.

Durante los primeros días, recorrió aquellos lugares, buscando vestigios de sus recuerdos infantiles, pero todo le pareció extraño. También Marie se quedó impresionada ante la visión del paisaje lunar de las minas de Uixan, de donde se extraía el hierro.

No les importó. Estaban juntos y eso les bastaba. Tal vez porque, después de muchos esfuerzos, habían alcanzado un sitio donde el mundo quedaba tan lejos que era un espejismo, un recuerdo, un sueño que no querían volver a soñar.

Los tiempos que vinieron después fueron tiempos convulsos. Se declaró la guerra, el ejército de Hitler se hizo dueño de media Europa, Francia y Rusia fueron ocupadas y divididas.

Las investigaciones científicas que, durante años, se habían llevado a cabo en los laboratorios nazis fueron puestas a prueba con miles de hombres.

El poder alemán era absoluto.

Robert y Marie habían alquilado una casa en Nador con vistas a la playa. Era una casa espaciosa, blanca, de estilo andaluz, encima de la tienda de un comerciante llamado Youssef Ben. Era una vivienda demasiado grande y vacía para ellos. Nunca pensaron, sin embargo, que se quedarían los dos solos el resto de su vida. Se convencieron de que, cuando la guerra pasara, el mundo renacería de nuevo y ellos tendrían también una nueva oportunidad.

Mientras tanto, Robert se afanó en su labor diaria como médico. Fue respetado y querido. En una región donde escaseaban los servicios sanitarios, sobre todo para la gente más pobre, él se empeñó en dar una buena asistencia a los que no tenían nada.

Lo hizo sin descanso.

Nunca le confesó a Marie lo culpable que se sentía por haber creído en unas ideas que solo habían traído a los hombres la barbarie y la muerte. Y tampoco le dijo nunca que allí, en el Rif, había encontrado la forma de expiar esa culpa.

Cada vez que recibía noticias de su país, y constataba que se había convertido en una grandiosa industria para cambiar la historia y destruir al ser humano, sentía llegar hasta él una oleada de deshonra e indignidad. Había algo metódicamente programado en todo lo que estaba haciendo Alemania. Él sabía que no era una guerra sin más, sino la realización de un proyecto, y que ese proyecto se había desarrollado, antes que en ningún otro lugar, en la mente de sus compatriotas.

Recordaba Berlín, las mutaciones que se habían producido en todos los órdenes. Recordaba aspectos cotidianos como el trato seco e implacable que se dedicaban sus compañeros de trabajo, o la violencia que se había instalado en las conversaciones entre amigos a la hora de hablar de política.

El régimen lo abarcaba todo. Y los excluidos de esa mutación apenas tenían

tiempo de llorar su caída cuando ya un torrente brutal los devoraba, los aniquilaba y los convertía en el símbolo de los enemigos de Alemania.

Se encontraba, sin que nadie lo advirtiera, en un estado de permanente reproche. Se preguntaba hasta qué punto había contribuido a conferir a la ciencia su carácter criminal e intentaba anular su posible responsabilidad lanzándose a las calles de Nador, auxiliando a los mineros o tratando a los enfermos de la guerra del Rif, afectados por los gases tóxicos que España había utilizado contra la población hacía una década.

Podía haber estado más tranquilo, disfrutar de la belleza que se desplegaba ante él con aquella soberbia sucesión de contrastes, haber gozado del misterio que, indudablemente, poseía el norte de África. Podía haber sacado partido de su posición, del cariño con que la gente le trataba y la admiración de que gozaban tanto él como Marie, símbolos los dos de la elegante juventud y la sofisticación parisina o berlinesa. Pero no pudo.

Vivió los acontecimientos históricos con tristeza, como si el mal ya estuviera hecho y fuera inamovible para siempre. Ya nadie podía devolver la vida a los millones de víctimas que estaban tiradas por las calles de Europa, por las carreteras bombardeadas, apiladas unas encima de otras en los campos de concentración. Lo había oído todo, lo sabía todo, y se dejaba envolver en la vorágine de su trabajo a fin de olvidar cualquier cosa que él pudiera haber hecho para que el mundo fuera así.

Cuando supo que los ingleses y los americanos habían logrado con éxito administrar la penicilina a seres humanos sintió que Telémaco iba al encuentro de Ulises. Se alegró. Deseó que aquello fuera el final de Alemania. Pensó en todos los científicos que Alemania había asesinado, deportado, en todos los científicos que habían huido. Ahora, con ese descubrimiento, Ernest Chain se vengaba de aquella deshonra.

Estaba solo frente a la historia y frente a sí mismo, manchado por la historia de Alemania y por sus propios actos.

En Europa ya no tenía sitio, pero en el Rif sí. Veía cada día cuerpos que no habían dejado de supurar en una década, rostros quemados, ojos ciegos, graves problemas respiratorios, órganos a los que se les había infligido un daño irreversible. Sabía que ayudándolos podía encontrar el camino de la liberación y la absolución.

El gas mostaza, el *sim*, como ellos lo llamaban, había sido lanzado no solo contra emplazamientos militares sino también contra la población civil, en casas, zocos o plazas. Todavía se recordaban los cuerpos brutalmente ennegrecidos de los muertos, la gente a la que se le había caído súbitamente el cabello, aquellos que habían quedado en un estado de terror permanente o los que nunca recuperaron la facultad de hablar. Ese era su camino, si quería volver a mirarse como un hombre sin culpa.

Mientras tanto Marie se sentía cada vez más sola. Se refugió en la danza. Bailar

para sí misma, sin más público, le pareció una forma de sublimación. Luego, cada día, esperaba a Robert.

—¿Me quieres? —le preguntaba.

—Sí, claro —contestaba él.

—Pon tu mano en mi pecho, siente mi sangre.

Cuando él se acercaba y la besaba, todo desaparecía de su mente, no quedaba más que la sangre latiendo.

—Dímelo otra vez... —repetía.

Robert era de bronce, tostado por el sol, ojos de un verde transparente como una colonia de algas.

La cara de ella se desviaba en dirección al mar, oía caer su vestido, la boca de él acercándose a sus pechos, la mano deslizándose en el ángulo de su entrepierna.

Él era fuerte, le gustaba jugar con la piel, ir hasta las zonas más íntimas.

Ella se exhibía como las mujeres que aparecían en el cinematógrafo.

No conocía ninguna zona donde anidara el pudor.

—Me gusta dejarme hacer —decía.

Él se demoraba en la lisura de la carne, se llenaba los labios de humedad, después iba hasta el fondo, los movimientos, el jadeo, escuchaba te quiero.

El día del desembarco de Normandía y de la posterior liberación de Francia, también ella se sintió liberada. Durante un paseo que dieron por la Mar Chica, le dijo a Robert que tal vez era el momento de regresar. Él se negó.

Fue entonces cuando Marie supo que él nunca regresaría a Europa, y le preguntó por qué.

Robert guardó silencio.

Pasados los años, ella recordaría aquella tarde, el agua azul de la laguna, las aves en el horizonte, como motas de polvo.

Recordaría la forma en que aquella pregunta se quedó flotando en el aire, sin ir a ningún sitio, sin que ella percibiera que Robert quería dejar atrás la sombra que su cuerpo había estado proyectando sobre un tiempo ignominioso.

El 15 de noviembre de 1944, Robert recibió la noticia de que sus padres habían muerto en un bombardeo.

Ese mismo día depositó un ramo de flores en el aeródromo de Nador y les dirigió unas palabras desde la distancia. Después empezó a llorar. Lloraba porque, en realidad, no podía reprocharle nada a su padre sin reprochárselo a sí mismo, porque la historia había hecho de ellos dos notas a pie de página que las gentes leerían con horror.

Iba solo, el sol caía con fuerza, una nube de polvo se había instalado a lo lejos. Andaba despacio por un camino de arena, se sentía una diminuta forma humana en medio de aquel paisaje de una belleza arrebatadora.

El aire olía a la sal del mar, a algas. No podía imaginar cómo sería el olor de la iperita, el olor del gas cuando las bombas explotaban por toda aquella extensión de desiertos, matorrales, bosques, huertos, cuevas, aldeas, cayendo sobre animales y hombres. Cuando respirar te abrasaba por dentro, cuando todo aquello te quemaba los ojos, se quedaba adherido a la piel y la ropa. Cuando no se podía beber agua porque estaba contaminada, no se podían hacer las abluciones diarias porque se caía la piel, no se podían recoger las cosechas, ni las frutas ni las verduras. Cuando los animales morían, los animales domésticos y los pájaros, la caza, las aves migratorias.

Se levantó un poco de viento, intensificando aún más el olor del salitre. El Atalayón era una línea difusa, lejana, confundida con todo lo que lo rodeaba.

No podía dejar de pensar en aquel horror. Los campos tardaban años en poder sembrarse de nuevo. Si crecía algo, era deforme. Los pueblos quedaron llenos de lisiados y de enfermos. Los campesinos, los pastores, las gentes más pobres nunca fueron atendidas por un médico ni ingresadas en un hospital; se quedaron allí, abandonados a su suerte, mientras veían el infierno en que se había convertido su vida.

Paró un camión de mercancías y el conductor le ofreció llevarlo, pero él lo rechazó con un gesto y volvió a quedarse solo.

Oía la arena de la playa desplazarse. El temblor de los matojos. Las esquilas de un rebaño de cabras que cabeceaba entre las dunas.

El nombre de su padre había quedado manchado para siempre, unido a una cadena que empezaba en él, en su limpio y ordenado laboratorio de Hamburgo, y seguía por el dueño de la empresa para la que trabajaba, el químico Hugo Stoltzenberg, cuya fábrica abastecía al ejército español. Muchos eslabones componían aquella cadena: el rey de España y su gobierno, los empresarios, el ejército, los aviadores que habían arrojado la muerte desde el cielo. Nombres todos que ya tenían su sitio reservado en la historia y sobre los que pesaba la culpa de los muertos.

Siguió caminando, bordeando la ciudad. Se preguntaba hasta qué punto era justo juzgar así a su padre. Y respecto a él, hasta qué punto podía prever que su labor en determinadas investigaciones dentro del Tercer Reich sería empleada después para masacrar a seres humanos.

La historia simplificaba las cosas, y tenía la impresión de que uno no elegía el lugar donde iba a ser colocado por ella. Cuántos alemanes estarían preguntándose lo mismo, cuántos habían sido partícipes del horror sin ser conscientes de ello.

Se sintió sin respiración, el aire pesaba y era denso. Había enterrado a sus padres y lo había hecho en la distancia, con un simple ramo de flores colocado en un aeródromo desde donde habían salido algunos aviones con una misión específica. Otros aviones, desde otro aeropuerto, veinte años después, habían vaciado sus bombas y los habían matado a ellos. Él era su único hijo. El hijo que no había podido organizar su entierro, que no había podido acompañarles siquiera esa última vez. El que tampoco se acercaría nunca a su tumba. Para él, todo aquello quedaría sepultado para siempre bajo los escombros, sería pasto de la rapiña o de las leyes.

No reclamaría nunca sus bienes, ni su dinero, nada.

No podía encontrar la paz. Mientras en la Alemania dividida muchos de los criminales se emboscaban en una nueva imagen de respeto y honorabilidad, mientras la población simulaba no haber sido testigo de los hechos, no haber escuchado nada, y las nuevas autoridades dejaban que sobrevivieran militares, funcionarios, jueces, banqueros, policías, delatores, ignorando su implicación en el nazismo, Robert continuaba censurándose que toda su ambición científica hubiera quedado destruida para siempre y pensaba que su descrédito en el mundo de la ciencia era irreversible.

No le importaba demasiado. Había comprendido que la ciencia siempre estaba supeditada a intereses políticos, industriales o financieros. No a la ética o la búsqueda de la dignidad. Por eso eligió desaparecer para el resto del mundo ejerciendo como médico en aquella región pobre y olvidada, casi invisible.

Tomó como ayudante a un chico llamado Abdelmounaim Hourre. Era callado y tímido, y resaltaban, en una cara no exenta de belleza, sus dos ojos negros.

Abdel era huérfano, había perdido a sus padres en uno de los bombardeos con gas en el que también él se había visto afectado. Desde entonces vivía con su hermana y su tía, que eran quienes lo habían sacado adelante.

Nunca había podido ser un chico como los demás, no había podido hacer deporte, ni jugar, ni bañarse en la playa, ni meterse mar adentro y dejarse arrastrar por las olas.

Robert decía que nadie podía imaginar todo el sufrimiento que guardaba en su interior. Quizá esto lo había convertido en un muchacho religioso.

A Abdel nunca le habían permitido hacer el Ramadán. Su hermana aseguraba que se trataba de una práctica para personas adultas, que él era demasiado débil y enfermizo, y no quería correr ningún riesgo. Pero Abdel insistió en hacerlo ese año, fue rotundo y testarudo. Y ante la insistencia, su hermana no tuvo más remedio que transigir.

Lo hizo los dos primeros días. Ayunó todo el tiempo en que aún era visible la luz del sol. Era un chico responsable, tenía una enorme fuerza dentro, una fuerza religiosa, sabía lo que quería hacer y adónde quería ir con ella.

Antes de la puesta de sol, se arrodillaba y rezaba, junto a su maestro, sobre la tierra caliente. Le gustaba oír el susurro de aquellos labios viejos, ver sus ojos cerrados, en extrema concentración, contemplar la forma en que se movía la piel vieja y seca de aquella cara.

Le gustaba sumarse, después, por la noche, a la fiesta de voces y de color en que se convertía la ciudad, sumergirse en el aroma de las cocinas, los perfumes que salían de las tiendas abiertas hasta tarde, aquella alegría desbordada e incontenible de las pandillas de los muchachos de su edad.

Pero luego, solo, en su casa, al tiempo de acostarse, se sentía desfallecer.

Miraba, desde la cama, el cuadrado de noche detrás de los cristales, los puntos lejanos de las estrellas en sus territorios, donde nunca se advertía ninguna mutación.

Observaba su cuerpo y veía una extensión de piel que se estaba quemando, donde hacía frío y calor al mismo tiempo, donde todo temblaba por efecto de la fiebre; imaginaba que así le ocurría a la gente que estaba a punto de morir.

Trataba de no pensar más, quería conquistar una parcela de sueño y que todo pasara. Pero la fiebre le asediaba como a un montón de ruinas en medio de las sábanas, como si dentro de él, en su pecho, hubiera algo que quería hacerse visible, un dolor brutal como nunca antes había sentido.

Se quedaba sin respiración, a la deriva. Quería pedir auxilio pero no se atrevía a hacerlo. Veía por fin clarear el nuevo día. Caía rendido en un estado de duermevela en el que le asaltaban laberintos, imágenes rotas, largos pasillos en los que faltaba el aire.

Pasaron las primeras jornadas del Ramadán.

El dolor se alojó tenazmente en él durante la oración de la tarde del tercer día.

En la mañana del cuarto día, mientras acompañaba a Robert por el centro de Nador, empezó a respirar con dificultad y a sentirse muy cansado. Se sentó en el suelo y se llevó las manos al pecho.

Robert se alarmó.

Dos hombres lo ayudaron a trasladarlo a su consulta en medio del ajetreo urbano de aquella hora. Él se vio en una camilla de color blanco iluminada por una luz que caía del techo. Él se vio diciendo «vale, vale», y sonriendo, la camisa le quemaba por efecto del sudor, la boca le sabía a algo poco agradable, la lengua le pesaba y apenas tenía fuerzas para sostener sus propios brazos.

Cuando llegó su hermana, Robert lo estaba explorando. Se sentía totalmente inútil, sin poder resolver nada, sin llegar a un diagnóstico preciso. Le dijo que tenía un pulmón inflamado y que debía seguir observándolo durante las próximas horas.

No le pudo decir más. Su hermana se cubrió el rostro con las manos y temió lo peor.

En los días siguientes, el estado de Abdel se fue agravando poco a poco. Las crisis eran cada vez más frecuentes.

Decidieron trasladarlo a un hospital. En el hospital, estuvieron horas y horas con él.

Intentaron salvarlo, porque se moría.

Era solo un cuerpo cada vez más pequeño en un quirófano demasiado pobre y antiguo. Le faltaba el aire. Era un pecho que borboteaba.

Tenía la boca abierta y los labios secos y le tuvieron que atar los brazos y las piernas porque no podían sujetarlo, a pesar de estar tan débil.

Al final, como último recurso, le introdujeron una jeringuilla y le sacaron del pulmón medio litro de un líquido amarillo. El líquido estaba infectado y no olía bien.

A los pocos días, su estado era ya muy preocupante. Le introdujeron un pequeño tubo para realizar un drenaje y le hicieron análisis con los pocos medios que ofrecía un hospital del norte de África.

Había una alta posibilidad de que se tratara de cáncer. Y aconsejaron a Robert y a su hermana que iniciaran los trámites para su traslado a Rabat.

La situación en la región era muy complicada. Tras la derrota alemana, la posición de España y Francia era cada vez más inestable en la zona. Marruecos empezaba a existir como nación. Pero las relaciones con Marruecos eran de confrontación constante.

Gracias a algunos amigos con influencias, Robert logró que Abdel fuera trasladado hasta el hospital de Melilla, y desde allí, en un avión, hasta Málaga, donde permaneció diez días en cuidados intensivos, medio inconsciente. Su hermana estaba a su lado.

Ella lo veía detrás de los cristales, parecía un bulto irreconocible, el bulto de un chico que daba pena ver. Tenía un tubo que le entraba por la tráquea y una bomba de aire que le mandaba oxígeno a los pulmones. El pecho le subía y le bajaba a un ritmo regular. A veces abría los ojos y miraba a su alrededor. No hacía ningún gesto, no escuchaba nada, solo sentía que ella, algunas veces, le agarraba de la mano, una mano que él apretaba con fuerza.

Por la noche, después de que su hermana se despidiera, se sentía solo, tal vez pensaba que podía morir. Entonces se arrancaba las gomas y los cables. Intentaba gritar. Las enfermeras y las monjas acudían a atarlo, le decían «Abdel, Abdel». Él llamaba a su hermana, pero apenas le entendían; era fuerte aún, con esa fuerza natural que tienen los chicos que se han criado al aire libre, cerca del campo. Solo se calmaba cuando lograban ponerle la máscara de oxígeno y le inyectaban un calmante.

Las crisis se repetían cada noche: el miedo, la soledad, la cercanía de la muerte.

Robert iba a visitarlo unas cuantas veces por semana. También se quedaba a su lado y le acariciaba la frente.

Veía aquella mirada perdida que no significaba nada, los dientes de un blanco que se había tornado gris, la lengua y los labios pronunciando cosas, cosas que significaban que la vida seguía allí latiendo, fuerte, tenaz, como algo que no quiere despedirse y que lucha.

Esa lucha lo salvó. Se salvó él mismo. Tal vez el hecho de que, cuando se fue recuperando, solo sabía sonreír.

Trasladaron a Abdel a la cuarta planta un lunes a mediodía. Era la planta especializada en enfermos de cáncer. Los chicos del Rif casi la ocupaban por entero.

Estuvo tres meses ingresado. En esos tres meses tuvo que aprender a ponerse de pie, tuvo que aprender a andar. Tuvo que convivir con ese ser que aparecía en el espejo con las facciones inflamadas y al que se le había caído parte del cabello. Fue duro para él ver cómo algunos de sus compañeros de planta morían. Lo pasó mal tantas veces que se acostumbró.

Llegó a estar a gusto allí, sobre todo porque se sentía a salvo. Llegó a no preocuparse de nada. El presente tenía una extensión demasiado grande y no quería pensar en nada más.

Cuando salió del hospital todo fue muy raro. Le dolían los ojos porque llevaba mucho tiempo sin ver la luz del sol, le creaba una tremenda estupefacción el hecho de estar allí fuera, en medio de la gente, del ruido urbano. Sabía que, ante él, estaba la vida, pero no sabía con certeza qué era eso y cómo tenía que vivirla.

Robert, por su parte, se sintió feliz. Había puesto todo en salvar a Abdel y el chico se había salvado. Había movido influencias y había pedido favores. Había invertido una enorme cantidad de dinero para convencer a gente. La salud de Abdel, sin embargo, le llenó de paz. Ahora podía pasar una página terrible de su vida, volver a vivir.

Después del regreso de Abdel, Robert y Marie disfrutaron por un tiempo de su amor.

Se encontraban a media tarde y caminaban, lentamente, a la orilla del mar. Mirados desde lejos, eran dos siluetas lejanas a las que envolvía una nube de salitre. Iban hablando de sus cosas. Gesticulaban un poco. A ella se la veía reír y buscar, con su pie, el agua que rompía en la playa. Después se sentaban y veían el espectáculo del sol sumergiéndose en el horizonte, hasta que era una raya y por último una mancha de color.

Alguna vez, de noche, cenaban e iban al club del Puerto deportivo.

A veces fumaban quif en las teterías. O se deslizaban a la noche del casino o de salones de no muy acreditada reputación. Les gustaban, cómo no, los espectáculos musicales, sobre todo si eran de música española y marroquí. Entre el humo del tabaco y el cannabis, en un ambiente compuesto de altos funcionarios, empresarios y contrabandistas, bebían y se divertían con aquella música. No podían diferenciar los distintos estilos de la música bereber, los tonos de voz, los lamentos, las quejas, pero les gustaba, les resultaba exótica, hipnótica, perturbadora.

Sin embargo, gran parte de la velada se bailaba música americana: *swing*, *hot*, *big apple* o *lambeth walk*. Era un ambiente no solo distendido sino demasiado mundano. Los cócteles hacían furor porque se consideraban las bebidas adecuadas para aquel entorno de vicios.

Robert y Marie lo pasaban bien. Tal vez era la pareja que despertaba una mayor atención, sobre todo ella. Se les veía disfrutar el uno del otro, eran atrevidos, desenvueltos.

Fue precisamente una noche de aquellas cuando Marie se enteró, por boca de un compatriota suyo llamado Michel Fabre, importador textil en el norte de África, de que Sergei Malko había sido destituido de la dirección del Teatro de la Ópera por su colaboración con el nazismo. Al parecer, Malko había seguido el consejo de marcharse a la ciudad suiza de Lausanne a la espera de que pasara el tiempo y pudiera ser restituido.

Marie se quedó impresionada, y entonces comprendió muchas cosas sobre Malko.

Pero el pasado ya no podía herirla, porque en aquel lugar de África había decidido dejarlo a un lado. Preguntó, sin embargo, hasta qué punto se iba a levantar, en los tiempos futuros, una nueva Francia.

Michel sonrió, se encogió de hombros y la miró un momento. Él era judío, esa pregunta le perturbaba tanto como a ella y la respuesta le parecía inevitable. Se juzgaría a destacados miembros de la extrema derecha, a destacados miembros del colaboracionismo, y lo demás se intentaría tapar. Ni siquiera se tomaría en cuenta a aquellos elementos de la policía, la judicatura o las artes que siempre habían estado cerca del poder, aunque este fuera el de un régimen que había creado el Velódromo de Invierno, o los campos de concentración de Drancy o de Tourelles, donde habían ido a parar tantos familiares y amigos suyos.

Eso era lo que estaba pasando, esa era la nueva paz. Había millones de víctimas, pero la política seguía su curso.

Varias semanas después, apareció por allí un americano cuyo nombre no olvidarían nunca. Se llamaba Edward Carter y se alojaba en el Gran Hotel.

Una mañana fue a ver a Robert a su consulta y le confesó que venía de Alemania, de Berlín y de Hamburgo, donde había participado en una misión muy importante para Estados Unidos.

Salieron a tomar un café. Hacía frío, el cielo estaba lavado por la lluvia que había caído unas horas antes, las palmeras oscilaban en la avenida.

Entraron en una cafetería cercana. Tomaron asiento en una mesa del fondo, en una penumbra solo mitigada por la luz que se extendía desde la barra. Se respiraba allí dentro una forma muy consistente de quietud.

Robert ya se imaginaba algo y sabía la respuesta. Había decidido dónde estaba su sitio y qué quería hacer. Las palabras de aquel hombre se lo confirmaron.

En efecto, Edward le dijo que, desde la llegada de las tropas norteamericanas a Alemania, habían tratado de preservar todas las investigaciones que estaba llevando a cabo el régimen nazi. Que ahora el mundo había cambiado y en el este de Europa había nacido un bloque tanto o más peligroso que el de la Alemania de Hitler, y que en los próximos años, tal vez en las próximas décadas, toda la política mundial viviría una polarización, que a un lado estaría Estados Unidos y al otro la Unión Soviética, la democracia y el capitalismo frente a la dictadura y el comunismo. Se quedó callado y miró detenidamente a Robert. Detrás de este, unos hombres charlaban, el camarero, junto a la puerta, miraba hacia la calle, dos chicas españolas encargaban algo en la barra para llevárselo a la oficina.

—La guerra ha demostrado—dijo Edward— que la tecnología será fundamental en el futuro, que solo aquel que sea tecnológicamente fuerte podrá imponerse al otro. Pronto los rusos desarrollarán un programa nuclear, con el que intentarán defender a todos los países de su área de influencia. Europa estará llena de estas armas. Además,

la propia esencia del comunismo se basa en el propósito de llevar la revolución a todos los rincones de la tierra, y la política exterior de la URSS es muy eficiente en el terreno de la publicidad. Esa posición, usted lo sabe, ha salido reforzada tras la guerra. Son muchos los intelectuales de Occidente que ven en el comunismo un programa político solvente y necesario, y, por otra parte, fueron ellos los que encabezaron las filas de la resistencia durante el régimen nazi. Nuestra idea — prosiguió— es llevar a Estados Unidos a los principales científicos de Alemania, por lo menos a todos los que tuvieron una actividad destacada. Allí se les darán todas las facilidades para continuar con sus investigaciones y se les asegurará una importante proyección profesional. Nos gustaría —concluyó Edward— que usted fuera uno de ellos.

Se quedaron los dos mirándose a los ojos. El café, con su movimiento de clientes, parecía no existir. Los hombres, que un poco más allá leían la prensa y la comentaban, pedían un té o bromeaban con el camarero, quedaron por un instante suspendidos.

Robert le contestó que no creía en su mundo, que no creía que ese fuera el camino, que se volverían a repetir las mismas atrocidades. Toda la industria que había estado detrás de la guerra, ahora estaba diseñando a su medida los tiempos de paz.

—No quiero saber nada de ello —dijo—. Ya no soy científico. Nadie me puede pedir nada.

Edward lo miró con una media sonrisa. Dio un sorbo a su café y le dijo que era libre de elegir.

Robert también lo miró a los ojos. Sabía que había perdido, que aquel hombre venía a demostrarle su derrota, venía a señalarle su culpa y le brindaba la posibilidad de una forma de perdón. Pero ese perdón ¿era lo que los muertos, lo que las vidas destrozadas en la guerra y en los campos de exterminio esperaban de él?

—La guerra no ha terminado —afirmó Edward—. Ahora luchamos contra documentos, contra papeles ocultos, contra secretos celosamente guardados. Están repartidos por todos los sitios, por los campos de concentración, por las oficinas, por las universidades, en el seno de cualquier familia. Hay demasiada culpa. Pero necesitamos que esto termine, no podemos permitir que Alemania se desangre más. Tengo aquí informes que lo implican a usted en asuntos horribles, en experimentos relacionados con la guerra química. Sabemos de las conversaciones que, sobre este tema, mantuvo usted con el profesor August Hirt.

Robert se mostró sorprendido. Ni siquiera sabía de qué le hablaba. Era culpable de haber trabajado para un régimen de criminales, y debía pagar por ello. Solo si pagaba por ello podía vivir en paz. Pero hacía años que no hablaba con el profesor Hirt y nunca había mantenido con él ningún tipo de colaboración profesional. Se lo dijo, le dijo que él era inocente. Que nunca había asesorado esos experimentos. Que todo era una infamia. Que el informe del que hablaba solo fue un ejercicio de medicina teórica del que ni siquiera había comprobado su eficacia.

—¿Quién va contra mí —le preguntó—, quién me quiere recluido en una cárcel, quién no desea que pueda construir mi vida en paz? Hemos sufrido mucho —dijo—, Alemania nos ha hecho mucho daño. Hemos venido aquí no huyendo de nada, sino para que nos olviden. Pero hay gente que no quiere olvidarnos. Hay gente que solo sabe odiar. O, a lo mejor, hay gente que me quiere entre rejas para que yo no pueda hablar del tamaño de sus crímenes. Una acusación contra mí es su modo de vencerme, es su modo de salvarse. Estoy sorprendido y confuso. Y, sobre todo, estoy defraudado. No espero nada, pero sé de parte de quién está Estados Unidos, sé a quién cree. Ahora no me cabe duda. Cuando se habla del pragmatismo en política, se habla, en realidad, de mantener un estado de corrupción moral. Yo fui una víctima del nazismo y ahora lo seré también del nuevo régimen.

Se calló y no dijo nada más. Eso es lo que debía hacer. Miró fuera, al día que se había vuelto resplandeciente, a un trozo de fachada que acumulaba rótulos comerciales, se imaginó vivir siempre en esa calle, pasar todos los días por ella, soñó con alcanzar esa dignidad.

Pantalla III

Natzweiler

Alambradas

Robert fue detenido y entregado a las autoridades alemanas el 20 de mayo de 1949.

Nada más aterrizar en el aeropuerto de Berlín, fue conducido a la prisión de Spandau, donde estaban encarcelados algunos dirigentes nazis, entre ellos Albert Speer y Rudolf Hess.

Se le acusaba de ser un agente libre de los cuerpos de inteligencia y de haber llevado a cabo una serie de investigaciones relacionadas con la guerra química. Estas investigaciones habían sido la base de los experimentos con seres humanos realizados por el profesor Hirt en el campo de concentración de Natzweiler, cerca de Estrasburgo.

Según el informe de la acusación, durante los meses de septiembre y octubre de 1938, Robert había concluido un estudio para paliar los efectos de los gases llamados iperita y fosgeno. Este estudio fue enviado por Hermann Brandt a Karl Brandt, a su dirección en la clínica quirúrgica de la Universidad de Berlín, números 5-9 de la Ziegelstrasse. En él se indicaba que un tratamiento a base de vitaminas, rivanol, tripaflavina y urotropina arrojaba resultados favorables, pero que debía experimentarse en enfermos ya envenenados o quemados.

Karl Brandt, el jefe de la Medicina de Hitler, remitió el estudio a diversas instancias, pero no sería hasta poco después de ocupada Polonia cuando la posibilidad de una guerra química empezó a intimidar a ciertos militares nazis, sobre todo a Himmler. El Reichsführer SS Himmler pensó que una guerra química sería una catástrofe, ya que el ejército alemán estaba mal equipado y, por tanto, era extremadamente vulnerable.

Ante el escaso entusiasmo mostrado por los Estados Mayores y por el propio Hitler, decidió emprender por su cuenta un programa encaminado a buscar tratamientos que mitigaran los efectos de los gases sobre el ejército y sobre la población civil en caso de una eventual guerra química. Encargó esta misión al jefe médico de las SS y al doctor Sonntag, quienes durante tres semanas realizaron experimentos con iperita en el campo de concentración de Sachsenhausen; los análisis tomaron como base el estudio de Robert, pero al introducirse algunas modificaciones en el tratamiento, fracasaron.

El doctor Robert Hesse había estado en contacto con Sonntag desde su residencia en Nador, según indicaban algunas anotaciones de este. El contacto fue telefónico y demasiado tenso, dado que Robert mantenía una opinión contraria sobre la manera de

administrar los fármacos a los hombres con los que se estaba experimentando.

Este fracaso llevó a Himmler a abandonar el proyecto hasta las navidades de 1942. En esa fecha entró en contacto con Wolfram Sievers, quien le puso en la pista de August Hirt, director del Instituto Anatómico de la Universidad de Estrasburgo, que había mantenido una estrecha relación profesional con Robert Hesse en los oscuros tiempos de 1938 en que Robert había estado desplazado en la frontera suiza.

Al parecer, la relación entre Robert y Hirt durante aquellas semanas había sido febril: largas conversaciones sobre la guerra química, entrega de documentación científica, intercambio de simpatías políticas hacia el nacionalsocialismo y sus teorías sobre la genética y la raza.

Al nombre de August Hirt es necesario añadir otro nombre: el del doctor Otto Bickenbach, eminente médico vinculado a la Facultad de Medicina de Heidelberg, quien, en el verano de 1939, había llevado a cabo un experimento que tenía que ver con el estudio realizado por Robert Hesse un año antes. A ambos les unía una relación llena de cordialidad, aunque fuera una relación a distancia, porque solo se vieron un par de veces en encuentros profesionales.

En ese verano del 39, Bickenbach tuvo que tratar a un enfermo que presentaba la sintomatología propia de un edema pulmonar. Este edema estaba producido por una grave afección cardiaca y había llevado al paciente a una situación límite.

Desahuciado, aquel hombre sencillo y propenso a la resignación solo esperaba la hora de su muerte y lo hacía entre grandes sufrimientos y una interminable agonía.

Bickenbach percibió acertadamente que el alto nivel de coagulación impedía practicarle una sangría. Intentó, por ello, ver el caso desde otra perspectiva.

Estaba solo en su consulta, sentado a la mesa de su despacho. El verano eclosionaba fuera, esplendoroso, lleno de una luz que rebotaba en los edificios y se extendía por los jardines. Calculó qué hacer. Se decidió por administrarle un anticoagulante. Era una decisión hasta cierto punto desesperada, pero no azarosa.

El médico jefe la calificó de «audaz». Ese calificativo sería el empleado algún tiempo después por sus compañeros cuando empezara sus investigaciones sobre la guerra química, sobre el fosgeno. Ese sería el calificativo que, incluso, se daría a sí mismo, en un rasgo no exento de soberbia.

De cualquier forma, el hecho de que salvara a aquel hombre fue inmensamente meritorio para él. Aparte de la soberbia, lo definía otro rasgo de carácter: el individualismo. Y otro más: su creencia en el futuro de Alemania.

Escalinatas

Wolfram Sievers era un personaje ambiguo, cínico e imprevisible. Director de la Ahnenerbe, el instituto creado por las SS para el estudio de la raza germánica, proporcionó a Himmler algunos científicos que podían ayudarle en sus distintos objetivos. Entre ellos estaba August Hirt.

Aquel frío día navideño, Sievers encuentra a Himmler en el Cuartel General del Führer estudiando las condiciones de las tropas alemanas en el frente ruso. El duro invierno está diezmando al ejército, y, según diversas fuentes, este se encuentra prácticamente abandonado en medio de las inmensas extensiones de nieve y hielo. La situación es desesperada.

Sin embargo, el Reichsführer sostiene que el ejército alemán resistirá. Sievers y él dialogan sobre este asunto, y Sievers mantiene la habitual postura servil que adopta cuando está dialogando con su jefe. También él opina que las tropas alemanas resistirán esos meses a la espera de una mejora en las condiciones meteorológicas. Es entonces cuando aprovecha para desviar la conversación a la guerra química y le habla con entusiasmo de August Hirt.

Unos días después, Hirt se trasladará desde Estrasburgo a Berlín para entrevistarse con Himmler. Mientras va aproximándose a la cita recuerda algunas frases de la carta que le envió su amigo Sievers.

Hirt es un hombre ambicioso y desea convertirse en una autoridad médica dentro de esa gran Alemania dueña de buena parte de Europa. Se concentra en algunas palabras de su amigo, las paladea mentalmente hasta conseguir que el entusiasmo vaya creciendo debajo del uniforme de Hauptsturmführer, cargo al que le acaban de ascender. Su cara gruesa se torna aún más gruesa, la expresión animal y bruta de los pómulos se intensifica, la nariz se le ensancha y los labios y las orejas acentúan su aspecto de hombre que se ha pasado toda su vida examinando carne y huesos humanos.

Himmler lo recibe con un generoso saludo, lo que no es habitual en él. Sin embargo, su mirada continúa fría y escrutadora cuando se proyecta a los ojos de Hirt. Le expresa de inmediato sus temores: el frente del este, una vez que el ejército ruso esté seguro de su inminente derrota, puede convertirse en el escenario de una guerra química. Una guerra para la que el ejército alemán no está preparado.

Hirt le contesta que sus experimentos sobre los efectos de la iperita han sido interrumpidos a causa de la guerra, pero que está convencido de obtener resultados favorables si cuenta con su apoyo.

La conversación continúa unos instantes más por una senda que a ambos les seduce profundamente, la de las investigaciones anatómicas sobre la raza aria y sus diferencias respecto a la de judíos y bolcheviques.

Cuando parte de nuevo hacia Estrasburgo, Hirt se siente en posesión de una inmensa autoridad. Está dispuesto a todo. Comprende que los pasos que debe seguir son absolutamente comprometedores, pero está convencido de que la ciencia del nacionalsocialismo merece esos riesgos, sean cuales sean.

Poco tiempo después, hace llegar a Himmler el informe que este le ha pedido. La huella de los experimentos de Robert Hesse es evidente. De hecho, en el margen izquierdo de un borrador escrito a mano se le cita de forma reiterada.

El informe, además, subraya que Hirt ya ha experimentado los fármacos propuestos por Robert Hesse en seres humanos, en concreto en dos oficiales contaminados por el gas. Pero los más importantes descubrimientos están por llegar y las órdenes dictadas desde la capital del Reich recomiendan iniciar la investigación con toda urgencia.

Para esas pruebas se pone a disposición de Hirt a los prisioneros del campo de concentración de Natzweiler, tiene potestad sobre sus vidas y sus muertes, sobre sus formas de morir. No importan las atrocidades ni los sufrimientos, no merece la pena siquiera tenerlos en cuenta, solo se esperan resultados.

3

Heridas

El sagaz Sievers trata de desvincular inútilmente a su institución, la Ahnenerbe, de los experimentos con seres humanos que va a llevar a cabo Hirt.

Por ello, y por el riesgo que ello comporta, es un día triste para él, pero trata de aliviarlo pensando que tal vez todas las pruebas que se van a realizar tendrán un resultado positivo y que de esta forma logrará mantener su influencia dentro de un cuerpo como las SS.

Los experimentos dan comienzo en otoño.

A esas alturas, Hirt cuenta ya con la complicidad del comandante del campo, Huns Hutting, y de su adjunto, Josef Kramer, ambos deseosos de obtener el reconocimiento de Himmler.

La primera prueba se realiza sobre sujetos sanos. Se les alimenta copiosamente durante quince días y se les ofrece unas condiciones favorables de higiene y descanso.

El día señalado, el 23 de octubre, cada hombre es introducido en el laboratorio acondicionado para las pruebas, que se ejecutan individualmente. Un enfermero les sostiene el brazo, mientras Hirt deposita en cada uno de ellos una gota de ivermectina líquida. El dolor provocado por la ivermectina les hace gritar. Esos gritos terribles son escuchados por el resto de los prisioneros. El terror es tan grande que algunos de ellos ofrecen resistencia y deben ser obligados a entrar a punta de pistola. Después se les confina en sus dormitorios y se les ordena que permanezcan de pie.

Están temblando de terror, como animales. No saben qué sustancia se les ha aplicado ni tampoco qué reacción les puede provocar. Aguardan con el brazo extendido.

Transcurrida una hora no se percibe ningún efecto y los hombres empiezan a creer en las palabras de Hirt. Entre ellos corre una ligera sonrisa y les reconforta que todo esté tranquilo fuera, no se oyen órdenes, ni voces, ni ladridos, nada. Solo silencio. No saben qué hora es, aunque observan la intensidad casi gris de la luz que se filtra por las rendijas de las ventanas cerradas.

Los vigilantes de las SS detectan que disminuye la tensión. Ven las caras resignadas de esas cobayas humanas; las úlceras en carne viva. Sin embargo cumplen las órdenes que indican que no pueden comunicarse entre sí: no solo nadie habla con nadie, sino que nadie comenta ni pide cosa alguna.

Tumbados ya en las camas, tratan de descansar un poco.

La mayoría de los hombres reclusos en el campo de concentración de Natzweiler

son presos políticos, alemanes, franceses, húngaros, polacos o rusos.

El campo se abrió para explotar unos yacimientos de granito por parte de la empresa Deutsche Erd-und Steinwerke, por lo que estos hombres están curtidos en el duro trabajo de la cantería. Se puede ver en sus manos, en sus rostros.

Pocas horas después, una vez que la noche ha caído, empiezan a producirse los primeros síntomas. Las quemaduras se extienden a lo largo del brazo y los prisioneros se retuercen y gritan. Sus quejas son angustiosas, casi delirantes. Piden ser asistidos por el servicio médico del campo, que se les administre algo que les calme el dolor.

Pero los vigilantes permanecen insensibles.

Al instante, en coche desde su residencia, Hirt regresa al campo, dispuesto a iniciar el tratamiento.

Al llegar se pasea entre las camas y observa los efectos de la iperita. No se conmueve en absoluto. Al contrario, se felicita por que todo vaya con rapidez.

El fotógrafo que le acompaña toma imágenes de los estragos producidos por el gas, hace su trabajo fríamente en medio de todo aquel infierno. Hirt le señala algunos síntomas y el fotógrafo los recoge con la diligencia propia de los documentalistas nazis. Pone su lente en medio del dolor y capta hasta los más pequeños detalles. Todo debe ser registrado: las llagas y las heridas abiertas, las enormes quemaduras que van aumentando de tamaño; los vómitos y los mareos una vez que el gas comienza a dañar determinados órganos vitales como el estómago, los riñones o el hígado.

Las fotografías son tomadas desde todos los ángulos, obscenamente, e incluso se intenta dotarlas de una dimensión artística. Sin duda es un testimonio valioso, y Hirt sabe que la imagen fotográfica certificará cada momento, lo inmortalizará, erigiéndose en la única mirada para los tiempos futuros.

Fue una noche larga en el campo de Natzweiler. Nadie pudo dormir en los barracones cercanos a los dormitorios de los contaminados con el gas. Durante horas se oyeron interminables gritos de dolor, voces, llantos de angustia. Eran hombres, pero parecían animales.

Al salir de la enfermería, Hirt ordena que cualquier acto de queja por parte de los otros prisioneros del campo sea castigado severamente. La ciencia exige sacrificios y Alemania también. Nadie puede impedir que se lleven a cabo sin riesgo de ser acusado de traidor.

Se despide de Kramer y monta en el asiento trasero del coche. El conductor le cierra la puerta.

Después se dirigen a la salida lentamente, en medio de la niebla y del frío, de los perros que aúllan, de los saludos militares, atraviesan la enorme puerta de entrada y se alejan como un único punto luminoso.

Restos

En las jornadas siguientes, las cosas toman el rumbo que August Hirt había previsto. Las ulceraciones se han extendido por todo el cuerpo de los prisioneros y se han hecho más profundas. Algunos han perdido parte de la visión y sus órganos vitales sufren graves daños. A los asistentes de enfermería se les hace difícil seguir en un infierno como aquel.

La primera muerte tiene lugar al sexto día de iniciado el experimento. Tras conocer la noticia, Kramer, alarmado, telefonea a Hirt.

Este le tranquiliza.

En realidad entraba en sus cálculos que alguno de ellos no resistiera la prueba y muriese.

—El cadáver —le dice— sigue siendo objeto de estudio para la ciencia alemana. Nadie debe tocarlo. No debe limpiarse, ni cubrirse, ni puede ser cambiado de posición.

Poco después de amanecer, Hirt llega al campo y se dirige a la enfermería. Hace que se tomen fotografías del cadáver de forma minuciosa, desde la cabeza hasta los pies, llaga a llaga. El rostro del difunto es casi irreconocible. Su cuerpo es una enorme masa de carne abierta y sangre seca. Presenta un color morado, negro y rojo. Sufre una inflamación monstruosa.

Hirt ordena que se traslade a otras dependencias y procede a su disección. Extrae el cerebro, los ojos, la laringe, los ganglios, el corazón, el estómago, la vejiga, el hígado, los riñones y los testículos, y todo ello es guardado en frascos con formol a la espera de su estudio.

El resto del cuerpo es incinerado y sus cenizas tiradas a la basura.

Durante el tiempo que duró el experimento, murieron ocho hombres.

Todos acabaron con sus órganos diseccionados y conservados en recipientes en un armario del laboratorio de la Facultad de Medicina de Estrasburgo.

Charles Schmidt, ayudante de Hirt en la facultad, se muestra horrorizado. Preso de ese horror, se lanza a comentar el asunto con algunos de sus compañeros. El rumor se extiende por los distintos departamentos de la universidad. Hablan del «loco Hirt», aunque tras un conato de protesta el temor al poder de las SS y la Gestapo hace que todos se mantengan al margen, al menos públicamente. Saben que Hirt está protegido por Himmler y que es peligroso cuestionar sus métodos.

A las dos semanas ninguno de los prisioneros puede levantarse. Postrados en las

camas, ni siquiera tienen fuerzas para quejarse ante los enfermeros a pesar de que el dolor es tan intenso que se pasan el tiempo llorando como niños.

Poco a poco su vista se va debilitando y llegan los primeros casos de ceguera total, lo que aumenta considerablemente la angustia.

Las pérdidas de conocimiento, que desde el principio habían sido frecuentes, ahora se producen de forma prolongada. Hay amnesia, neurosis, brotes esquizoides, delirios.

A ello hay que sumar el hecho de que se les empiezan a paralizar algunos órganos y no pueden hablar, ni mover los brazos ni mover las piernas, y empiezan a sufrir terribles parálisis faciales.

Después de dos meses de experimentos, casi ninguno de ellos puede reconocerse.

Sin embargo, Hirt sostiene que todo ha sido un éxito. La información que posee es valiosa y los resultados sobre el tratamiento de sujetos expuestos al gas mostaza son sumamente esperanzadores.

De acuerdo con las SS, deciden trasladar a los enfermos a otro campo, sin duda para que pueda iniciarse de nuevo la investigación con otros hombres.

El traslado se hace desde la cercana estación de Rothau. El destino es un secreto celosamente guardado por los agentes.

Ninguno de los hombres enfermos que viajan en ese tren sobrevivirá.

Todos irán muriendo poco a poco. En medio de una enorme agonía. La misma agonía que padecerán aquellos presos con los que se ha experimentado haciéndoles inhalar el gas, el Lost, aquellos que lo han ingerido en su forma líquida, o a los que se les ha administrado mediante inyecciones.

Nuevas dosis

La experiencia se repetirá un tiempo después. Formados en el centro del campo de Natzweiler, se va gritando uno a uno el nombre de los reclusos elegidos, pero las SS tendrán que emplearse a fondo, porque muchos de ellos, sabiendo lo que les espera, han decidido esconderse.

Cuando son detenidos se les lleva a la enfermería, a veces empleando una inmensa brutalidad.

Después, según el testimonio de uno de los prisioneros, se ponen en manos de un par de profesores de Estrasburgo. Estos les rocían con iperita una parte del brazo. Muchos de ellos no pueden resistirlo y pierden el conocimiento.

Al cabo de unas semanas, tienen los brazos y parte del cuerpo llenos de llagas. Se van descarnando poco a poco, se quedan ciegos. Mueren.

Los supervivientes constituyen para Hirt una prueba incriminatoria, por lo que son trasladados a secciones de trabajo muy duro.

Al igual que los reclusos considerados peligrosos, son sometidos a jornadas de trabajo agotadoras, apenas son alimentados y tienen que soportar el maltrato y las palizas por parte de los vigilantes.

Las horas se les hacen insoportables, irresistibles. Los guardias no tienen con ellos ninguna piedad. Su débil organismo se deteriora de inmediato. Cuando caen enfermos, son abandonados a su suerte en la oscuridad y la inmundicia de los barracones.

Ellos piden ayuda, pero nadie pasa a atenderlos. Deliran durante días enteros presos de la fiebre. A los demás reclusos se les impide que les presten ningún tipo de ayuda. Los más tenaces logran recuperarse, pero son puestos a trabajar en las mismas duras tareas que antes desempeñaban. Si tratan de huir, se les detiene, ya que los vigilantes tienen prohibido tirar a matar.

De cualquier forma, ninguno logró jamás atravesar las alambradas del campo. Tampoco organizaron ningún plan de fuga colectiva. Solo uno de ellos aprovechó un transporte de combustible para pasar al otro lado, pero fue descubierto. Era un hombre que sufría alteraciones psíquicas, graves episodios de pánico, y estaba convencido de que seguían experimentando con él. A veces se escondía en algún rincón del campo pensando que en su cuerpo se iban a reproducir las antiguas heridas.

El castigo al que lo sometieron fue ejemplar, lo ataron a un árbol, bajo la nieve, durante dos días enteros. Le pegaron y le soltaron los perros. Durante aquellos dos

días los vigilantes se estuvieron divirtiendo a su costa.

Por su parte, a los que logran sobrevivir a pesar de las secuelas, se les vigila estrechamente para que no se suiciden. Hirt quiere comprobar cuál es su evolución y no está dispuesto a permitir que el suicidio la interrumpa. Los barracones son inspeccionados diariamente unas cuantas veces, se les somete a controles exhaustivos y se cuida de que, en el contrabando del campo, no puedan adquirir ningún veneno.

En realidad, el duro trabajo termina por matarlos. Una vez muertos, sus cuerpos son diseccionados y sus órganos conservados en formol. El resto del organismo se quema.

Hirt anota todas las fases de sus experimentos en una serie de papeles desordenados que va acumulando en su despacho. El desorden es tan grande que ni siquiera permite una reconstrucción cronológica de los hechos. Se mezclan en ellos, junto a importantes omisiones, el relato fragmentario de las pruebas reales y los ensueños fantásticos de Hirt. Hay medias verdades, mentiras, ocultaciones, tergiversaciones y una enorme imprecisión, fruto tal vez de la falta de rigor y cuidado.

Más que un diario médico parecen escritos destinados a servir de base para un informe posterior destinado a los mandos de las SS en Berlín, sobre todo a Himmler y a su secretario Rudolf Brandt.

El carácter secreto de la investigación podría avalar el hecho de que Hirt no dispusiera de forma organizada las pruebas y resultados obtenidos por precaución. Pero tal vez la explicación sea más sencilla y únicamente tratara de enmascarar su propio fracaso y la inutilidad de sacrificar todas aquellas vidas.

Sin embargo, en medio del caos de notas y rápidos apuntes, el nombre de Robert Hesse aparece de manera constante. Se puede establecer, ahora sí, una sucesión temporal de todas las consultas que desde Estrasburgo a Nador se hicieron durante aquellos años. Hay también referencias a las víctimas de los bombardeos de la guerra del Rif y a su evolución posterior.

Robert no solo le informa de cómo debe ser el tratamiento inicial sino que le indica los daños que la iperita va causando en los cuerpos contaminados. Las notas que de todo ello toma Hirt son atropelladas, como si las estuviera escribiendo durante una conversación telefónica. La letra, demasiado suelta, y el uso de abreviaturas vendrían a avalar esta hipótesis. Hay muchas anotaciones en los márgenes, pero un número considerable se inserta junto a los apuntes que Hirt escribe sobre sus propias experiencias.

Por último, el hecho de que estas notas no fueran conocidas por ninguno de los ayudantes de Hirt viene a indicar que este utilizó los conocimientos de Robert Hesse para su propio beneficio, y ocultó las comunicaciones con él por temor a verse desplazado en la carrera que debía convertirlo en una autoridad médica dentro del

Reich.

En cualquier caso, esas conversaciones demuestran que Robert Hesse tenía conocimiento de los experimentos que se estaban realizando sobre seres humanos, y que él, desde el norte de África, estaba sirviendo de guía para materializar el infierno de Natzweiler, un infierno de terror y de locura.

Infamia

A finales del invierno de 1944, los servicios de inteligencia soviéticos llevan a cabo un vasto despliegue de intoxicación informativa.

A través de algunos agentes infiltrados en la Abwehr, presentan pruebas de que el Ejército Rojo va a desencadenar un descomunal ataque con armas químicas contra la Wehrmacht y las ciudades alemanas más pobladas.

El plan, perfectamente orquestado desde Moscú, hace creer en el gaseamiento de todas las tropas alemanas del frente oriental que impiden el avance soviético hacia Berlín. Y, al mismo tiempo, significa la amenaza de una parálisis de los centros de poder del Reich, al incidir en las ciudades más importantes para la maquinaria del régimen.

Una vez que la Gestapo es intoxicada con la misma información, la psicosis se desata.

Alemania, como algunos dirigentes nazis vienen advirtiéndolo, no está preparada para defenderse de una guerra química. En el Alto Mando alemán, especialmente desbordado por la marcha de la guerra, hay reuniones de urgencia para diseñar una estrategia que haga frente al ataque. La psicosis ha afectado al propio Hitler, que ordena actuar con rapidez.

El primero de marzo el Führer firma un decreto por el que asigna a Himmler el mando ante cualquier ofensiva química llevada a cabo contra Alemania. Hitler está al corriente de la existencia de un grupo de investigación secreto sobre los efectos de la iberita que las SS mantienen celosamente oculto, e insta a Himmler a que lo active.

Se da la orden de fabricar de inmediato un gran número de máscaras de gas y se empiezan a diseñar los planes para poner a salvo tanto a las tropas como a una buena parte de la población.

El jefe de la Medicina del Reich, Karl Brandt, viaja a Estrasburgo y se entrevista con Hirt. Este le aclara algunos puntos de su informe donde se exponen las conclusiones de la investigación sobre el tratamiento de seres humanos afectados por la iberita. También intercambian opiniones sobre las pruebas llevadas a cabo por el doctor Bickenbach sobre el fosgeno.

SECRETO Y CONFIDENCIAL

Instituto de Investigaciones Militares y Científicas

Departamento H de la Sociedad de Estudios e Investigaciones

Ahnenerbe (Estado Mayor personal del Reichsführer SS) Oficina A, Instituto Anatómico de Estrasburgo Asunto: Estudios sobre el envenenamiento con iberita a cargo del profesor Dr. August Hirt y del médico de la Armada aérea Dr. Wimmer

Estrasburgo, 1944

OBSERVACIONES GENERALES Y TRATAMIENTO

En cuanto gas venenoso, la iperita provoca una inmediata reacción en el cuerpo humano nada más ser infectado. Esta reacción causa en el enfermo daños patológicos a nivel orgánico y celular que solo pueden ser contrarrestados si existe en dicho enfermo una reserva importante de vitaminas.

La administración por vía oral de vitaminas A, B y C y de vitamina B1 glucosada por vía intravenosa tiene un efecto eficaz. Además, esta última facilita la cicatrización cutánea.

Los síntomas cutáneos deben ser tratados, además, con rivanol y tripaflavina y baños de permanganato potásico. El tratamiento con rivanol debe hacerse al 1 por 100 mediante apósitos humedecidos en ese fármaco.

El tratamiento con tripaflavina debe hacerse del mismo modo.

Posteriormente, cuando las heridas empiecen a desecarse, se podrá administrar sobre ellas aceite de hígado de bacalao y pomadas de ácido bórico.

Las vitaminas deben administrarse de la siguiente manera: vitamina A en forma de voganol, vitamina C en comprimidos de cantacebión.

(...)

Brandt da vía libre, y Hirt envía a las autoridades berlinesas un documento en el que da cuenta de cómo se debe actuar médicamente en el caso de una contaminación por gas.

Tras la difusión de tales indicaciones, cruciales para la población alemana, Hirt puede considerarse una autoridad médica de referencia en el Reich.

Las informaciones sobre la eventual guerra química soviética aumentan al ritmo en que las tropas del Ejército Rojo avanzan por el este.

Sin embargo, la guerra ya está perdida.

El 25 de agosto es liberado París. Y poco después las fuerzas aliadas liberan Estrasburgo.

Del horror que los soldados se encuentran en el campo de concentración de Natzweiler son un símbolo los órganos humanos que el profesor Hirt conservaba en envases guardados en los sótanos de la Ahnenerbe y de la universidad: cerebros, ojos, riñones, hígados, páncreas, corazones, vejigas, testículos, cabezas, brazos, trozos de piel. Algunos hombres, al contemplar aquello, perdieron el conocimiento.

En el cajón de la mesa de su despacho se halla una copia del informe sobre el tratamiento de la iperita enviado unos meses antes a Karl Brandt y una copia del estudio realizado por Robert Hesse en 1938.

Las similitudes son exactas.

Además, en folio aparte, una serie de notas manuscritas vuelven a incidir en el hecho de que, durante la primavera de 1944, Hirt y Robert mantuvieron una comunicación fluida ante la amenaza de un ataque químico soviético.

Pantalla IV

Declaración

Vivimos tiempos extraños. Tiempos de encrucijadas y mentiras.

Tiempos que solo serán comprendidos en el futuro si uno se acerca a ellos desde el punto de vista de la verdad.

La realidad es tan desmesurada que los historiadores se perderán en ella.

Me llamo Walter Kahn. Estoy sentado en el aeropuerto de Barajas, en Madrid. Observo la pantalla donde aparece el vuelo a Ginebra que debo tomar en unos minutos.

Estoy solo, como siempre. Hoy es 20 de abril de 1961. El día con el que llevo soñando tantos años. Un sueño secreto.

Llevé a cabo un delito y voy a corregirlo, aunque sea tarde. Por ese delito he roto vidas que nunca debieron haberse roto. He falseado la verdad. He permitido cosas que ningún hombre habría permitido nunca.

Todo el sufrimiento que he ocasionado ha permanecido pesadamente sobre mis espaldas, durante todo este tiempo. No he tenido ni un momento de respiro, ni un momento de paz.

Por eso he decidido ir.

Será un viaje breve. En Ginebra me espera mi abogado y ambos nos desplazaremos en coche hasta Estrasburgo para entregar mi declaración.

Después desandaremos el camino, nos despediremos y yo tomaré el vuelo de vuelta.

Madrid es la única ciudad donde he podido vivir seguro desde que terminó la guerra y Alemania fue ocupada y dividida por los ejércitos vencedores. Llevo casi veinte años sin salir de una manzana de casas. He tenido que hacerme invisible, solo una sombra que ocupa todas las mañanas el mismo asiento en el mismo café y lee el periódico y mira hacia la calle y ve coches, una boca de metro, gentes, un quiosco, semáforos, haces de luz en las fachadas..., y después regresa a casa y se pasa las horas oyendo interminables programas radiofónicos.

Apenas hablo con nadie, y menos si son mis compatriotas.

Alemania terminó para mí. Solo ocupa un lugar en la geografía de las cosas que nunca debieron ser vividas. Aunque en realidad no sé si he sido yo quien ha tratado de expulsar a Alemania de mi vida o Alemania la que me ha condenado a esta inexistencia, a esta invisibilidad, al repudiarme.

Me levanto y me acerco al cristal desde el que se puede ver la pista. El día es soleado ahí fuera. Hay máquinas bajo los aviones y personal del aeropuerto trabajando en distintos cometidos. Un coche con una sirena ámbar va delante de un aparato donde puede leerse «American Airlines».

En mi declaración están las fechas exactas de los hechos. El modo en que se hizo. Las personas que lo llevamos a cabo.

Para mí la guerra no terminó en 1945, la guerra sigue, aunque solo sea dentro de mi cabeza.

Me dirijo hacia la puerta por la que debo embarcar. Soy torpe y actúo torpemente, casi a tientas. Me concentro para no desorientarme. Bajo una planta y recorro el pasillo con lentitud. La luz artificial hace aparecer manchas en el suelo.

Llego a una sala y la atravieso. Llego a otra y me sumo a la cola que se ha formado para pasar el control. Muestro mi pasaporte. No me preguntan nada. Solo me hacen abrir el maletín y husmean un poco en lo que hay dentro.

Aún sigo siendo un alemán que ha fijado su residencia en España. Aún sigo bajo la tutela de aquel país.

Un policía me habla en español y yo le respondo. Una azafata me habla en alemán y me lleva a mi asiento ya dentro del avión.

Debo parecer, más que un ser inseguro, un ser desvalido. Y, sin embargo, si cualquiera de estas chicas conociera una parte de mi biografía, se alejaría de mí embargada por el horror.

Ocupo el asiento 36-F. La música que suena es la *Rapsodia sobre un tema de Paganini* de Rachmaninov. No sé si es una música triste, solo que es una música bella. De esa belleza que alivia los recuerdos, que nos permite aceptarlos. La vida no es lo que nos queda por vivir, sino lo que ya vivimos y debe ser soportado para que no nos hunda bajo su peso. Cumplir años significa deshacerse poco a poco de la gravedad, entrar poco a poco en un estado de ligereza.

El avión despegua y Rachmaninov, entre el ruido de los motores, va haciéndose también más ingrúvido.

Miro por la ventanilla y respiro, abajo está ya la tierra parda de España, sus extensiones labradas y sus pequeñas lomas del color de la ceniza. La superficie metálica de alguna laguna es solo un resplandor.

He escrito la historia de Marie Delmont y Robert Hesse por la misma razón por la que voy en vuelo hacia Ginebra. Eran jóvenes y la desmesura del tiempo en que vivieron los condenó a ser pasto de las mentiras, de las traiciones. Su destino: un número en una cárcel y un amor que solo han podido vivir con un cristal de por medio durante todos estos años.

Desde este asiento, a miles de pies de altura, pienso en Marie. Su vida se me hace aún más poderosa. Su confianza en Robert, admirable.

Durante el juicio llamó a amigos que nunca le respondieron, intentó aclarar la

verdad, pero fue inútil. Estaba sola. Había prensa, jueces, abogados, y un público que la increpaba. A veces soñaba que una enorme maquinaria se la iba tragando poco a poco.

Después de que Robert fuera condenado, ha vivido en un pequeño apartamento cerca de la prisión. No ha tenido vida. Su biografía ha sido borrada y vuelta a escribir. Las letras con las que se ha escrito lo que ella fue y lo que hizo son ignominiosas.

Mi historia, esta historia, viene a restituir su vida. Cada palabra mía es un reto en favor de la verdad.

No soy capaz de soportar otra cosa.

Dejarla para siempre como la amante de un nazi, como una colaboracionista o una traidora, me impiden pedirle perdón.

Los Pirineos se alzan ahí debajo. La cara sur está verde, de un verde luminoso, casi sereno. La cara norte, sin embargo, está llena de nieve, y las nubes, demasiado veloces, cruzan el cielo de Francia.

En este cielo de Francia quiero dejar escrito que fui yo quien, antes de ser liberado el campo de concentración de Natzweiler, ordenó a August Hirt que añadiera el nombre de Robert Hesse a todos los informes de los experimentos llevados a cabo sobre la guerra química, que simulara con ello que las pruebas habían sido realizadas bajo su tutela.

Hirt obedeció eficazmente, falsificó todo y convirtió a Robert en su cómplice.

Al llegar a Berlín hice lo mismo, puse su firma en documentos que él nunca escribió, preparé pruebas que lo incriminaran, dato a dato, punto por punto.

Hirt nunca fue a Núremberg, porque se le facilitó una vía para que desapareciera. Aún hoy no sé si está vivo o muerto.

Lo mismo hice con los papeles del doctor Sonntag y con los de Otto Bickenbach.

En la declaración que voy a presentar en Estrasburgo cuento todo esto con detalle. Me declaro culpable. Señalo a aquel que lo ideó. Señalo sus razones para hacerlo. Él sabía que la llegada de los aliados le beneficiaba tanto como le había beneficiado el régimen de Hitler, y que podía manejar los hilos.

Lo hizo durante el juicio. Se guio siempre por venganza, por resentimiento, porque se le hacía insoportable que Robert hubiera traicionado a Alemania. Traicionar a Alemania era traicionarlo a él. Habían sido amigos desde siempre. Habían compartido la misma infancia, la misma juventud. En la Facultad de Medicina orientaron sus estudios hacia el mismo campo y se hicieron célebres. Los dos abrazaron el partido con la certeza de que un nuevo mundo se abría paso. Para ellos el siglo xx había empezado el día en que Hitler llegó al poder. Él había logrado que se reconociera a Robert como una eminencia de la nueva ciencia alemana.

Le dio todo: no solo prestigio sino también protección. Una protección cómplice, generosa, sin fisuras. Le perdonó su torpe papel en Italia. Le apoyó a su regreso,

sobre todo cuando fue encarcelado. Estuvo junto a él cuando se manifestaron sus crisis mentales. Pero su huida de Alemania, el haberse aliado a la resistencia, fue algo tan insoportable que nunca se lo perdonó.

Durante el juicio estuvo siempre a su lado. Pero había preparado todo para que lo incriminaran. Franz Liebermann seguía actuando en la sombra, seguía destruyendo para siempre a aquellos hombres y su amistad. Destruir desde el poder es fácil. La infamia sabe escoger a sus víctimas.

El juicio fue una pantomima. El veredicto ya estaba dictado desde el principio. Duró una terrible semana y el relato de los crímenes cometidos en Natzweiler conmocionó a todos cuantos llenaban el salón de actos del Palacio de Justicia.

Se mostraron las fotos que mandó hacer Hirt de los hombres que le habían servido de cobayas. Se proyectaron fragmentos de películas para que el jurado visualizara aquel horror.

El fiscal redondeó todo aquello con imágenes de los órganos humanos que Hirt había conservado en formol en distintas dependencias de la universidad.

Todo ello fue traído directamente de Núremberg, y mostrado como se muestra un espectáculo.

Robert fue condenado a veinte años, y parte de la prensa francesa reaccionó indignada porque querían ver su cadáver tambalearse en la horca.

Al oír la sentencia, el hombre que había tramado todo aquello sonrió.

Después, durante todo ese tiempo, ha sido el único amigo de Marie. La ha visitado en su pequeño apartamento de Spandau, se ha convertido en su confidente, en su apoyo, le ha proporcionado dinero, un trabajo en la Escuela de Danza de Berlín. Incluso propició el que Sergei Malko y ella se reconciliaran.

Ha tratado muchas veces de seducirla. Quería destruir incluso lo más sagrado para Robert: Marie, el amor de Marie. Soñaba que, cuando Robert se viera solo, cuando ya no la tuviese a ella, optaría por una única salida: matarse él mismo.

La biografía de ese hombre da pavor. Antes de la guerra movió eficazmente los hilos de la vida de mucha gente.

Planeó los hechos que determinaron la vida de Marie, su fama, la noche sangrienta del 13 de diciembre.

Malko le obedecía.

Sería demasiado simple decir que este hombre es un ser monstruoso producto de un periodo oscuro de nuestra historia. La política ha dado siempre cobijo a este tipo de hombres, incluso en tiempos llamados de paz. La democracia también tiene sus canales de desagüe.

El avión está a punto de descender sobre las tierras de Suiza. Las nubes ni siquiera me han dejado ver el paisaje de los Alpes. La luz es pobre. Las gotas de lluvia se van acumulando en el cristal de la ventanilla.

Recuerdo a Angelo Motta cuando fue traído aquí, a los laboratorios Ciba Geigy. Venía demenciado. En su rostro sin rostro aparecían las huellas del cautiverio. Marie no lo supo nunca, pero fue ella quien finalmente provocó su detención. Cometió un error en aquel tren. Tuvo que identificar como un falso Angelo Motta a quien era un señuelo de las SS. Jugaron con ella, así como con la persona con quien habló en el Sena. Ella se equivocó desde el principio.

Tras el atentado, Motta buscó refugio en un pequeño pueblo italiano situado junto a la frontera con Francia. Allí tenía amistad con un viejo médico socialista que lo ocultó en un sótano. Lo cuidó durante mucho tiempo, curó sus heridas, también las de su mente. Cada noche, Motta soñaba que era descubierto, se desesperaba metido entre las sombras, creaba su propia legión de fantasmas. En aquel tren, Marie había dado a sus enemigos una pista sobre dónde podía estar escondido, cuando le recordó al falso Angelo Motta que, en aquel verano alpino de su niñez, había viajado hasta Pont-Saint-Martin.

Motta fue detenido en aquel lugar a la vez idílico e infernal situado en la frontera italiana con Francia. La detención se intentó hacer la misma noche en que se efectuaron las redadas en las que fueron apresados muchos ciudadanos alemanes y austriacos que vivían en Italia, la noche en que murió Joseph Fischer. Pero fracasaron al cometer un error: confundieron el Pont-Saint-Martin francés con el Pont-Saint-Martin italiano. Solo tiempo después se dieron cuenta.

El asalto a la casa fue rápido, para evitar suicidios. Al viejo médico se le dejó tirado en un sofá con el vientre hinchado por la estricnina. A Motta se le sometió a tortura. Confesó que Ernst Chain y Howard Florey trabajaban en demostrar la acción antibacteriana de la penicilina, como un arma secreta, y colaboraban con laboratorios de Norteamérica para buscar su aplicación en seres humanos.

Determinaron actuar en secreto con él, obligarle a investigar para ellos. Lo recluyeron en un laboratorio subterráneo de Silesia. Pasó semanas enteras sin ver la luz del sol, mal alimentado y sin llegar a resultados satisfactorios. Se desesperaba. Era un sitio húmedo y la humedad provocaba en él una mayor desesperación. Tenía frío y se sentía enfermo. Sin embargo no podía descansar. Sabía cuál era su única oportunidad de permanecer con vida. Pero la publicación en la revista inglesa *The Lancet* de los descubrimientos de Chain y Florey lo convirtió en un científico inservible para el Reich.

Solo, abandonado en el subterráneo de Silesia, fue llevado a su casa de Milán. Alguien le puso en una vía del tren y simuló su suicidio.

Al fondo, empiezo a vislumbrar los primeros edificios de Ginebra. Están grises y parecen sumidos en una atmósfera invernal. Aquí, en este momento, sin ellos saberlo, comienza una nueva vida para Robert y Marie. Cerrarán el apartamento de Spandau y dirán adiós a Alemania para siempre. Después cumplirán el sueño de regresar a Nador. Los imagino sentados en el café Hamza, que para ellos fue siempre el mejor

lugar para desaparecer. Los cigarrillos humean, las tazas se han quedado frías, el tiempo pasa, las estaciones se suceden, la historia del mundo se va conformando como siempre: con muertos y vivos, con verdugos y víctimas, con guerras e inocentes.

Me abrocho el cinturón, miro los restos de la niebla. Estoy aquí. Estoy saliendo de mi propio infierno. Quiero que se condene a quien me condenó.

¿Su nombre? Lo escribo aparte, aunque ya no me da miedo. Deseo verlo escrito en una página ignominiosa, no junto al nombre de sus víctimas en los cementerios de Europa. Que no figure nunca al lado del matrimonio Delmont, ni junto a Fischer, ni junto al pobre Angelo Motta, cuya tumba, en el camposanto de Milán, es una fosa común con una lápida en blanco.

Él ni siquiera tiene derecho a eso.

Su nombre debe revelarse ahora. Su historia debe ser conocida. Es el símbolo de estos tiempos que nacen también llenos de encrucijadas y mentiras.

Cierro su tumba, coloco la losa, escribo:

HERMANN BRANDT

Pantalla V

Final

El caso de Robert Hesse se reabrió en los tribunales de Estrasburgo el 21 de noviembre de 1962. La vista fue recurrida y anulada unos meses más tarde.

Robert cumplió su condena y obtuvo la libertad en junio de 1964.

Al poco tiempo, Marie y él se trasladaron a vivir de nuevo a Nador.

Cuando murieron, ya ancianos, las paredes de su casa estaban decoradas con fotografías de sus viajes al desierto.

En el café Hamza hay dos fotografías formando una serie. En la primera se ven sus huellas dibujadas en la arena. Las huellas se extienden a lo largo de las dunas, hasta perderse en el horizonte. En la segunda, las huellas no existen, ha pasado el viento, se ha borrado cualquier señal del paso de alguien por allí.

Walter Kahn, o Walter K. como todos le conocían, no quiso que se perdieran sus huellas y escribió esta historia. Pudo reconstruirla fielmente porque, en el momento de marcharse a España, se llevó con él documentos que no debían caer en manos de las fuerzas que habían ocupado el suelo alemán.

De cualquier forma el nombre de Walter K. es el nombre de los destinos equivocados. Quiso ser muchas cosas, pero ninguna estaba reservada para él. Tuvo, en este sentido, una vida triste y trágica, como los escritores a los que amaba. Estudió leyes en la Universidad de Berlín y literatura y filosofía en Viena. Escribió una novela inconclusa sobre la Mitteleuropa siguiendo el estilo de la *Historia* de Herodoto. La estuvo escribiendo durante los años de su juventud y fue un proyecto sobrehumano porque quería abarcar lo inabarcable: la vida. Defraudado ingresó en el nacionalsocialismo en 1931. Estuvo a la sombra de Goebbels. Fue hábil manipulando las informaciones que se le daban al pueblo de Alemania. Escribía discursos, asesoraba en cuestiones de propaganda ideológica. Entre 1939 y 1940 se dedicó a la llamada propaganda negra contra Francia. Desde las potentes emisoras negras de Colonia y Leipzig confundió a los franceses, los desunió, los hizo víctimas de múltiples engaños. No gozó de ventajas durante el tiempo de la ocupación alemana de Europa, era un hombre del aparato, demasiado intelectual para ser fiable. Al final de la guerra, sus intentos por alcanzar un puesto de cierta relevancia en aquella Alemania que se descomponía lo llevaron a las SS. El ambiente de brutalidad que se respiraba allí no fue nunca apropiado para él. Le repugnaban ciertos trabajos y fue

desplazado a realizar servicios de inteligencia. Vencida Alemania, vagó por varias ciudades alemanas hasta ser admitido en la España franquista. Se oscureció por completo. No tenía ambiciones ni podía tenerlas, no pudo aprovecharse de las ventajas que el régimen de Franco dispensaba a muchos de sus compatriotas. Él dejó escrito que estuvo, durante todos aquellos años, expiando una culpa, la de haber destrozado la vida de Robert y de Marie. Fue totalmente preciso y hasta sincero al contar esa historia de amor que retrataba cómo había sido Alemania. La investigó hasta sus últimos detalles, aunque hemos de dudar hasta qué punto la concibió como el último acto digno de su vida. Alguien dijo que, en realidad, su denuncia fue un acto de venganza. La venganza de un hombre comido por el resentimiento. Yo también lo creo. Nunca admitió haberse convertido en un proscrito después de 1945. Odió a Alemania y a Hermann Brandt porque lo habían repudiado. Porque lo habían condenado a la inexistencia. Estuvo a la espera de ser restituido, pero también este destino se le negó.

Lector asiduo del *Lazarillo de Tormes*, en muchos aspectos consideraba esta obra tan moderna como el *Quijote*. Descubría en ella una visión poliédrica, una narración inestable como intentar atravesar arenas movedizas.

Cuando presentó la declaración que exculpaba a Robert de ser cómplice de los experimentos con la iperita y el fosgeno, su vida experimentó el peor de los infiernos, el silencio. Cuando el tribunal se puso a favor de Hermann Brandt se fue a una estafeta de correos del centro de Madrid y envió todos sus papeles a Nador, después regresó a su casa y acudió a aquella vieja pistola Walter calibre 6,35 y se pegó un tiro. Su cuerpo está enterrado en un nicho del cementerio de la Almudena, en Madrid, que yo visito cada vez que estoy de paso por esa ciudad.

Hermann Brandt ocupó un puesto destacado en la industria farmacéutica alemana (la antigua IG Farben) hasta su muerte en 1982. Murió de muerte natural, en su cama, una noche de invierno. Fue enterrado en el cementerio de Berlín la mañana del 25 de enero. A su entierro acudieron miembros del gobierno y destacados empresarios del mundo de la industria.

Los periódicos lo despidieron con obituarios de alto voltaje retórico, en los que se ensalzaba al hombre y al alemán que fue.

Las televisiones le dedicaron sus minutos.

La biblioteca científica de la Universidad de Múnich lleva su nombre.

En una de las carpetas del desierto, donde Robert había reunido fotografías y apuntes de viaje, aparece una reflexión como pie a la serie de imágenes tomadas en la frontera con Mauritania. En las imágenes se observa una tormenta de arena. El desierto va cambiando, se aprecia su carácter temporal, su flujo constante. Los guijarros y la arena vuelan, de abajo arriba. Las cosas y el cielo desaparecen.

La serie se titula *Big Rip* y sobre ella escribió esto:

Big Rip

El Big Rip no es solo una hipótesis cosmológica sobre el destino último del Universo. Es la metáfora de la sociedad occidental.

La clave de esta hipótesis es la cantidad de energía oscura que el Universo contiene y que podría acabar en un desgarramiento de toda su materia, de todo su sistema.

La democracia occidental, tal como la hemos concebido, tiende también a crear enormes masas de energía oscura. La historia de estos años es la historia de la ciudadanía que se desdibuja, de la velocidad del dinero que se acelera, de la sustitución de derechos.

La entropía penetra en nosotros a través de los medios de comunicación.

El Big Rip es una buena metáfora de este tiempo, de la entropía de este tiempo, de que las mentiras que hemos creado no dejan de actuar sobre nosotros. Nos encantan los escenarios crepusculares. Con ellos hacemos negocios, y nos servimos de las ideologías para no cambiar nada.

Estas eran sus palabras y me parecía una reflexión que iluminaba no solo la dinámica de la sociedad occidental desde la Segunda Guerra Mundial, sino la vida de Robert y de Marie.

Para ellos nunca fue demasiado tarde empezar una nueva vida. Nunca fue demasiado tarde para lograr ser aquellos que quisieron ser. No fueron vencidos por la historia, no fueron vencidos por el tiempo, fueron víctimas y reflexionaron sobre su propia condición. Habían perdido su vida inútilmente, todos los proyectos que tenían nunca pudieron ser realizados. Alrededor de aquella cárcel, el mundo cambió y ellos envejecieron. Sus vidas fueron tiradas al basurero de la historia porque se enfrentaron a fuerzas demasiado poderosas. Esas fuerzas marcaron todo lo que ellos habían sido con el estigma de la indignidad. Estaban llamados a dejar alguna huella en la memoria colectiva, en el arte y la ciencia de su tiempo, pero el odio los redujo a un puñado de polvo que el viento hizo desaparecer. Sin embargo se comprendieron hasta en las decisiones más difíciles porque era de esta forma como ellos se salvaban. Confiaron en el corazón del otro. Sobre todo Marie confió en el corazón de Robert a pesar de que su nombre estuvo manchado durante muchos años de crímenes y de sangre. Supieron comprender el alma humana, la belleza y la miseria de la conducta de los hombres, porque solo comprendiéndola podían recomenzar de nuevo. Comprendieron el odio y la ambición sin límites de Hermann Brandt.

Cuando estaba en prisión, Robert le decía a Marie: «No te dejes vencer. A alguien como tú la belleza la buscará de nuevo».

La belleza del desierto les buscó a ambos. Aquella paz. Andaban y andaban por él. Libres.

Cuando regresaban a Nador, nosotros estábamos con ellos. Siempre en el café Hamza. Yo era un niño, acompañaba a mis padres.

Poco después de que murieran estuve investigando toda su historia. La historia de ellos tal como fue contada por Walter K. Realicé, con las distintas partes que forman

este libro, una videoinstalación llamada *Big Rip*. Cada parte se proyectaba sobre una pantalla. No introduje fotos. Solo silencio y palabras. Llené aquel espacio de palabras que se descomponían, de palabras que desaparecían, de palabras vencidas. Eran las palabras de las víctimas.

Este libro debe ser leído así, cada una de sus partes es la pieza de un puzle que se proyecta en una pantalla. Porque todas las vidas son, al mismo tiempo, sucesión y simultaneidad, y en la vida de Robert y de Marie cualquier hecho o imagen del pasado formó parte de los hechos o de las imágenes del presente. Mi idea, en este sentido, ha sido hacer una novela conceptual, una instalación narrativa conceptual.

Debo agradecer todas las informaciones que, sobre el periodo en que se desenvuelve esta historia, me han prestado algunas personas. En Berlín, el venerable Richard Benn. Así como los profesores Eva Mellanby, Ettore Olivieri, Charles Maulnier y Robert Metz. En Madrid, donde vive, mi agradecimiento a Abdelmounaim Hourre es constante.

También a diversas instituciones y periódicos de Alemania, Francia, Italia y España que me han facilitado la consulta de sus hemerotecas.

En Nador el recuerdo de ellos dos continúa estando vivo.

Ferdinand Bach.

Noche del 24 de junio de 2005



DIEGO DONCEL, (Malpartida de Cáceres, Cáceres, 1964). Es un poeta, novelista y crítico español.

En 1990, Diego Doncel ganó el premio Adonais con su poemario *El único umbral*. Desde entonces no ha dejado de escribir, siendo autor de tres novelas y cuatro libros de poesía más. En 2012 recibió el Premio Café Gijón de novela por *Amantes en el tiempo de la infamia*

Es cofundador de la revista hispano-lusa *Espaço/Espacio escrito* y es colaborador habitual en la prensa escrita. También fue el director de la colección «Los solitarios y sus amigos» de la editorial Calambur. Ha dirigido cursos para distintas instituciones culturales como Círculo de Lectores, Círculo de Bellas Artes (Madrid) y ha dado conferencias y lecturas en España, Europa y EE. UU. Hoy es docente en Madrid, España.